

I N O C E N C I A
NOVELA DE COSTUMBRES

V I Z C O N D E D E
T A U N A Y

Alfredo d'Escragnolle, Vizconde de Taunay, fallecido hace tres años, nació en Río de Janeiro el 22 de febrero de 1843. Aunque sus estudios le valieron, muy joven todavía, el grado de mayor en el cuerpo de ingenieros, con el cual tomó parte activa en la guerra del Paraguay, su tendencia literaria y sus condiciones excepcionales de hombre de mundo lo llevaron en breve a ocupar un puesto encumbrado entre los prohombres que, bajo el patrocinio de don Pedro II, cultivaban entonces el floreciente campo de la ciencia y de la literatura brasileñas.

Dueño de una cuantiosa fortuna, que iba siempre en aumento, contó siempre con amplios recursos y oportunidades para desarrollar con acierto sus aficiones, poco menos que enciclopédicas: fue músico, novelista, dramaturgo, militar, político, y dado a estudios científicos; pero más práctico que idealista, Taunay hizo una de las carreras políticas más rápidas y brillantes de su época: fue diputado al Congreso, presidente de los estados de Santa Catalina y de

Paraná, sucesivamente, y a los cuarenta años senador. Dotado de un físico realmente interesante, que hacía resaltar mejor sus dotes intelectuales, supo aprovechar bien estas ventajas personales, especialmente al lado del que puede señalarse como su protector más decidido y eficaz en la corte del imperio, el esclarecido estadista y político, Vizconde de Río Branco, gracias a cuya mediación llegó a ser amigo personal del Emperador.

Su primera obra literaria fue la *Retirada de Lagôa*, obra escrita en francés y publicada en el Brasil en 1871, y un año después en Portugal; es la descripción de un episodio de la guerra del Paraguay. Posteriormente aparecieron: la *Mocidade de Trajano* (una fantasía), *Céus e terras do Brazil*, *Historias Brasileiras*, *Narrativas militares* (recopilaciones de artículos, de género descriptivo, las tres), *Amelia Smith* (drama inédito) *Inocencia*, etc.

Esta última, interesante novela de costumbres que vió la luz en 1872, dedicada al escritor José Antonio de Azovedo Castro, amigo de la infancia del autor, ha sido la que hemos elegido para presentar al distinguido escritor brasileño a los lectores de la «Biblioteca»; tanto por el mérito propio de esta obra, como por la circunstancia especial de que ella es, precisamente, la que ha dado a su autor una fama hasta cierto punto universal. De ella ha dicho el conocido publicista brasileño Francisco Octaviano: «*Inocencia* tendrá larga vida, del mismo modo que, hoy todavía, se puede viajar por Escocia con las novelas de Walter Scott por guías. »

I N O C E N C I A

Escrita a fines de 1870, e impresa dos años después en los talleres de la «Tipografía Nacional» de Río de Janeiro, bajo el seudónimo de *Sylvio Dinarte*, mereció desde luego los mayores elogios del periodismo de aquella capital, y fue transcripta en forma de folletín por muchos diarios de los estados, provincias entonces, del Brasil. En 1884 se hizo de ella una segunda edición por la casa Louzinger e Filhos, y en 1896 la tercera por Laeminert & C.^a

Fuera del Brasil, el buen éxito fue mayor todavía. Verdad es que Taunay no descuidó oportunidad de provocarlo.

Venciendo las dificultades provenientes de la limitada divulgación de la lengua portuguesa en Europa, puédese afirmar que es una de las obras escritas en aquel idioma que mayor número de traducciones ha alcanzado; aunque éstas no llegan, por cierto, al número de las de *Y Juca Pirama* de Gonçalves Dias, que está vertida a todas las lenguas modernas.

Inocencia ha sido traducida dos veces al francés: la primera en 1883, publicándose como folletín del *Courrier International* de París; la segunda en 1895, como folletín también de *Le Temps*, de esa misma capital. Esta traducción es del novelista francés Olivier du Chastel du Taigny, que estuvo algunos años en Lisboa.

Hay de ella dos versiones también en italiano: una del publicista G. P. Malan, que vivió largo tiempo en el Brasil (editor, Roux, de Turín, 1893); la otra publicada en el folletín del *Curriere della Sera*, de Milán, en 1895.

En inglés la traducción es de James J. Wells (Chapman, Londres, 1889), ingeniero, por largo tiempo empleado en los caminos de hierro del norte del Brasil.

En alemán, es de Arno Philip (Porto Alegre, 1895), residente también en aquel país.

En dinamarqués, es del doctor Björving-Pettersen, que hace algunos años recorrió el interior del Brasil en exploración científica.

Y -hecho bien curioso, por cierto,- en carta fechada en Tokio el 26 de mayo de 1893, el literato japonés Kawana Kwandzo pidió permiso al Vizconde de Taunay para traducir *Inocencia* a su lengua materna, sirviéndose de la versión inglesa de James J. Wells.

Sin participar del carácter romántico de la *María*, de Jorge Isaacs, *Inocencia* tiene, sin embargo, muchos puntos de contacto con aquella obra inmortal en la literatura americana; tantos, que a ella pueden aplicarse sin quitar una coma las consideraciones que hace un crítico sobre la obra del poeta colombiano:

«Y en primer término, y alrededor de la figura principal, desarróllanse escenas de la vida rústica del país, deliciosos apuntes del natural pintados con amorosa complacencia por el poeta, y sobre los que la vista vaga, curiosa y entretenida como en un verdadero viaje, A esta escena de apacible dicha, como a sus semejantes de la vida real, la vela un ambiente de indefinible tristeza, que hace presentir su inevitable destrucción; un ave negra se cierne sobre la visión, bate su ala, la hierre con ella, y el agradable cuadro se disuelve en oscuras nie-

I N O C E N C I A

blas. . . No puede negarse al autor la Magistral sencillez con que conduce el argumento a un delicado desenlace, y la verdad y el vivo colorido de las escenas campestres y del diálogo, cuyas frases toma del lenguaje vulgar en el país, sin dejar de ser distinguido en el de su obra.»

Estos son los antecedentes del novelista y de su libro, que, en el género de las novelas de costumbres, ha sido considerado como un primor de las letras brasileñas, que no desmerece al lado de las celebradas producciones de Alencar, Aluizio Azevedo, Macedo y Machado de Assis. Traducida ahora por primera vez a nuestro idioma, *Inocencia* entra a ocupar el alto puesto que le corresponde en el campo de la literatura hispanoamericana.

CAPITULO PRIMERO

EL DESIERTO

Ihr alle fühlt geheimes Wirken
Der ewig waltenden Natur;
Und aus den untersten Bezirken
Schmiegt sich heraus lebend'ge Spur.

GOETHE, *Faust.*

Bien sentís todos la acción secreta de
la Natura en su gobierno eterno; y de
las ínfimas capas subterráneas sube a
la superficie el signo de la vida.

GOETHE, *Faust.*

INOCENCIA

Entonces, con paso tranquilo, metía-
me
en algún rincón del bosque, en algún
sitio desierto donde nada me indicase
la mano del hombre y me denunciase
la
esclavitud y el dominio; un asilo al cu-
al
pudiese creer que era el primero que
entraba, donde ningún Importuno
viniera a Interponerse entre la
Naturaleza y yo.

J. J. ROUSSEAU,
El encanto de la soledad.

I

Corta una extensa y casi despoblada zona de la parte su-
boriental de la vastísima provincia de Matto Grosso, un ca-
mino que de la villa de Santa Ana del Paranahyba va a dar al
sitio abandonado de Camapoán. Desde aquella población,
situada junto al vértice del ángulo donde confinan los territo-
rios de Sao Paulo, Minas-Geraes, Goyaz y Matto-Grosso,
hasta el río Sucuriú, afluente del majestuoso Paraná, esto es,
en un trayecto de muchas decenas de leguas, vase cómoda-

mente de habitación en habitación, más o menos cercana una de la otra ; pero escasean después las casas, cada vez más, y ándase horas y horas, días enteros, sin ver habitación ni gente alguna hasta el rodeo¹ de Juan Pereira, centinela avanzado de esas soledades, hombre llano y hospitalario que acoge con cariño al viajero de esos dilatados páramos, le ofrece momentáneo albergue y le provee de los víveres necesarios para alcanzar los campos de Miranda y Pequiry, o de Vaccaria y Nioac, en el Bajo Paraguay.

Allí empieza el desierto.² Los campos se suceden a los campos, y ni un techo habitado o en ruinas, ni un rancho o tapera presta abrigo al caminante contra el frío de las noches, contra el temporal que amenaza o la lluvia que está cayendo. Por todas partes, la calma de la llanura no desmontada; por todas partes la vegetación virgen, tan virgen como cuando surgió allí por vez primera.

El camino que atraviesa esas regiones incultas se desarrolla a modo de faja blancuzca, abierto como está en la arena, elemento dominante en la composición de todo aquel suelo, fertilizado, sin embargo, por un sinnúmero de límpidos y borbotantes arroyos, cuyos contingentes son otros tantos tributarios del río Paraná, y del Paraguay en la vertiente opuesta.

Esa arena suelta y algo gruesa tiene un color uniforme que refleja con intensidad los rayos del sol cuando éstos la

¹ Local donde los criadores de ganado reúnen a los animales para contarlos, marcarlos y darles sal.

² El «sertao bruto»

hieren de lleno. En algunos sitios es tan fofa y movediza que los animales de las tropas viajeras jadean al atravesar el terreno inseguro que huye bajo sus cascos, y en el que se entierran hasta mitad de la canilla.

Son también frecuentes los desvíos que parten de uno y otro lado del camino y que proporcionan en el monte adyacente sendas más firmes por ser menos trilladas.

Si parece siempre igual el aspecto del camino, muy variados se muestran en cambio los paisajes a su alrededor.

Ora es una perspectiva de los montes cerrados, ³no de esos cerrados de árboles raquíticos, retorcidos y achaparrados de Sao Paulo y Minas-Geraes, sino de garbosos y elevados troncos que, si bien no alcanzan todo el desarrollo de que son capaces a orillas de las corrientes de agua o de los arroyos; por la humedad de las barrancas, con todo llenan de sombra bajo su tupido follaje el terreno que tienen alrededor, y muestran en su corteza lisa la fuerza de la savia que los alimenta ; ora son campos cubiertos, hasta donde alcanza la vista, de maciega alta y amarillenta, o de grama verdegueante y delicada, toda salpicada de flores silvestres ; ora series y series de lujuriantes montes aislados⁴ tan regulares y simétricos en su disposición que sorprenden y encantan los ojos ; ora, en fin, landas medio pantanosas, medio secas, donde nace el altivo *bority*⁵ y donde el *gravatá*⁶ entreteje su espinoso cerco.

³Bosques de arbustos de tres a cuatro pies de altura, más o menos muy próximos unos a los otros.

⁴Llámanseles en el Brasil «capoes», palabra derivada del término indígena *caá-paín* (monte aislado).

⁵ Variedad de palmera.

En esos campos, tan diversos por el matiz de los colores, la hierba crecida y reseca por el sol ardiente se transforma en feraz tapete de césped cuando se propaga en incendio que algún tropero, por casualidad o mero pasatiempo, provoca con una chispa de su yesquero.

Minando sordamente la gran cepa queda la vívida centella. Corra de ahí a poco cualquier vientecillo, por ligero que sea, y se levantará una lengua de fuego delgada y trémula, como para contemplar medrosa y vacilante los espacios inmensos que se abren ante ella. Soplen entonces los vientos con más fuerza, y de mil puntos a un tiempo surgirán voraces llamaradas que, enroscándose las unas con las otras, de pronto se separan, se deslizan, lamen vastas superficies, lanzan al cielo copos de humo negruzco, y vuelan roncando por los matorrales de cañas bravas y tacuaras, hasta ir a dar contra la margen de un río que no pueden trasponer, si es que no las lleva al otro lado el viento, favoreciendo con valiente soplo la obra de destrucción.

Calmado ese ímpetu por falta de alimento, queda todo bajo una gruesa capa de cenizas. El fuego, que se ha detenido en varios sitios, aquí y allá, para consumir con más lentitud algún estorbo, va muriendo poco a poco hasta extinguirse del todo, dejando como señal de su avasallador pasaje la blanquecina mortaja que fue siguiendo sus veloces pasos.

A través de la atmósfera anublada apenas puede entonces pasar la luz del sol. La incineración es completa, el calor intenso, y en el aire revuelto vuelan de un lado a otro briznas

⁶ Planta de la familia de la pita.

carbonizadas, residuos, aristas y granos de carbón, que remolinean, suben, bajan y se enmarañan en las ollas y en las trombas adelgazadas, formadas caprichosamente por las ráfagas al chocar unas con otras.

Todo es caer, sin embargo, de ahí a poco, copiosa lluvia, y parece que la varita de una hada hubiera andado por esos sombríos retiros, trazando a toda prisa jardines encantados y nunca vistos. Todo entra en un trabajo íntimo de asombrosa actividad. Rebosa la vida. No hay sitio en que no brote la hierba, en que no revienten retoños con la ávida mirada de quien acecha la ocasión propicia de obtener la libertad, rompiendo las prisiones de una penosa clausura.

A esta resurrección instantánea nada, nada puede poner trabas.

Basta una noche para que una hermosa alfombra verde, verde claro, verdegay, satinado, cubra todas las tristezas de poco antes. Mejoran después los esfuerzos; desabróchense las flores del campo, que abren a las caricias de la brisa sus delicadas corolas y le entregan las primicias de sus cándidos perfumes.

Si esas lluvias vivificadoras fallan, entonces, por muchos y muchos meses quedan ahí las campiñas, devastadas por el fuego, lúgubrememente iluminadas por claridades rojizas, sin una sombra, sin una sonrisa, sin una esperanza de vida, con todas sus opulencias y todos sus verdegueantes retoños ocultos, como abrumadas de dolor y desesperación muda por no poder ostentar las riquezas y galas que encierra su fecundo seno.

En esos desolados parajes no se oye ya el silbido de la esquiva perdiz, tan frecuente antes del incendio. Sólo de vez en cuando repercute el prolongado chillido de algún gavilán que se cierne allá en lo alto, o que voltejea al acercarse a tierra para atrapar uno que otro reptil medio chamuscado por el fuego del incendio.

Rompe también el silencio el graznido del caracara,⁷ que se procura a saltos insectos y culebrillas, o que, rasando la tierra, sigue el vuelo de los cuervos que, en negruzcas bandadas buscan, guiados por su fino instinto, la carnaza putrefacta.

El caracara es comensal del cuervo. En compañía de él se lanza, cuando le acosa el hambre, sobre el animal muerto, y, entremetido como es, a costa de algunos picotones del poco amable compañero, pellizca su parte en el inmundo festín.

Si pasa el caracara a vista del gavilán, precipítase éste sobre él con vuelo firme, dale con la punta del ala, lo aturde, lo atormenta, sólo por el placer de mostrarle su indisputada superioridad.

Nada, en efecto, le infunde bríos.

Por el contrario, apenas ha sufrido dos o tres embestidas de su pequeño, pero audaz adversario, baja prudentemente a tierra y se pone a dar torpes saltos, presentando el corvo pico a su antagonista, que con las puntas de las alas levanta polvo y ceniza; tan cerca del suelo las arrastra.

Al fin, cansado ya, deja el gavilán la diversión, atrapando de un salto la viborilla que, en trabajosa marcha, trataba de

⁷ El *Palyborus braziliensis*, ave de rapiña diurna, de la familia del halcón.

I N O C E N C I A

hallar algún agujero donde poder pensar, más a cubierto, en sus profundas quemaduras.

II

Tales son los campos que las lluvias no llegan a regar.

¡Con cuánto gusto se dirige entonces el hombre del desierto ⁸a los montes aislados que desde muy lejos se avistan, allá en las laderas de las colinas y en las hondonadas, alrededor de alguna naciente orla de *pindahyas* ⁹ y *boritys*!

⁸ El *sertanejo*, esto es: el hombre que vive en el «sertao». «Sertao» (del latín *desertus*), es el nombre propio de las vastas extensiones de tierra feraz y despoblada, llana o montañosa, que hay en el interior del Brasil. Como el prurito de traducir «sertao» y sertanejo haría indispensable en cada caso una definición tan larga como la que antecede, insertaremos textualmente en el curso de esta obra esos vocablos típicos, modificando, por supuesto, su ortografía original, pero dejándoles toda la amplitud y precisión de significado que tienen en su propia lengua; y con esto habremos hecho también a tentativa de dar a es «sertoes» del Brasil, en nuestro idioma, la misma carta de ciudadanía de que gozan ya, por idénticas razones y en todas las lenguas modernas, las *estepas* de Rusia, las *landas* de Francia, la *campagna* de Roma, las *prairies* y las *sabanas* de Norte América y las pampas de la República Argentina-(N. del T.)

⁹ La *pindahyba* o *pindaiba* es la *xylophia frutescens*, variedad de palmera, llamada también *ibira* o *imbira*.

¡Con qué alegría saluda los hermosos cocotales, nuncios del agua que ha de aplacarle la sed y bañarle el abrasado rostro!

Alíneanse a veces las palmeras con extraña regularidad en su altura y conformación; pero no es raro que se amontonen en compactos bosquecillos, de los que algunas se segregan y apartan cada vez más para acompañar con sus raíces algún tenue hilo de agua que va echándose a un lado y a otro, falto de fuerzas y sumiéndose casi en la ávida arena.

La vista descubre desde lejos esos montes aislados.

Al principio es un punto negro, después una cúpula de follaje, y al fin, más cerca ya, una isla de lujuriente ramaje, un oasis para los miembros cansados del viajero rendido de fatiga, para sus ojos encandilados y su garganta abrasada.

Y luego, con avidez natural, se refugia en el umbroso retiro, donde desensilla prestamente su cabalgadura, a la que deja en libertad de pastar, y se entrega sin demora al sueño reparador que le dará nuevo aliento para proseguir la fatigosa jornada.

Al hombre del sertón se le figuran estos momentos incomparables, por encima de todo cuanto pueda idear la imaginación en el más vasto círculo de las ambiciones.

Satisfecha la sed que le secara las fauces, y después de comer unas cucharadas de fariña o de harina de maíz endulzada con *vapadura*,¹⁰ échase largo a largo sobre las tendidas prendas de la montura y contempla despreocupado el cielo azul, las nubes que vagan por los aires, el follaje lustroso y

¹⁰ Terrón de azúcar mascabado, con o sin maní.

los troncos blancos de las *pindabybas*, la copa de los *ipês*¹¹ y las palmas de los *boritys*, que susurran, a modo de arpas eólicas, músicas sin cuenco con el roce continuo de la brisa.

¡Cuán bellas son estas palmeras!

El astil liso, pardusco, sin más manchas que las puntia-gudas estrías, sostiene denso haz de largos y acanalados pecíolos en los que se fijan varillas abiertas como un abanico, cuyas puntas se encorvan flexibles y temblorosas.

De la base, y alrededor del ramaje, penden, protegidos por grandes espatas, gruesos gajos de cocos, tan duros que su cáscara, revestida de escamas romboidales y de un color amarillo rojizo, desafía por algún tiempo el férreo pico de los guacamayos.

También, ¡con qué vigor trabajan las barullentas aves antes de conseguir la apetecida y sabrosa almendra! Júntanse en grupos, unas rojizas como chispas desprendidas de intensa llamarada, otras versicolores, otras, por el contrario, todas azules, de mayor tamaño y que, por parecer negras a la distancia, agregan este calificativo a su nombre indígena¹². Allí se están posadas, balanceándose gravemente y lanzando de tiempo en tiempo notas estridentes a los espacios de las dilatadas campiñas, cuando no es un clamor sin fin al querer disputarse en tropel el mismo gajo. Casi siempre, sin embargo, comienzan a arrullarse por parejas, muy arrimaditas una al lado de la otra.

¹¹ Es la *bignomia tecoma*, árbol de selva virgen, de la familia del lapacho y del jacarandá.

¹² Arara-unas.

I N O C E N C I A

Todo, esto lo ve el sertanejo con los ojos cargados de sueño. Los párpados se le bajan pesadamente; bien se acuerda de que por allí pueden arrastrarse venenosas alimañas, pero es fatalista ; confía en el destino, y sin mayores preocupaciones se duerme serenamente.

Pasan las horas: va cayendo el sol, refresca la brisa y sopla firme el viento. Ya no susurran los *boritys*; gimen y agitan convulsivamente el abanico de sus palmas.

Es la tarde que llega.

Despierta entonces el viajero ; se restriega los ojos ; estira perezosamente los brazos ; bosteza; bebe un poco de agua, se queda un momento sentado, mirando de un lado para otro, y al fin corre a buscar el animal, que en un instante ensilla y monta.

Una vez montado, allá va, al paso o al trote, bien dispuesto de cuerpo y espíritu, por esos caminos, en demanda de algún albergue donde pasar la noche.

¡Cuánta melancolía baja a tierra con la caída de la tarde!

Parece que la soledad ensancha sus límites para hacerse abrumadora. Se ennegrece el suelo; forman los matorrales sombrías masas ; y a lo lejos se desdobra tenue velo de un color rojo, uniforme y pálido, en el que resaltan, como líneas borrosas, los troncos de una que otra palmera más elevada.

Es la hora en que el corazón se oprime, lleno de inexplicable recelo. Cualquier ruido nos causa sobresalto; ora el grito afligido del *zabelé* en los montes ; ora las plañideras notas del *bacuran* al cruzar los aires. Frecuentemente también se oyen los repetidos píos angustiosos de alguna perdiz, que

llama al nido al compañero extraviado antes de que la obscuridad le imposibilite la vuelta.

El que viaja atento a las impresiones íntimas, estremécese mal de su grado al oír en esos momentos de saudades el tañido de una campana a lo lejos, muy lejos, o el silbar distante de una locomotora imposible. Son insectos ocultos en la maldad que causan esa ilusión; tan viva y perfecta, que la imaginación, aunque desengañada y prevenida, levanta el vuelo y se lanza por esos mundos lejanos a divagar y a crear mil fantasías.

III

Espárcense al fin las sombras de la noche.

El sertanejo, que de nada se cuidó, que no oyó las armonías de la tarde, ni reparó en los esplendores del cielo, que no vio la tristeza cernirse sobre la tierra, que de nada recela, constabanciado como está con la soledad, se detiene, echa una mirada rápida a su alrededor, y si en ese sitio presente una aguada, por mala que sea, se apea, desensilla el caballo, y juntando luego unas ramitas bien secas, saca fuego del yesquero, más por distracción que por necesidad.

Siéntese feliz de veras. Nada perturba la paz de su espíritu, ni el bienestar de su cuerpo. Ni siquiera monologa, como cualquier hombre acostumbrado a conversar.

Raros son sus pensamientos: o rememora las leguas que ha andado, o computa las que tiene que hacer para llegar al término del viaje.

Al día siguiente, cuando a las claridades de la aurora despierta toda aquella espléndida Naturaleza, el viajero reanuda su marcha, como la víspera, como siempre.

Nada le parece cambiado en el firmamento; las nubes, para su conciencia son las mismas. El sol le da, cuando mucho, los puntos cardinales, y la tierra es lo único que atrae su atención cuando alguna señal más particular puede servirle de piedra miliaria en el camino que va haciendo.

-¡Bueno! -exclama en voz alta y alegre al avistar algún tronco agigantado o una disposición especial de las tierras;- ahí está la *peuva*¹³ grande... He llegado al Barranco Alto. Hasta el campo del Yacaré hay cuatro leguas bien largas.

Y mirando hacia el sol concluye:

-Dentro de tres horas estaré encendiendo fuego.

Ocasiones hay en que al sertanejo le da por silbar. Que cante es raro; y cuando lo hace es, a media voz: una voz íntima, un murmurar consigo mismo, más bien que notas salidas de su robusto pecho. Responde al piar de las perdices o al llamado agonizante de la esquiva *Jao*; esta es su diversión en días de buen humor.

Le es indiferente el rugido de la onza. Cuando más, sólo se fija en las numerosas huellas que en todo sentido cortan el camino.

¡Qué fiereza! -murmura, contemplando un rastro más marcadamente impreso en el suelo- con un buen *onceiro*¹⁴ na-

¹³ Es la *tecoma speciosa*, árbol también de la familia del lapacho y del jacarandá.

¹⁴ Perro cazador de onzas.

da me importaría hacerlo encorvar a este diablo y meterle una *chumbada*¹⁵ en el hocico.

El sertanejo legítimo, explorador de los desiertos, no tiene por lo general familia. Mientras es joven su fin único es invadir tierras, pisar campos en los que nadie pusiera el pie antes, vadear ríos desconocidos, despuntar cabeceras¹⁶ y penetrar montes que hasta entonces ningún descubridor atravesara.

Crécele el orgullo en razón de la extensión o importancia de los viajes emprendidos; su mayor placer lo cifra en enumerar las caudalosas corrientes que transpuso, los riachuelos que bautizó las sierras que transmuntó y los cenagales que cortó audazmente, cuando no pasó días y días rodeándolos con rara paciencia.

Cada año que transcurre le deja un valioso conocimiento más, y agrega una piedra al monumento de su inocente vanidad.

-Nadie puede conmigo -exclama enfáticamente. -En los campos de Vaccaria, en el sertón del Mimoso y en los pantanos del Pequiry, soy rey.

Y esta presunción de realeza le infunde cierto modo de hablar y de accionar, soberano en su sencilla expresión.

La certeza que tiene de que nunca podrá perderse en la vasta extensión, lo libra de la obsesión de lo desconocido, lo exalta y le da fueros de infalibilidad.

¹⁵ Carga de plomo.

¹⁶ Despuntar cabeceras es rodear los nacimientos de los ríos buscando siempre terreno seco.

Si extiende el brazo, apunta con seguridad en el espacio y declara perentoriamente:

-En este rumbo, de aquí a veinte leguas, está el espigón mayor de una sierra brava: después un río caudaloso ; de allí a cinco leguas, otro monte sucio que va a terminar en un brazal. Si su merced va tirando así, derechito, unas dos horas, topará con la estancia del Tatú, en el camino que va a Cuyabá.

Lo que hace en una dirección, con la misma imperturbable serenidad y firmeza lo hace en cualquier otra.

La única interrupción que consiente a los demás, cuando cuenta sus innumerables descubrimientos, es la de admiración. A la más mínima sospecha de desconfianza o de poco caso, se le encienden las mejillas de cólera y su rostro revela indignación.

-¡Su merced no cree!- protesta entonces con calor. -Pues ensille su *bicho* y camine como le digo. Pero sepa bien que al tercer día de viaje se verá quién es el mal intencionado y el embustero. Una cosa es hablar sin saber, otra es andar con tiento por estos mundos de Dios.

Cuando el sertanejo va poniéndose viejo, cuando siente sus miembros cansados y entorpecidos, los ojos ya nublados por la edad, los brazos flojos para manejar la destal que le da el substancioso palmito ¹⁷o la sabrosa miel de abejas, busca quien lo quiera para esposo, alguna viuda o parienta cercana, forma casa y escuela, y prepara a sus hijos y entenados para la

¹⁷ Substancia tierna y blaucuca, parecida a la leche cuajada, de gusto dulce y agradable; que constituye la albura de las palmeras.

I N O C E N C I A

vida aventurera y libre que tantos goces le diera a él en otro tiempo.

Estos discípulos con la curiosidad aguzada por las repetidas y animadas descripciones de las grandes escenas de la Naturaleza, desertan un buen día de la casa paterna, se esparcen por esos mundos, y unos en los confines del Paraná, otros en las breñas de Sao Paulo, en las llanuras de Goyaz o en los boquetes de Matto-Grosso, por todas partes, en fin, donde haya desierto, van a poner en activa práctica todo cuanto tan bien supieran oír, recordando las hazañas de su respetado maestro y progenitor.

CAPITULO SEGUNDO

EL VIAJERO

Es propio de los espíritus taciturnos
el andar siempre callados; charlar es el
encanto y el alma de la vida.

LA CHAUSSÉE.

En mí, respondió Sancho, la gana de
hablar es siempre primero movimien-
to,
y no puedo dejar de decir, por una vez
siquiera, lo que me viene a la lengua.

CERVANTES, *Don Quijote*.

El día 15 de julio de 1860 era un día alegre, sereno y fresco, como acostumbran serlo los llamados de invierno en el interior del Brasil.

El sol, alto en su curso, iluminaba con rayos no muy ardientes para regiones intertropicales el camino cuyo aspecto intentamos describir poco ha, y que de la villa, de Santa Ana del Paranahyba va a dará los campos de Camapoán.

A esa hora, un viajero montado en una buena mula torquilla tostada, gorda y andadora, seguía aquel camino. Su fisonomía y manera de vestir denunciaban en seguida que no era un hombre de labor fatigosa y ruda, ni un hacendado de las cercanías que volviese a su casa. Tenía en la cabeza un sombrero de jipijapa de anchas alas y ceñido por ancha cinta negra, y sobre los hombros un poncho de varios colores ; calzaba botas de cuero fino, bien cortadas y en buen estado de uso.

Tendría, cuando mucho, veinticinco años ; su presencia era agradable, los ojos negros y bien rasgados, la barba y los cabellos recortados casi en cepillo, y el aire tan inteligente como resuelto.

En la mano llevaba una larga vara recién cortada, con la que, por vía de distracción, iba fustigando el aire o golpeando las ramas de los árboles que se inclinaban al alcance de su brazo.

Iba solo y, en el momento en que damos comienzo a esta sencilla historia, hallábase en el bonito trecho de camino que media entre la casa de Albino Lata y la de Leal, a siete

buenas leguas de la palúdica y decadente villa de Santa Ana de Parahyba.

En esa parte del camino, sombreada por los árboles de un vistoso monte cerrado, el suelo aunque bastante arenoso, es firme, y más bien parece aquello la alameda de un jardín bien cuidado que un camino de tropas y carreteros.

Aumenta además los encantos de ese sitio una innumerable cantidad de tórtolas cobrizas que saltan en la arena, y de palomas de cascabel cuyo aleteo causa un ruido tan característico como singular.

Nuestro viajero, si bien hacía el camino distraído y medio pensativo, no parecía de carácter sombrío o poco divertido.

Muy por el contrario, sacudía a veces el embotamiento en que estaba y se ponía a canturriar y a silbar, espoleando a su valiente cabalgura, que al andar iba moviendo alternativamente las orejas con el balanceo acompasado de su cabeza.

En una de estas reacciones contra alguna preocupación que lo embargaba, dijo en voz alta, sacando un reloj de plata sujeto en cadena del mismo metal:

-A las dos pienso sestear en el galpón de Leal. Falta poco para mediodía, y tengo tiempo por delante...

Moderó luego el paso que llevaba el animal, y se puso a golpear más activamente las ramas de los árboles, bostezando de aburrimiento.

tiempo, sin embargo, anduvo así, por cuanto en enseguida se le puso a la par otro viajero; éste venía esparrancado

en un petiso feo y zambo, pero muy fuerte, que, cubierto de sudor como estaba, mostraba haber llegado casi al galope.

Hombre ya de alguna edad, el recién venido era grueso, de compleción sanguínea, de rostro expresivo y franco. Estaba vestido a la minera¹⁸, y parecía, como realmente lo era, vecino de esas localidades.

-¡Hola, paisano! -exclamó acercando su cabalgadura a la de la persona a quien interpelaba;- ¿de modo que su merced va tirando para Camapoán?

Miró nuestro jinete con desconfianza y altanería al que lo interrogaba tan sin ceremonias, y medio de través le contestó:

-Tal vez sí... tal vez no... Pero, ¿a qué viene la pregunta?

-¡Ah, discúlpeme! -replicó el otro riéndose;- ni siquiera lo he saludado... Soy un aturdido completo... Dios guarde a su merced.

Y sin detenerse, continuó:

-Esto siempre me sucede... La lengua se me pone a veces tan loca que empieza a golpearme los dientes... que es un ¡Dios nos asista! y... no hay que hacerle: ¡agua va!... Vea, varias veces ya me ha venido daño de eso, pero... qué quiere... Es manía vieja... No porque yo sea un mal criado, ¡Dios me libre de eso!... *abrenuncio*... pero me entra tal comezón de hablar que, en seguida, sin decir oxe ni moxe, me pongo a soltar la taravilla...

La volubilidad con que fueron dichas estas palabras, causó cierto asombro al mozo y lo llevó a encarar nueva-

¹⁸ A la usanza de Minas-Geraes.

mente a su inopinado compañero, esta vez con más detenimiento y con gesto menos altivo.

Notó entonces la fisonomía alegre y bonachona del hablador, y con aire de simpatía correspondió a la comunicativa sonrisa del que a la fuerza quería trabar conversación.

-Por lo que veo -le dijo,- al señor le gusta charlar.

-¡Ya lo creo! -replicó el minero¹⁹- En estos sertones sólo siento la falta de una cosa: de un cristiano con quien poder tener de vez en cuando unos dedos de palique. Eso sí, por aquí es difícil la cosa. ¡Todo está tan callado!... ¡Una verdadera salvajina!... Yo, no. Soy de las Geraes; nací en Parahybuna, conocí en mi tiempo personas de mucha educación, gente también de pelo, y me crié en la Matta del Río como hombre y no como animal salvaje.

-¡Ah! ¿el señor es de Minas?

-Geraes, si me hace el favor. Me bauticé en Vassouras, pero soy minero de ley. Anduve de la Ceca a la Meca antes de venir a dar fondo en este país. De esto hace ya mucho tiempo, pues también voy siendo viejo. Hace más de cuarenta años, por lo menos, que salí de casa de mis padres...

E interrumpiéndose en lo que decía, preguntó:

-¿El señor es también de Minas?

-No señor -contestó el otro ;- soy natural de Sao Paulo: nací en la villa de Casa-Branca, pero me crié en Ouro-Preto.

-¡Ah! ¿en la ciudad imperial? ²⁰

-Allí mismo.

¹⁹ Natural de Minas-Geraes.

²⁰ Título honorífico que tuvo la antigua capital de Minas-Geraes.

-Entonces es como de la casa -replicó el minero riéndose ruidosamente. -Vea, ¡quién lo diría! Por eso se me alegró la pajarilla cuando vi su rastro fresco en la arena. «Ahi va -dije varias veces para mis adentros,- un mocito que no tiene prisa por encontrar albergue.» Entonces picando a mi *Resabiado* traté de atraparlo para no hacer el viaje mirando al cielo y rabiendo. ¿Le parece que he hecho mal?

-No, señor -protestó el mozo con afabilidad.- Le agradezco mucho la intención. Así llegaré sin cansarme a lo de Leal, donde pienso dar hoy con mis huesos.

-¡Oh!- exclamó el otro, completamente expansivo.- La caminata es la misma. Pues, mi buen señor, yo vivo a media legua de lo de Leal, torciendo a la izquierda, y si su merced no tiene compromisos allá con el hombre, me hará un gran favor hospedándose bajo el techo de uno que es pobre pero amigo de servir. Mi *tapera* está poco retirada del camino, y el que viene montado como el señor, no tiene que andar contando pedacitos de lenguas.

Invitación tan espontánea y amable no podía dejar de ser bien aceptada, sobre todo en esas alturas, y trajo en seguida entre los dos caminantes esa familiaridad que tan pronto se establece en viajes.

-Con la mayor satisfacción iré a pasar en su casa -replicó el joven.- Nunca he visto a Leal, pues ésta es la primera vez que cruzo este sertón, y ando de estancia en estancia pidiendo un rinconcito de galpón o de ramada para pasar la noche con mis sirvientes.

-¿Trae tropa, entonces?

-Tropa no ; apenas dos bagajeros que vienen con mis bultos y una mula del diestro. ²¹

-¡Hola! El amigo viaja a lo señor -observó él minero con expresión bromista.

-¡Bah!... Bastantes privaciones he sufrido ya.

-De seguro no las sentirá en nuestra casa todo el tiempo que quiera quedarse allí. No encontrará lujos ni cosas de la capital ; únicamente lo que se puede tener en estos mundos: cuatro paredes de palo a pique mal revocadas, un catre, buenos porotos hasta hartarse, legumbres a la minera, papilla de arroz, harina de maíz tostadita, café con *rapadura*, y tal vez hasta un solomillo fresco de cerdo.

-¡Hola! - exclamó el mozo riéndose con expansión;- voy a pasar una vida de gran capitán. No quería tanto; me bastaba...

-Lo que deseo, sobre todo, es que conmigo tenga el corazón en la boca. Si no le gustan los platos vaya desembuchando en seguida. Es mi ranchería para poca gente, porque queda para adentro del camino... así es que tal vez le falte alguna cosa ; en todo caso haré cuanto pueda...

Después de breve pausa continuó:

-Pero creo que ya es el momento, ahora que nos conocemos como dos amigos del tiempo de Maricastaña, de saber con quién tratamos. Yo, por mi parte, me llamo Martín dos Santos Pereira, y mi historia se la cuento en dos paletadas... ¿ Su gracia, a menos que haga mal en preguntar?

²¹ Llevar del diestro es guiar una bestia yendo a pie delante, o al lado, con el cabestro o las riendas en la mano.

-Cirino Ferreira de Campos -contestó el otro viajero;- un criado para servirlo.

-Gracias -dijo Pereira inclinándose cortésmente y llevándose la mano al sombrero.- Como acabo de decirle, mi historia es historia de entrar por una puerta y salir por la otra. Mi familia no es de mala raza ; por el contrario: mi padre, que Dios tenga en la gloria, poseía algunos bienes propios, y dejó a sus muchos hijos un nombre limpio y respetado. Cada uno de nosotros (éramos siete) tomó su rumbo. Por mi parte me casé muy jovencito y fui a residir a la Diamantina, donde abrí una casa de negocio. Después de algunos años, unos buenos, otros fatales, murió mi mujer y me mudé, al principio a Piumhy y más tarde a Uberaba. La vida empezó a andar del todo mal, e hice lugar al cálculo: para estar tan lejos, más bien estar de una vez en el monte. Vendí mi boliche de ferretería y me interné hasta acá con tres esclavos. Hace doce años que vivo en estos *socavones* y, palabra de honor, hasta hoy no me he arrepentido. En mi situación hay holgura, y ¡alabado sea Dios! nunca he pasado necesidades... Por esto no puedo quejarme sin ser un ingrato. Dios Nuestro Señor Jesucristo ha puesto en mí sus ojos, y me juzgo bien amparado, sobre todo cuando me acuerdo de la *barbaridad* de miserias que andan por esas tierras... ¡Cruces! Ni hablar de esto es bueno... Pero dígame una cosa, ¿su merced para dónde va?

-¡Hombre! señor Pereira, no tengo destino fijo.

-¿De veras? ¿Entonces está andando a la ventura

-Voy a ponérselo todo en platos limpios. Ando por estas *honduras* curando fiebres y heridas *bravas*.

-¡Ah !-exclamó Pereira con manifiesto contento ;- ¿su merced es doctor, no es eso? Físico, como decían los nuestros del tiempo antiguo.

-En efecto -confirmó Cirino con cierta satisfacción.

-Vea, pues... ¡muy bien!... Se me cae la sopa en la miel; sí, señor. Viene precisamente como pintado.

-¿Por qué?

-Dentro de poco lo sabrá... Pero dígame también... ¿Adónde ha leído su merced en los libros, y aprendido sus historias y brujerías? ¿En la Corte del Imperio?

-No -contestó Cirino ;- primero en el colegio de Caraga, después me fui a Ouro-Preto, donde saqué título de farmacéutico.

Y agregó con engreimiento:

-Desde entonces he recorrido todo el poniente de Minas, y he hecho curas que es un milagro.

-¡Ah! la *sapiencia* es cosa buena... Yo también tenía disposiciones para haber sabido algo más que leer y escribir, esto mismo malamente; pero el que ha nacido para carrero, tuerce, gira, torna y vuelve, siempre acaba junto al carro.²² ¿Conque, entonces, su merced entiende de curas?

-Entiendo -afirmó Cirino sin la menor violencia.

-Pues me ha venido a las manos muy oportunamente; sí, señor. Estoy con una niña, hija mía, enferma de fiebre intermitente, y por esa causa había ido a Santa Ana a buscar quina de botica ; pero allí no encontré a la maldita y me volvía muy triste. Ahora...

²² Esto es, ha nacido para ochavo.

-Traigo -interrumpió el otro - muchos remedios en mis maletas. Para la fiebre intermitente tengo una composición infalible...

-Ya se sabe ; entra cosa de quina. De veras que es santo remedio. La chica tomó la del campo, pero ésta tiene poca virtud, de manera que la fiebre no le ha salido del cuerpo.

-¿ Cuántos días hace que apareció el temblor de frío ?-preguntó el titulado doctor.

-Hace hoy, si no me engaño, diez días. Hasta ahora ha sido una muchacha fortachona, sana y rosada como un jambo²³ ni sé cómo le entró la fiebre en el cuerpo. Nadie puede fiarse en la tal villa de Santa Ana ; es una peste de fiebres. Bien hacía yo al no querer llevarla allá ; pero ella me lo pidió tanto que consentí... además como era para ver a la madrina, una buena señora, de mucha importancia, la mujer del mayor Martín de Mello Taques... ¿no la conoce?

-¡Cómo no!

-¿Y se trata con el mayor? -preguntó Pereira para abrir nuevo campo a su garrulidad.

-Cuando paré en la villa estuve con él.

-¿Y no le gustó? Ese sí que es un hombre hecho y derecho. También es materia dispuesta para todo en la Señora Santa Ana, y la persona de más consideración y más influencia allí. Cuando quiero parlotear un poco más a mi gusto busco al compadre. Este arma en seguida una conversación que me deja lleno... Y después, es persona de muchas letras...

²³ Fruto del jambosero; tiene la forma aovada, el color amarillento, un perfume a rosas y un sabor muy agradable.

Escribe al Gobierno, es juez de paz, mayor retirado, hace de juez municipal, hizo también la campaña de los Farrapos, allá en Río Grande do Sul, del lado de los Castelbanos, y merece mucha estimación. Vive en una casa de altos y tiene un almacén muy surtido, bien baratito, por cierto, para la distancia. ¿Y las historias que cuenta, eh? Es un nunca acabar. ¡El hombre parece que se sabe todo el Imperio de memoria y salteado! ¡Ni el cura! Vea, señor Cirino, voy a decirle una cosa que tal vez le parezca broma: a veces doy una vuelta por la villa sólo para menear la lengua con el mayor, porque de esta gente de aquí no se saca partido; chúcara y arisca que es un ¡Dios nos ayude! Entonces, como le iba contando, galopo hasta allá y me doy una panzada de charla que me llena el cuerpo. No hay...

-Le alabo la pachorra -interrumpió Cirino.- Pero dígame, señor Pereira, ¿haré por aquí algún negocio?

-Hombre, según y conforme. La gente enferma es aquí un mundo, pero también agarrada como ella sola. Un poco lejos de casa vive Coelho, que está que se muere y no se muere desde hace muchos años, y es hombre de buenos pesos. Este, si su merced lo cura, tal vez caiga con los cobres. Todos los demás es una recua de gente más o menos. ¿Trae su merced bastante quina de botica? -preguntó en seguida.

-Traigo -contestó Cirino,- pero es cara.

-Que es cara, ya lo sé. Pues es lo bastante, porque en el fondo todas aquí son fiebres.

Comenzó entonces el bueno del señor Pereira a enumerar las diversas molestias que lo habían asaltado en el curso

de su vida, muy pocas, en verdad, pero todas peligrosas, y con este tema a su órdenes halló medios y manera de hablar hasta perder casi el aliento.

Recogióse el otro en el silencio y oyó, preocupado tal vez, o en todo caso muy distraídamente, lo que le contaba su nuevo amigo, saliendo de vez en cuando de su apática atención para animar con la voz y el calcañar a su cabalgadura, cuando ésta parecía querer darse por sí y ante sí un descanso, o cuando trataba de comer los retoños más apetitosos de la hierba.

Al fin notó Pereira ese si es no es abatimiento de su compañero.

-Su merced parece que está triste -le dijo- ¿ Ha dejado allá atrás algo suyo?

-Hombre, para ser franco -contestó Cirino dando un suspiro,- he dejado alguna cosa, y esta cosa es una deuda... una deuda de juego.

-Eso es malo -replicó el minero arrugando el entrecejo.- Por causa de ese vicio y de las mujeres es por lo que nacen las cruces a la orilla de los caminos. Pero, ¿es fuerte suma?

-Trescientos pesos.

-Ya es granada la espiga. ¿Y con quién jugó?

-Con Totó Siqueira, de Santa Ana. Por eso pretendió demorarme el viaje; pero le prometí mandarle todo desde Sucuriú con un sirviente, y le firmé un papel. En lo que estoy pensando es en si hallaré para entonces medios de cumplir la palabra.

-Si le pagasen como es debido, con seguridad. En todo caso, apriete un poco a los enfermos.

-No se imagina -exclamó Cirino con verdadero sentimiento,- ¡cuán atormentado me tiene esa maldita deuda! No por el dinero, que de él hago poco caso; sino por haberme dado a las cartas, cosa que no había hecho en mi vida; esto sí...

-Pues, mi buen señor -prosiguió Pereira,- sírvale ésta de lección y tenga cuidado con la gente del sertón; no con esos que viven en sus casas, muy sosegados y amigos de servir, sino con los viajeros troperos y carreros. Estos sí, son una runfla de jugadores que andan armados de barajas y de loterías, y por quitame allá esas pajas le meten a un cristiano una cuchillada en la barriga o descargan un pistoletazo en la cabeza de un compañero, como si fuese en sandía podrida. Después, cuando el demonio del juego entra en el cuerpo de un desgraciado, hace nido en seguida, y de allí echa fuera a la vergüenza. De hacer mala vida con mozas de vida airada, perdidas y aventureras, uno puede corregirse; pero tratándose de naipes y de suertes, sólo en la caldera de Pedro Botero ²⁴es donde uno se preocupa de cambiar de rumbo. El que le habla tuvo un tío que vivía en el Corredor, dos leguas para acá de Camapoán, que trabajaba todo el año en la tierra para ir a jugar hasta perder el último cobre en las rancherías de Sucuriú.

²⁴ Esto es, el Infierno.

I N O C E N C I A

Pereira, en posesión de tan largo asunto, contó mil historias, unas lúgubres, otras jocosas, verídicas, inventadas para el caso o copiadas.

Mientras tanto, ambos habían andado bastante. El sol había declinado en el horizonte, y la brisa de la tarde venía ya soplando del lado del poniente.

-Nosotros -observó el minero,- con nuestra conversación, hemos dejado que los animales fueran cabeceando. Por cierto que ya está aquí mi camino. Métase en él, señor Cirino; el de enfrente va a parar a *lo* de Leal. Mi campito empieza en este sitio a la orilla del camino, y va por ahí hasta muy lejos, un mundo de fanegas de tierra.

Al decir estas palabras tomó la delantera y, dejando a la derecha el camino real, enderezó por un claro entre los árboles, espacioso y muy entoldado, que con rodeos y tortuosidades llevaba a la margen de un caudaloso y límpido riachuelo.

Al oír el golpear del agua, los animales apretaron el paso, y metiéndose en ella, casi hasta el pecho, estiraron el cuello y se pusieron a beber ruidosamente, avanzando poco a poco contra la corriente en busca del sitio donde el agua fuese más pura.

-No la deje empacharse a su mula -observó Pereira- ¡Upa! - continuó, tirando de las riendas al petiso y golpeándole amigablemente en el morrillo. -¡Upa, *Resabiado!* Vamos a matar el hambre con el maíz.

Del otro lado del riachuelo se ensanchaba la vereda, y después de cortar por entre un espeso monte se abría a un

verdadero camino que los dos jinetes tomaron a medio galope.

Al fin , tramontaba el sol cuando, por detrás de un ralo matorral, surgió la punta de un mástil de las fiestas de San Juan, que el minero saludó con muestras de gran alegría, como signo precursor de su querida vivienda.

Pero antes de penetrar en ella digamos quién era este mancebo que viajaba ornado del pomposo título de doctor y, lo que es más, revestido de autoridad para andar a su talante aplicando remedios y preconizando curas milagrosas.

INOCENCIA

CAPITULO TERCERO

EL DOCTOR

Sembrad promesas. A nadie hacen daño
y el mundo es rico en palabras. La
esperanza, cuando otros creen en
ella,
hace ganar mucho tiempo.

OVIDIO.

Al morir dota a algún colegio, o a tu
gato.

POPE.

Sganarello. -De todas partes viene gente
a buscarme, y si las cosas continúan
así

soy de parecer que de una vez debo dedicarme a la medicina. Creo que de todos los oficios éste es el preferible por que hágase mal o bien, siempre al final hay dinero.

MOLIÉRE. *El médico a la fuerza.*

Había nacido Cirino de Campos, como se lo dijera a Pereira, en la provincia de Sao Paulo, en la tranquila y bonita villa de Casa-Branca, que se halla a unas cincuenta leguas del litoral. Hijo de un vendedor de drogas, que se titulaba boticario y que agregaba a este oficio el importante cargo de administrador de correo, se había criado bajo las miradas paternas hasta la edad de doce años, al cumplir los cuales había sido enviado, en ocasión de fiestas y a título de grato recuerdo, a un viejo tío y padrino residente en la ciudad de Ouro-Preto, en Minas-Geraes.

Este pariente, solterón, de genio áspero, misántropo y dado a las prácticas de la más extremada santurronería, recibió al chico con mal modo y manifiesto descontento, tanto más cuanto que la presencia de un extraño venía a interrumpir los hábitos de completa soledad a que se había acostumbrado desde hacía largos años.

I N O C E N C I A

Era hombre que se vestía aún a la antigua, usando zapatos de hebillas, calzón corto y cabellera empolvada con la correspondiente coleta.

Su reputación de persona, pudiente estaba tan bien arraigada en toda la ciudad de Ouro-Preto, como la de su refinada avaricia, llegando la voz pública a afirmar que su dinero, y no poco, estaba todo enterrado en numerosos agujeros en el piso de su alcoba.

-Mi amiguito -le dijo el tal padrino a Cirino pocos días después de su llegada;- vaya sabiendo que a la menor cosita le sacudiré el polvo del cuerpo. Dése por avisado, y ande más derechito que un huso.

Él chico, sobrecogido de espanto, se pasó la tarde llorando en un rincón oscuro de la casa, donde estuvo recordando, hasta que le vino sueño, la alegre vida de otros tiempos, los juegos de sus compañeros en el tupido césped del Cruzeiro, a la entrada de la villa de Casa-Branca, y, sobre todo, las caricias de su ausente madre.

Después de esta amonestación preventiva se fue el tío a casa de unos padres que tenían influencia en la dirección del colegio de Caraga, y arregló con ellos la admisión del ahijado en este establecimiento de instrucción clerical.

Astuto como era, consiguió este resultado sin mucha dificultad, pagándolo a interés compuesto, con tentadoras promesas.

-Por ahora -masculló,- nada podré hacer por la educación del muchacho; pero... en fin... algún día... ya estoy viejo...

trataré de demostrar que no me olvidé de los buenos padres que tanto me ayudan.

Olfatearon en seguida los clérigos un cuantioso legado, y lanzada así, a la eventualidad de una cláusula testamentaria quedó resuelta la entrada de Cirino la casa colegial.

El presentimiento de la falta de protección natural hace a las criaturas suaves y resignadas. Por cierto, no dijo ni tus ni mus el salvajuelo al entrar en el internado donde debía pasar tristemente los mejores años de su adolescencia, mascullando el latín, balbuciendo el Telémaco y entonando día y noche, y en falsete, unos trozos de canto llano.

Optimo negocio hizo incontestablemente el viejo tío. Iba desembolsando tan sólo buenas palabras, y como estaba agarrado a la vida llegó hasta acompañar al cementerio a dos de los padres que tan asidos habían estado a las esperanzas de un valioso recuerdo.

Al fin, como tenía que pagar a su vez el tributo universal, un buen día murió, cuando menos se esperaba, dejando muy recomendado un testamento suyo, que fue abierto, en efecto, con ansiedad digna de mejor suerte.

Testamento había, fuerza es confesarlo; no un testamento, precisamente, sino una extensa exposición, toda de puño y letra del viejo; pero barras de oro o fajos de billetes, ni la sombra.

Escarbóse la casa de arriba abajo; se levantaron los pisos; se auscultaron todas las paredes; se rompieron los muebles; nada apareció, nada denunció escondrijo alguno de riquezas, ni cosa que se le pareciese.

Descubrióse entonces que este santurrón había sido un pensador desilusionado, un antiguo admirador de Xavier, alias el Sacamuelas, ²⁵que nunca había tenido un peso, y que había vivido como un filósofo, gruñendo para consigo mismo contra todo y contra todos.

Su testamento era una carcajada, medio de placer, medio de ironía, lanzada de ultratumba y corroborada por el legado sarcástico que en pomposo codicilo hacía a los padres de Caraga, de su biblioteca, «a fin, decía, de ayudar a la educación de los jóvenes y auxiliar las buenas intenciones de sus honrados y virtuosos directores.»

Se buscaron los tales libros y se topó con un baúl lleno de obras, en parte devoradas por el *cupim*²⁶ y que, por orden clerical, fueron inmediatamente, y en medio de gritos de indignación y santo horror, entregadas a las llamas de un gran auto de fe. Eran las *Ruinas* de Volney, el *Hombre de la Naturaleza*, las poesías eróticas de Bocage, el *Diccionario filosófico* de Voltaire, el *Citador* de Pigault-Lebrun, la *Guerra de los Dioses* de Parny, las novelas del Marqués de Sade, y otras producciones de igual alcance y quilates, algunas hasta en francés, pero anotadas por un lector asiduo y más o menos convencido.

La consecuencia de esta pesada broma póstuma, que destruía de raíz el concepto de una vida entera, fue la inmediata expulsión de Cirino del colegio de Caraga.

²⁵ Alusión despectiva al patriota republicano Xavier, apóstol de la independencia brasileña.-(N. del T.)

²⁶ Hormiga pequeña y blancuzca que destruye la madera porque se alimenta a ella.

Tenía entonces dieciocho años, y, como era vivo, consiguió, a pesar del borrón natural que hacía caer sobre él su parentesco con su estrambótico y difunto protector, ir a servir de cajero en una mañosa botica, donde entre drogas y recetas fueronle volviendo los hábitos de la casa paterna.

El trabajo era liviano, y la preparación de recetas tan escasa que los ingredientes farmacéuticos permanecían meses enteros en los empañados y descanteados frascos, a la espera de que alguien se acordase de sacarlos de este enmohecido olvido.

En una localidad pequeña, de simple boticario a médico no hay más que un paso. Cirino, pues, poco a poco y con el tiempo fue creando tal cual práctica en el arte de recetar, y asiéndose a un Chernoviz, ya grasiento a fuerza de uso, se puso a recorrer, con algunos medicamentos en el bolsillo y en la maleta a grupa, los alrededores de la ciudad, en busca de quien utilizase sus servicios.

En estas cortas excursiones empezó a recibir el tratamiento de doctor. Entonces, para afirmarlo mejor, después de despedirse de la botica en que servía se matriculó en la escuela de farmacia de Ouro-Preto, con la intención de sacar título de boticario, que el presidente de la provincia de Minas-Geraes tiene el privilegio de conferir, dispensando documentos de cualquier facultad reconocida.

Sin embargo, antes de conseguir la posesión de este lisonjero documento, en un momento de capricho, Cirino se decidió a partir, y entonces comenzó a viajar por los sertones poblados, administrando medicinas, sangrando y tajando, y

agregando, entretanto, a algunos conocimientos de valor positivo, otros que la experiencia le iba indicando o que la voz del pueblo y la superstición le suministraban.

Toda su ciencia asentaba sus cimientos en el citado Chernoviz. También era éste su inseparable vademecum, su libro de oro: Homero a la cabecera de Alejandro. Noche y día lo manoseaba; noche y día lo consultaba a la sombra de los árboles y junto al lecho de los enfermos.

Contiene Chernoviz, dicen los entendidos, muchos errores, muchas lagunas, mucha cosa inútil y hasta disparatada ; sin embargo, en el interior del Brasil es una obra que presta incontestablemente buenos servicios, y cuyas indicaciones tienen fuerza de evangelio.

Sabía Cirino su ejemplar de memoria y salteado; abríalo con seguridad en los puntos que deseaba consultar, y gracias a él había llegado a formarse un fondo de instrucción real, y hasta cierto punto exacta, a la que unía el estudio natural de las utilísimas aunque poco aprovechadas hierbecillas del campo.

A fin de aumentar sus recursos en materia médica vegetal fue extendiendo poco a poco sus excursiones fuera de las ciudades, a las cuales volvía cuando se vela falta de medicamentos o cuando, digámoslo sin rodeos, quería gastar en placeres y francachelas el dinero que reuniera en la clínica del sertón.

Por último, hecho ya a hábitos de completa libertad, habla resuelto emprender un Viaje a Camapoán y al sur de la provincia de Matto-Grosso, tanto con el objeto de extender

el radio de sus operaciones como también llevado del deseo de ver tierras nuevas y lejanas.

Curandero, simple curandero, iba cultivando por todas partes el tratamiento de doctor, que gradualmente le fue pareciendo, a sí mismo, un título inherente a su persona y al que tenía incontestable derecho.

Bien formado era el corazón de este joven, y su alma elevada o incapaz de pensamientos poco dignos; sin embargo, en lo más íntimo de su carácter habíanse arraigado insensiblemente ciertos hábitos de orgullo, embebido en un si es no es de charlatanismo, originario no sólo de su flagrante insuficiencia científica, sino también del círculo en que siempre había vivido.

Apartábase en todo caso, aun así, con todos sus defectos, del común de los médicos ambulantes del sertón, tipos que se encuentran frecuentemente en aquellos parajes, picados de todos los atributos de la más crasa ignorancia pero rodeados de privilegios completamente excepcionales.

En todas partes entra, en efecto, el doctor ; entra en el interior de las familias, verdaderos gineceos; ocupa el mejor sitio en la mesa de sus huéspedes, la cama más mullida; es, en fin, un personaje caído del cielo y al cual acuden siempre, de muchas leguas alrededor, no ya enfermos sino fanatizados creyentes que durante largos años han estado medicinándose, o según consejos de vecinos o según sus propias aspiraciones, y que en la llegada de este Mesías ponen todas las ardientes esperanzas de su anhelado restablecimiento.

CAPITULO CUARTO

LA CASA DEL MINERO

**La cena está en la mesa. Que la buena
acogida haga disculpable la pobreza
de
los platos.**

WALTER SCOTT, *Ivanhoe*.

Cuando aparecieron los dos viajeros a la entrada del patio que rodeaba la vivienda de Pereira, saliéronles al encuentro cuatro o cinco perros altos y flacos, que dando saltos saludaron al dueño de casa con un alegre coro de ladridos.

Echaron a correr espantadas algunas gallinas, al paso que dos gallos encaramados en el techo de la vivienda proclamaban la nueva, y unos puercos y lechones se erguían aquí y allá

por entre unas cañas de maíz, y despertados de pronto miraban a los recién Regados con ojos pequeños y llenos de sueño.

Del interior de la habitación no tardó en salir una negra muy vieja, mal vestida, que tenía atado a la cabeza un pañuelo blanco de algodón, cuyas puntas le caían hasta mitad de la espalda.

-¡Hola, María Conga! -exclamó Pereira;- ¿qué hay de nuevo por acá?

-La bendición, mi amo -pidió la esclava, alejándose con alguna lentitud.

-Dios te haga santa -contestó el minero.- ¿Cómo va la niña... *Nocencia*?

-Niña está con fiebre.

-Eso ya lo sé, mujer de Dios; pero, ¿cómo lo ha pasado desde antes de anteayer hasta hoy ?

-Todos los días, llegada la hora, niña tiene temblor, mi amo.

-Está bien... Es que el mal no ha cedido todavía... Dentro de poco veremos. ¿Y la comida?... ¿ está lista? Vengo muerto de hambre. ¿Qué dice, señor Cirino ?-preguntó volviéndose hacia su compañero.

-No me vendría mal tampoco comer alguna cosa. Tenemos razones para...

-Pues entonces -interrumpió Pereira,- eche pie a tierra y pise fuerte, que el terreno es nuestro. Mi casa, ya se lo he dicho, es pobre, pero bastante holgada, y no está cerrada para nadie.

Dió en seguida el ejemplo bajándose del petiso zambo, que solo se fue corriendo en dirección a una dependencia de la casa con trazas de caballeriza.

Apeóse también Cirino, pero al entrar en una especie de cobertizo de paja que daba sombra a todo el frente, mostró repentina y viva contrariedad en el ademán y en la fisonomía.

-Vea, señor Pereira -exclamó golpeando un *maslo* con el tacón de la bota;- ahora me acuerdo de que mis bultos van a tomar todos el camino de lo de Leal, y aquí me dejan sin ropa y sin medicamentos. ¡Qué trastorno! Debíamos haber esperado a la entrada de su *picada*.²⁷

Le contestó el minero deshaciéndose todo en una expansiva risotada.

-¡Hola! ¿conque el doctor es tan novato en viajes? ¿Piensa entonces que no dejé allí un aviso segura a su gente? ¿No se acuerda de la rama verde que puse en el mismo medio del camino real?

-Es verdad -confirmó Cirino.

-¿Y entonces?... Dentro de pronto sus sirvientes estarán pisando nuestra huella. Entremos, que el hambre va ya apretando.

Consistía la vivienda de Pereira en un caserón vasto y bajo, techado de paja, con una puerta ancha entre dos ventanas muy estrechas y mal abiertas. En la pared del frente, que tal vez a causa del peso del techo, se salía sensiblemente de la vertical, grandes grietas longitudinales mostraban la urgencia

²⁷ Vereda abierta con el hacha a través de un monte.

de serias reparaciones en toda aquella obra, hecha de tierra amasada y enrejado de palo a pique.

Contra la pared lateral de la derecha se apoyaba un gran galpón construido con troncos de palmeras, por entre los cuales iban cayendo las espigas de maíz con el continuo hocar de los puercos, que no sacaban de allí sus patas.

Corrido en el frente de la casa se vela un cobertizo de paja de *bority*, sostenido por gruesas tacuaras, ligero apéndice agregado en ocasión de alguna fiesta pasada, en que el número de los convidados habría excedido los límites del abrigo que ofrecía la hospitalaria habitación.

En el interior, ésta se hallaba dividida en dos partes, una, toda cerrada, excepto la puerta por donde se entraba, y que constituía el local destinado a los huéspedes ; la otra, a retaguardia, pertenecía a la familia, y quedaba, por lo tanto, completamente vedada a los ojos de los extraños y sin comunicación interior con el compartimento del frente.

El piso de esta sala era de barro compacto y apisonado, viéndose en él señales de que a veces se encendía allí fuego ; por lo que la paja y la armadura del techo estaban revestidas de una capa de tizne reluciente y tenue, que les daba un brillo singular, como si todo hubiera sido de jacarandá, barnizado.

-Esto de aquí -dijo Pereira entrando en la sala y sentándose en un taburete de madera- no es mío ; es del que viene a buscarme. Pocos vienen, por cierto, a parar acá ; pero, en fin, siempre es bueno contar con ellos... Mi gente vive en el departamento del fondo.

I N O C E N C I A

Y apuntó a la pared frontera a la puerta de entrada, haciendo un ademán para mostrar que la casa se extendía del otro lado.

-Señor Pereira -dijo Cirino recostándose en un sólido sillón ;-no se incomode por mí de ningún modo... Haga de cuenta que aquí no hay nadie.

-Pues entonces -replicó el minero,- tiéndase un poco mientras voy allá adentro a ver las novedades. La hora es más bien de comer que de dormir; pero espere acostadito y a sus anchas, lo que siempre es más cómodo que estar de pie o sentado.

No despreció la invitación el huésped. Soltó el poncho, se sacó las botas, y cruzándolas, hizo de las cañas almohada, en la que recostó la cabeza.

El que se coloca en posición horizontal después de hacer unas cuantas leguas largas, se duerme con seguridad. Pronto vino, pues, el sueño a cerrar los párpados del recién llegado y a hincharle el pecho con sosegada respiración.

Durmió quizás hora y media, y más hubiera dormido si no lo hubiese despertado un tropel de animales que se detenían y un vocear de gente que ponía bultos en tierra.

El señor Pereira apareció en la puerta con aire jovial.

-¿Y qué le dije yo, eh?

-Es cierto; ahora estoy tranquilo.

-Y el señor se ha dado una buena ración de sueño.

-¿Una hora, tal vez?

-¡Ya lo creo! si no más. He estado todo este tiempo al lado de *Nocencia*, que temblaba de frío como si estuviese ahora en Ouro-Preto cuando cae la helada en la calle.

-¿Entonces no va mejor?

-¡Bah,!... Después que el señor haya comido ha de ir a verla. ¡Pobrecita! Está tan destruida, que parece enferma de dos meses atrás.

-Felizmente -observó Cirino con cierto engreimiento,- aquí estoy yo para ponerla en pie en poco tiempo.

-¡Dios lo oiga! -dijo Pereira con verdadera unción.- ¡Paisanos! ¡oh, amigos! -gritó en seguida a los dos sirvientes que acababan de llegar,- váyanse a sestear a aquella ramada, allí. Cerca hay buena agua, y leña es lo que no falta: basta alargar el brazo. Vean, denles de comer a los animales hasta que se harten. Aprovechen el maíz mientras haya: es la *fuorza* de estos bichos. Aquí lo vendo baratito. Un manajo²⁸ por un cobre,²⁹ y no son espigas *fallas*, ni de grano malo. ¡Ea! ¡María Conga! ¡vamos con eso!... ¡la comida en la mesa!

El llamado y las indicaciones de Pereira fueron cumplidas sin demora.

Apareció la vieja esclava, que extendió sobre una mesa ancha y mal alisada un mantel de algodón basto, pero muy blanco, sobre el cual derramó dos buenas calabazadas³⁰ de

²⁸ Un manajo se compone de cuatro espigas atadas.

²⁹ Dos veintenes.

³⁰ La cáscara vacía y reseca del fruto de la *cuereira* o *cuité*, planta calabacera, usada como recipiente.

harina de maíz ; puso luego boca abajo un plato hondo de loza azul, y al lado colocó una cuchara y un tenedor de metal.

-Siéntese, doctor -dijo Pereira a Cirino;- ahora no como con su merced porque ya picoteé algo allá adentro. Disculpe si no encuentra la comida de su gusto.

En este momento venía entrando María Conga con dos platos bien llenos y humeantes, uno de porotos gigantes, otro de arroz.

-¿Y las legumbres ?-preguntó Pereira;- ¿no hay ?

-Sí, mí amo; ya las traigo -contestó la negra, que, en efecto, estuvo de vuelta en seguida.

Tornó el minero a pedir disculpa por la insuficiencia y mala preparación de la comida.

-No le doy hoy solomillo de puerco; pero lo prometido no caerá en olvido. Esto se lo puedo asegurar.

-Estoy muy satisfecho con lo que hay -protestó con sinceridad Cirino.

Y, efectivamente, por el modo cómo empezó a comer, sirviéndose repetidas veces de cada plato, dio evidentes muestras de que decía enteramente la verdad.

-María -dijo Pereira a la esclava, que había ido a colocarse un poco lejos de la mesa con los brazos cruzados;- ahora trae melado³¹ y café con *rapadura*.

Llegaron el postre y la taza de café, que completa la merienda.

-¡Ah! -exclamó Cirino con satisfacción evidente, estirando los brazos;- estoy más lleno que un huevo. Los porotos

³¹ Torta pequeña, de forma rectangular, hecha de miel y cañamones.

estaban de rechupete, Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo que me ha dado tan buena acogida.

-Amén -contestó Pereira.

-Ahora, amigo mío -le dijo el mozo después de una pequeña pausa, -estoy a sus órdenes. Podemos ver a su enfermita y aprovechar la parada de la fiebre para cortársela en seguida. En casos así no me gustan las demoras.

Cubrióse el rostro del minero de ligera sombra; frunciéronsele las cejas y una vaga inquietud se dibujó en su frente.

-Más tarde -dijo precipitadamente.

-Nada, señor mío -replicó Cirino;- cuanto más pronto mejor. Es lo que le digo.

-¿Pero, qué prisa tiene su merced? -le preguntó Pereira con cierta desconfianza .

-¿Yo? -contestó el otro sin notar la intención,- ninguna. Es sólo para el bien de la moza.

Encendiéronsele a Pereira los ojos con repentino brillo.

-¿Y cómo sabe que mi hija es moza? -exclamó con viveza.

-Pues... ¿no fue el señor mismo el que me lo dijo en la conversación del camino?

-¡Ah!... es verdad. Todavía no es moza... Catorce años, quince años cuando mucho... quince años y medio... Una criatura, ¡pobrecita!...

-En fin -replicó el mozo,- sea como fuere. Cuando el señor quiera, venga a buscarme. Mientras espero revolveré mis maletas y sacaré algunos remedios para tenerlos más a mano.

I N O C E N C I A

-Muy bien -aprobó Pereira ;-tire sus *chismes* a ese rincón y esté tranquilo ... Nadie se meterá con ellos... En cuanto a mi hija ... yo ya vengo... voy a dar una vuelta por allá adentro, y... después conversaremos.

CAPITULO QUINTO

AVISO PREVIO

Donde hay mujeres, allí se juntan
todos los males a un tiempo.

MENANDRO.

Nunca es bueno que un hombre sensa-
to
educe a sus hijos de tal modo que
desarrolle demasiado su espíritu.

EURIPIDES, *Medea*.

Hijos, sois para los hombres el
encanto del alma.

MENANDRO.

Estaba Cirino haciendo el inventario de su ropa, y empezaba ya a anochecer, cuando Pereira volvió a su lado.

-Doctor -dijo el minero,- su merced puede entrar ahora a ver a la chica. Está con el pulso que es un hilo, pero no tiene fiebre de ninguna clase.

-Más vale así -contestó Cirino.

Y arreglando precipitadamente lo que había sacado de la canasta, la cerró y se puso de pie.

Antes de salir de la sala Pereira detuvo a su huésped con el aire de quien necesita tratar un asunto de gravedad, y al mismo tiempo de explicación difícil.

Al fin comenzó, un tanto vacilante:

-Señor Cirino, yo, aquí donde me ve, soy un hombre de genio muy bueno, muy amigo de todos, muy sosegado, y que tiene el corazón en la boca, como su merced debe haberlo visto...

-Por supuesto -convino el otro.

-Pues bien; pero... tengo un gran defecto: soy muy desconfiado. El doctor va a penetrar en el interior de mi casa y... pórtese como...

-¡Oh, señor Pereira! -interrumpió Cirino con animación, pero sin gran extrañeza, pues conocía el celo con que los hombres del sertón guardan de las miradas de los profanos sus aposentos domésticos,- me jacto de haber sido recibido en el seno de muchas familias honradas, y sé comportarme como debo.

Expandióse un tanto el rostro del minero.

-Ya veo -dijo con cierta vergüenza,- que el doctor no es ningún *arrastrado*; pero nunca es bueno facilitar... Y ya que no hay más remedio, voy a decirle todos mis secretos... No son como para avergonzar a nadie, gracias a Dios, pero en asuntos de mi casa no me gusta menear la lengua... Mi hija *Nocencia* tendrá dieciocho años para Navidad, y es una muchacha que por su figura parece moza de la ciudad, muy arisquita de modos, pero bonita y buena de veras... ¡Pobrecita! se ha criado sin madre, y en estos desiertos. Tengo otro hijo: éste es un hastial barbudo y gordo, que ahora está trabajando en puercos del lado del río.

-Ahora bien -continuó Pereira, cayendo poco a poco en su habitual garrulidad;- cuando vi que la chica iba echando carnes, traté en seguida de casarla.

-¡Ah! ¿es casada? -preguntó Cirino.

-Es decir, es y no es. La cosa está apalabrada. Por aquí acostumbra trabajar en la conducción de ganado para Sao Paulo un hombre excelente, que tal vez el señor conozca... Manecón Doca...

-No -contestó Cirino, meneando la cabeza.

-Pues éste sí que es un hombre hecho y derecho; resuelto y trabajador como él solo... Se cruza todos estos sertones de parte a parte, y viene arreando puntas de ganado que meten miedo. También dicen que ha hecho buenos negocios y que ha juntado bastantes cobres, lo que es posible porque no es gastador ni dado a las mujeres. Una vez que estuvo aquí de huésped... vea, precisamente en ese sitio donde estaba su merced ahorita mismo, le hablé del casamiento... es decir,

le di unos toques... porque los padres deben tomar eso sobre sí, para bien de sus hijas, ¿no le parece?

-¡Ya lo creo! -aprobó Cirino;- le doy toda la razón; era su deber.

-Pues bien; Manecón se quedó así, medio en duda ; pero cuando le mostró la chica fue otro cantar... ¡Ah! ¡también es una muchacha!...

Y Pereira, olvidando sus primeras prevenciones, dio con la lengua un chasquido expresivo apoyando la palma de la mano en sus gruesos labios.

-Ahora está un poco desmejorada ; pero cuando está bien se pone coloradita como una *mangaba*³² del arenal. Tiene cabellos largos y finos como seda de *paina*,³³ una nariz delicada y unos ojos matadores... No parece hija de quien es...

A elogios imprudentes lo llevaba a Pereira el amor paterno.

Fue lo que pensó de repente él mismo, de modo que, reprimiéndose, dijo con vacilación manifiesta:

-¡Esta obligación de casar a las mujeres es el diablo!... Sí no toman estado se quedan tristonas y ajaditas ... Si se casan pueden caer en manos de un mal marido... ¡Y después, las historias!... ¡Ay, Dios mío! mujeres en una casa es cosa de meter miedo... Son frascos de vidrio que cualquier cosa puede quebrar... En fin, mientras ha sido soltera mi hija ha honrado el nombre de mis padres... Manecón que se aguante

³² Fruto de la mangabeira (*bancornia*), redondo, amarillo rojizo, dulce y muy sabroso.

³³ Especie de algodón muy fino, producido por el árbol llamado *de la lana* o *barrigudo*.

cuando la tenga con él... De gente de faldas no hay que fiarse... ¡Cruz! echan a perder familias enteras en menos que el demonio se refriega un ojo.

Esta opinión injuriosa sobre las mujeres en general es corriente en nuestros sertones, y trae como consecuencia inmediata y práctica, además del riguroso encierro en que se las tiene, no sólo el casamiento concertado entre parientes muy próximos para sus hijos menores de edad, sino también, y sobre todo, los numerosos crímenes cometidos apenas se ha sospechado la posibilidad de cualquier intriga amorosa entre una hija de familia y un extraño.

Desarrolló Pereira todas estas ideas y aplaudió la prudencia de tan precavidas medidas.

-Repito -dijo con calor,- que en esto de mujeres no hay que fiarse. ¡Bien hacían los nuestros del tiempo antiguo! Las muchachas andaban más derechitas que un huso... Una cerradita de ojos un poco sospechosa era una paliza en seguida... Me han dicho que hoy, allá en las ciudades... ¡reniego!... no hay chica, por pobrecita que sea, que no sepa leer libros de letras de molde y garabatear en el papel... que no vaya a las fiestas con vestidos descotados por delante como mozas perdidas, y que se zangolotean en bailes y hablan alto y le muestran los dientes, por quítame allá esas pajas, a cualquier presumido malcriado... ¡Cruz! Esto también es demasiado, ¿no le parece?... Aquí, para mi modo de pensar, entiendo que no hay que maltratar a las pobrecitas, pero también es preciso no darle alas a la hormiga... Cuando ya están grandecitas, se

hace una buena fiesta para casarlas con algún muchacho decente o con algún primo, y se acabó la historia...

-Después -agregó, abriéndose expresivamente con los dedos el párpado inferior de los ojos,- cautela y cuchillo afilado para el que se haga el tonto y venga a echársela de gracioso en estos andurriales... Mi hija...

Pereira cambió completamente de tono.

-¡Pobrecita!... Por ella no han de venirle males al mundo... Es una palomita del cielo... ¡Tan buena, tan cariñosa!... ¡Y regalona!... no puedo con ella... Sólo al pensar que tengo que ponerla en manos de un hombre, todo se me revuelve. Es preciso, sin embargo. Hace años ... debía haber hecho ya este arreglo, pero... no sé ... cada vez que pensaba en eso... se me caía el alma a los pies.. . También es una muchacha que no se ha criado como la mayor parte... ¡Ah, señor Cirino!... estos hijos... son pedazos del corazón que uno se arranca del cuerpo y los echa a rodar por este mundo de Cristo.

Humedeciéronse - ligeramente las pestañas al buen padre.

-¡El más viejo de los míos está Dios sabe dónde!... Si yo muriese en este instante la chica quedaría desamparada ... También era preciso acabar con esa incertidumbre ... Por otra parte, Manecón me prometió dejarla aquí, en casa, y de este modo queda todo arreglado... es decir, remediado, porque una hija casada es un mueble que ya no pertenece al padre.

Hubo unos instantes de silencio.

-Ahora -prosiguió Pereira con cierto disgusto- que le he dicho todo, le pido una cosa: vea sólo a la enferma y no mire

a *Nocencia*,... Le he hablado así a su merced porque era mi obligación... Ningún hombre, a menos que fuera muy íntimo de este criado suyo, pisó nunca en el cuarto de mi hija... se lo juro. Sólo en casos como éstos, de extrema precisión...

-Señor Pereira -replicó Cirino con calma,- ya le he dicho y vuelvo a decirle que, como médico, hace mucho tiempo que estoy acostumbrado a tratar con familias y a respetarlas. Este es mi deber, y hasta hoy, gracias a Dios, mi fama es buena... En cuanto a las mujeres, no participo de sus opiniones ni las encuentro razonables ni justas. Pero es inútil que, discutamos, porque sé que son prevenciones que vienen de muy lejos, y el que nace torcido tarde o nunca se endereza... No tome a mal esas palabras mías. El señor me ha hablado con toda franqueza y también con franqueza quiero responderle. En mi opinión, las mujeres son tan buenas como nosotros, si no mejores ; no hay, pues, motivo para desconfiar tanto de ellas y tener a los hombres en tan buena cuenta... En fin, esas ideas suyas pueden cuadrar mejor a su voluntad, y en mí es vieja costumbre no contrariar a nadie, para vivir bien con los demás y merecer de ellos el trato que creo tener derecho a recibir. Cuide cada cual de sí, mírenos Dios a todos, y nadie quiera erigirse en férula del mundo.

Esta profesión de fe, hecha en tono dogmático y superior, pareció impresionar agradablemente a Pereira, que había ido aplaudiendo con un expresivo movimiento de cabeza la sensatez de los conceptos y la fluidez de la frase.

INOCENCIA

CAPITULO SEXTO

INOCENCIA

En esta doncella se encuentran juntas
mi vida y mi muerte.

HENOCH, *El libro de la amistad.*

Jamás había visto yo cosa más perfecta

que su rostro pálido, sus ojos guarnecidos de sedosas y tupidas pestañas y su aire tierno y dolorido.

GEORGES SAND, *Los maestros gaiteros.*

Todo en Fenella realizaba la Idea de una miniatura. Por otra parte, había

en su fisonomía, y sobre todo en sus miradas, extraordinaria vivacidad, fuego e Ingenio.

WALTER SCOTT, *Peveril del Pico.*

Después de las explicaciones dadas a su huésped, sintióse el minero despreocupado.

-Entonces -dijo,- si quiere, vamos ahora a ver a nuestra enfermita.

-Con mucho gusto -convino Cirino.

Y saliendo de la sala, acompañó a Percira, que lo hizo pasar por dos cercos y dar la vuelta a toda la casa para llegar a la puerta del departamento del fondo, frontera a un magnífico naranjal todo cubierto a la sazón de blancas y olorosas flores.

-En este sitio -dijo el minero apuntando hacia el huerto,- se juntan todos los días enormes bandadas de *graúmas*³⁴ que, es un barullo de mis pecados. A *Nocencia* le gusta mucho eso, y se pone siempre a coser debajo de los árboles. Es una muchacha excelente. ..

Deteniéndose en el umbral de la puerta continuó con expansión:

-No se imagina el señor... A veces esta criatura tiene recuerdos y preguntas que me dejan pasmado... Aquí. había un

³⁴ Pájaro de pluma negra, de canto muy melodioso y de hábitos eminentemente sociales.

libro de oraciones de mi difunta abuela... Pues ¿no se le ocurrió un buen día pedirme que la enseñase a leer?... ¡Qué idea!... Y hace poco, ¿no me dijo que quería haber nacido princesa?... Yo la repliqué:

Y sabe usted lo que es ser princesa?

-Sí -me contestó con todo acierto ; s una niña muy buena, muy bonita, que tiene una corona de diamantes en la cabeza, muchos collares de cuentas de oro en el cuello, y que manda a los hombres.

Me quedé medio atontado. ¡Y si el señor viese los modos que tiene con los animalitos!... Parece que está hablando con ellos y que los entiende... Un animal cualquiera, en llegando junto a *Nocencia*, se queda más mansito que oveja recién parida... Si fuese a contarle ahora historias de esa muchacha, sería cosa de nunca acabar... Entremos, que es mejor...

Cuando Cirino entró en el cuarto de la hija del minero, era casi de noche; de manera que a la primera ojeada que echó a su alrededor, sólo pudo entrever, aparte de varios muebles de anticuadas formas, una de esas camas muy comunes en el interior, altas y anchas, hechas de tiras de cuero entrecruzadas. Estaba arrimada a un rincón, y en ella había una persona acostada.

Pereira había mandado encender una vela de sebo. Cuando llegó la luz ambos se aproximaron al lecho de la enferma, que, acercándose al cuerpo una colcha de algodón de Minas y apretándose la debajo de la barba, se encogió toda, pero se volvió hacia los que entraban.

-Aquí está el doctor -le dijo Pereira,- que viene a curarte de una vez por todas.

-Buenas noches, niña -la saludó Cirino.

Una voz tímida murmuró una respuesta mientras el joven, en su papel de médico, se sentaba en un escabel junto a la cama y le tomaba el pulso a la enferma.

Caía entonces la luz de lleno sobre ésta, iluminándole el rostro y parte del cuello y de la cabeza, cubierta por un pañuelo rojo atado sobre la nuca.

A pesar de hallarse bastante pálida y un tanto delgada, era Inocencia de una belleza deslumbrante.

De su rostro irradiaba una sencilla expresión de encantadora ingenuidad, realizada por la dulzura de su mirar sereno, que parecía filtrar apenas por entre las pestañas sedosas que le adornaban los párpados, y tan largas que proyectaban sombra sobre sus delicadas mejillas.

La nariz era delgada, un poquito arqueada; la boca pequeña y la barba admirablemente torneada.

Al levantar la cabeza para sacar el brazo de debajo de la sábana, bajó una nada el camión de vainilla que vestía, dejando al descubierto un cuello de fascinadora blancura, en el que resaltaba uno que otro lunarillo.

Razones de sobra tenla, pues, el pretendido facultativo para sentir la mano fría y un tanto insegura, y no poder atinar con el pulso de tan gentil cliente.

-¿Y?...-preguntó el padre.

-No hay fiebre -contestó Cirino, cuyos ojos se clavaban con mal disimulada sorpresa en las facciones de Inocencia.

I N O C E N C I A

-¿Y qué tenemos que hacer?

-Darle hoy mismo un sudorífico de Flojas de naranja amarga a ver si transpira bastante, y cuando sea media noche recordarme para venir a administrarle una buena dosis de sulfato.

Había alzado la enferma los ojos y los fijaba en Cirino para seguir con atención las prescripciones que debían restablecerle la salud.

-No tiene hambre absolutamente -observó el padre,- hace casi tres días que sólo vive de brebajes. Es un fuego constante; esto hasta ni parece fiebre intermitente.

-Tanto mejor -replicó el joven;- mañana verá que la fiebre le sale del cuerpo, y dentro de una semana su hija estará en pie con seguridad. Yo se lo garantizo.

-Hable el doctor por boca de ángel -dijo Pereira con alegría.

-Los colores le han de volver muy pronto -continuó Cirino.

Inocencia se ruborizó ligeramente e inclinó la cabeza en la almohada.

-¿Por qué se ha atado ese pañuelo? -le preguntó luego el joven.

-Por nada -contestó ella con timidez.

-¿Siente dolor de cabeza?

-No, señor.

-Quítese entonces; no conviene llamar la sangre ; suelte, por el contrario, el pelo.

Obedeció Pereira y descubrió una hermosa cabellera, negra como el corazón de la cabiúna³⁵ y que ,en libertad debía caerle hasta más abajo de la cintura. Estaba arrollada en gruesas trenzas, que daban dos vueltas enteras alrededor de la coronilla.

-Es preciso -continuó Cirino,- tener el cuarto ventilado durante el día, y poner la cama en la línea del naciente al poniente.

-Mañana de mañanita la daré vuelta -dijo el minero.

-Bueno; por hoy entonces, o, más bien, ahora mismo, el sudorífico. Cierren todo, y que la niña sude bien. A media noche vendré aquí a darle la medicina. Tranquilece, niña, su espíritu y rece dos Avemarías para que la quina haga efecto en seguida.

-Sí señor -balbució la enferma.

-¿No le hace doler los ojos la luz? -le preguntó Cirino acercándole un momento la vela al rostro.

-Poco... casi nada.

-Eso es buena señal. Creo que no ha de ser nada. Y, levantándose, se despidió:

-Hasta luego, señorita.

Después de lo cual invitó a Pereira a salir.

Este hizo señas a alguien que estaba en un rincón del cuarto y en la sombra.

-¡Tico! -dijo,- venga acá.

A este llamado se levantó un enano muy encogido aunque perfectamente proporcionado en todos sus miembros.

³⁵ Por otro nombre, el jacarandá negro.

Tenía el rostro surcado de arrugas, como si ya fuese entrado en años ; pero sus ojillos vivaces y sus negruzcas guedejas revelaban una edad poco avanzada. Sus piernecillas, un tanto combadas, terminaban en unos pies largos y chatos que, sin gran desorden en su conformación, podían pertenecer a cualquier palmípedo.

Vestía una larga blusa parda sobre unas calzas que, por haber pertenecido a alguien mucho más alto que él, formaban abajo una voluminosa rodilla a pesar de estar dobladas. En la cabeza tenía un sombrero de paja de *carandá*³⁶) sin copa, de manera que la melena le asomaba por allí, toda revuelta y erizada, en retorcidas y emnarañadas greñas.

-¡Oh! -exclamó Cirino al ver entrar en el círculo iluminado tan extraña figura;- éste sí que es un zoquete.

-No ridiculice a mi Tónico -protestó Pereira sonriéndose.- Es chico... pero bueno. ¿No es cierto, enanito ?

El homúnculo se rió, o, mejor dicho, hizo una mueca enseñando sus dienteitos blancos y afilados, al paso que echaba a Cirino una mirada inquisitorial y altiva.

-Su merced verá, doctor -continuó Pereira,- que esta criaturita de Dios oye perfectamente todo cuanto se le dice, y en seguida comprende. No puede hablar, es decir, siempre puede decir una que otra palabra, pero con mucho trabajo y reventando casi de rabia y de fatiga. Cuando se mete a querer explicar cualquier cosa es un barullo de seiscientos, una gritería de mis pecados, en la que aparece una voz aquí, otra allá, un poquito más cristianas en medio de la baraúnda.

³⁶ Palmera muy parecida a la *carnatiba*, si no es la misma.

-Es porque no le cortaron el frenillo -observó, Cirino.

-No había nada que cortarle -replicó Pereira.- El defecto es de nacimiento y no puede ser remediado. Pero éste es un diablillo que se cruza este sertón de punta a punta, a cualquier hora del día o de la noche. ¿No es cierto, Tico?

El enano meneó la cabeza, mirando con orgullo a Cirino.

-¿Pero es de aquí, de la casa? -preguntó éste.

-No, señor; tiene la madre junto al río Sucuriú, a cuarenta leguas de aquí, y se larga de allá para acá en un instante, viniendo a hospedarse en las casas, que en todas se le recibe con gusto porque es un animalito que no hace mal a nadie. Aquí se queda dos o tres semanas y después escapa como un ciervo del monte a casa de la madre. Es una especie de cachorro de *Nocencia*. ¿No es cierto, Tico?

Hizo el mudo un signo afirmativo y apuntó con expresión risueña del lado de la joven.

Pereira, después de todas estas explicaciones que el enano parecía oír con satisfacción, dijo, encarándose con éste, o, mejor dicho, inclinándose encima de su cabeza:

-Ahora, hijo mío, váyase al corral grande y júntese un buen puñado de hojas de naranja amarga... de ese tronco grande que está arrimado a la *tranquera*.

El homúnculo dió a entender con un ademán expresivo que había comprendido, y se fue corriendo.

Iba Cirino a salir del cuarto, no sin haber mirado con detenimiento hacia el sitio donde estaba acostada la enferma, cuando Pereira lo llamó:

-¡Doctor! *Nocencia* quiere tomar un poca de agua. ¿Le hará mal?

-¿No hay aquí limones dulces? -preguntó el mozo.

-Es un nunca acabar... y de los mejores.

-Pues entonces hágale chupar unos gajos a su hija.

Pereira, después de haber arreglado y dispuesto paternalmente los cobertores junto al cuerpo de la muchacha, acompañó a Cirino que, de pie en la puerta, estaba contemplando las primeras estrellas de la noche.

-¿Ha encontrado su merced, doctor -le preguntó el minero con voz un tanto trémula,- algún peligro en lo que tiene este angelito?

-No, absolutamente no -contestó Cirino.- El señor verá que dentro de dos días su hija no tendrá nada.

-¡Malditas fiebres!... Cuando no derrumban a un cristiano lo mortifican años enteros... No querría que mi hija quedase pálida ni fea... Las mozas, si no son bonitas, es porque están enfermas... ¡Ah!... pero me iba olvidando... los limones dulces.

Pereira se adelantó en el patio, y poniéndose las manos delante de la boca, llamó con voz fuerte:

-¡Oh, Tico!

Un prolongado grito le contestó a corta distancia.

El minero se puso entonces a silbar con modulaciones a la manera de los indios.

Hubo unos momentos de silencio; luego, llegó corriendo el enano, y acercándose dió a entender por señas que no había oído bien el recado.

VIZCONDE DE TAUNAY

-¡Unos limones dulces, ahora mismo!... *Nocencia* tiene sed...

El chico salió disparado como una saeta, sumiéndose en seguida en la densa oscuridad que iba ya espesándose entre los árboles del huerto.

CAPITULO SEPTIMO

EL NATURALISTA

Mi filosofía se resume toda en oponer la paciencia a las mil y una contrariedades de que la vida está sembrada.

HOFF KANN, *El reflejo perdido.*

Transcurría la noche, serena y casi luminosa. En la pura extensión del cielo centelleaban con irisado brillo un sinnúmero de estrellas, proyectando sobre la larga cinta del camino del sertón una claridad incierta y misteriosa.

A juzgar por la marcha de los astros debía ser casi media noche, y, sin embargo, a esa hora muerta en que sólo los animales bravíos del desierto vagan en busca de alimento,

iban a paso lento por el camino real dos hombres, uno a pie, otro montado en una mula flaca y ya medio cansada.

El de a pie parecía ser, como en efecto lo era, un sirviente, e iba picando delante de él, con una gruesa y larga vara en la mano, a un lerdo y orejudo burro sobre cuyo lomo se alzaba una elevada carga de canastos y maletas medio cubiertas por un gran cuero.

El que estaba montado y que cabalgaba todo encorvado sobre la silla chica y rasa, con las piernas muy estiradas y abiertas, parecía sumido en profundas meditaciones. Debía ser un hombre bastante alto y delgado, y como lo observamos, a pesar de la hora avanzada de la noche, con ojos de novelista, diremos en seguida, que tenía la cara redonda, los ojos garzos, saltones, la nariz pequeña y respingada, larga barba, bigote y cabellos muy rubios. Su traje era el traje común de los viajeros: grandes botas, guardapolvo de alpaca muy holgado y sombrero de jipijapa de anchas alas. Traía en bandolera unos cuatro o cinco estuches de anteojos u otros instrumentos especiales, y en la mano sostenía un palo delgado y torneado, sujeto a una bolsa de fina gasa color de rosa.

Hombre de edad mediana, de fisonomía vulgar y tosca, era el criado; y por los modos y la impaciencia con que hostigaba a la bestia de carga, demostraba no estar hecho al género de vida que en esta ocasión hacía.

En silencio y en el orden que apuntamos caminaba la pequeña banda: el burro cargado, al frente; inmediatamente detrás de él el inhábil arriero; en seguida, cerrando la marcha, el viajero encaramado, en su flaca cabalgadura.

I N O C E N C I A

Hubo un momento en que, después de algunos palos estimulantes, la acémila pareció querer protestar contra el trato que tan fuera de horas recibía y hundiendo los cascos en la arena se paró resueltamente.

La resistencia, sin embargo, provocó una lluvia de verdaderos garrotazos, que repercutieron a lo lejos y se confundieron con los reniegos e imprecaciones del arriero.

-¡Burro del diablo! -vociferaba éste.- ¡Mil rayos te partan, bicho condenado! ¡Revienta de una vez!...

Durante unos buenos minutos el jinete, que había detenido su animal, esperó pacientemente algún resultado: o que la recalitrante acémila se diese al fin por convencida y avanzase, o que si no, reventase.

-Juca -dijo de repente con acento fuertemente gutural y que denunciaba su origen teutónico;- si paliza así cayera sobre su lomo, ¿le gustaría?...

El hombre al que habían dado el nombre de Juca, modificación familiar del de José, se volvió con arrebató:

-Vea, *mosiú* -dijo,- éste es un animal sin vergüenza que debe morir a palos. Esta vida no me conviene. ..

-Pero, Juca -replicó el alemán con inalterable calma,- quién sabe si carga no está lastimando pobre animal...

-¡Bah! -gritó el sirviente;- esto es maña solamente. Conozco a este sinvergüenza, a este infame, a este...

Y levantando el varapalo descargó tal paliza en las ancas del animal que le hizo soltar un sordo gemido de dolor.

-Juca -observó el otro en tono pausado;- quién sabe si adelante no hay palo caído o piedra que no lo deja pasar...

-Piedra, *mosiú*, y palo en la cabeza hasta rajársela es lo que precisa este ladrón...

-Vaya ver, Juca -insistió el alemán.

-Ahora, *mosiú*.

-Vaya ver, siempre...

Salió rezongando el sirviente de detrás del borrico, y dió la vuelta.

Allí delante vió enseguida la rama quebrada que Pereira había dejado caer en medio del camino para desviar a los acompañantes de Cirino.

-¡Hola, hola! -exclamó con mucha sorpresa.- Aquí ha estado alguno y ha puesto esta señal para, que no se pase...

-¿No dije a usted? -replicó el jinete con voz hasta cierto punto triunfante.- Asno tiene razón: adelante hay alguna cosa.

-Pero en la villa -observó José- nos dijeron que el camino seguía siempre derecho, sin ningún estorbo...

-En la villa dijeron eso -confirmó el otro.

-¿ Y entonces?

-¿Y entonces ?-repitió el alemán.

Hubo unos segundos de silencio.

Después, el jinete, agregó, con la misma serenidad imperturbable y como hallando una explicación naturalísima:

-En la villa mucha gente no sabe caminos. Es...

-¡Mil millones de diablos -interrumpió el sirviente, todo frenético,- se lleven el gusto de andar por esos matorrales del infierno a horas tan perdidas! Yo bien se lo he dicho, *mosiú*: nadie viaja así. Esto es una calamidad...

I N O C E N C I A

-Juca -interrumpió a su vez el patrón,- ¿qué es que se adelanta con estar gritando como condenado?... Vea antes, si ahí no hay algún camino desviado.

El otro obedeció, y sin dificultad halló la entrada, del sendero que llevaba a la vivienda de Pereira.

-¡Aquí está, *mosiú*, aquí está! -anunció con alegría.- Es una vereda que corta el camino y va a dar a alguna casa cerquita...

Y mudando repentinamente de tono, observó con voz triste:

-Con tal que hasta allá no haya alguna legua y la yapa...

-¡Ah! ¿no le dije? -contestó el alemán.- Ahora, pique burro despacito: andará como viento.

El animal pareció comprender el alcance moral de la victoria que acababa de obtener, y, en seguida, tomó por el sendero con nuevos bríos y hasta con celeridad notable.

Lo cierto es que, al poco rato, también él estaba sorbiendo, animal porfiado y astuto como suelen ser los de su especie, la buena agua del riachuelo en que se habían refrescado las cabalgaduras de Cirino y Pereira.

CAPITULO OCTAVO

LOS HUÉSPEDES DE MEDIA NOCHE

**¡Sí, ya lo sé; ya sé que son las
doce de la noche!...**

**XAVIER DE MAISTRE,
*Viajante alrededor de mi cuarto.***

No pasó mucho tiempo antes de que los dos nocturnos viajeros empezasen a oír los ladridos furiosos de los perros que en el patio de Pereira anunciaban la aproximación de gente sospechosa junto a la casa entregada a su vigilancia.

-Por aquí cerca hay algún rancho, *mosiú* -avisó el sirviente;- al fin descansaremos hoy... Pero, ¡qué barullo hace la perrada!... Son capaces de tragarnos antes de que venga algu-

no a saber quiénes somos... ¡Guarda! ¡qué cuadrilla!... ¡*Mosíú*! el señor debe ir adelante, rompiendo la marcha...

-Usted -contestó el alemán,- pégueles con garrote...

-Nada -replicó José con energía,- ese no es el trato.: El que está montado que vaya adelante... Y para colmo, ¿todavía ésta?

Después de murmurar por algún tiempo, exclamó:

-¡Ah, espere! Ya me acuerdo de una cosa... El hijo de mi padre no es tonto...

Y, diciendo estas palabras, de un solo salto se montó sobre las ancas de la acémila, que al sentir el inesperado aumento de peso se paró por un momento y con sordo ronquido trató de hacer una protesta.

-Juca -observó el alemán sin la menor alteración en la voz ;- así romperá espinazo al burro. Se morirá ... y usted tendrá que llevar carga sobre sus costillas ...

Quiso el sirviente entablar nueva discusión, pero en ese momento llegaban al patio, donde el ataque furioso de los perros justificó la prudente medida de José, que, todo encogido detrás de la carga, se puso a gritar como un poseído:

-¡Ah, de casa! ¡Eh, la gente! ¡Oh amigos!

La algarada de los perros aumentó de tal manera, que los troperos de Cirino, alojados en la ramada próxima, se despertaron y gritaron a un tiempo

-¿Qué diablos es esto? ¿Tenemos encerrada de hombres lobos?...³⁷ Abrióse en ese instante la puerta de la casa y

³⁷ Superstición curiosa, por lo universal persistente, que afirma la existencia de seres humanos que, transformados en feroces lobos, mero-

apareció Cirino delante de Pereira, trayendo éste una vela que con la mano abierta resguardaba de la brisa, nocturna.

-¿Quién llega? -exclamaron ambos a la vez.

-Sirviente y viajero -contestó con voz fuerte y simpática el alemán, acercándose a la luz y tratando de bajar de su cabalgadura.- ¿Quién es el dueño de esta casa?

-Aquí está -respondió Pereira alzando la vela arriba de su cabeza para hacer más luz a su alrededor.

-Muy bien -replicó el recién llegado.- Deseo posada para mí y para mi criado, y pido muchas disculpas por llegar tan tarde.

Se aproximó también José, empezando en seguida, mientras daba con la lengua chasquidos de contrariedad y soltaba imprecaciones, a poner en tierra la carga del borrico, al que había atado del cabestro a un palo encajado en el suelo.

-Pero -observó Cirino,- ¿qué es lo que lo hace viajar al señor a estas horas muertas?

-Deje entrar al hombre interrumpió Pereira, y que se arregle con lo que encuentre... Pues, señor mío, apéese. Bien venido sea quien busca techo que es mío.

-Gracias, gracias -exclamó con efusión el extranjero.

Y, presentando su ancha mano, apretó con tal fuerza las de Cirino y Pereira que les crujieron los dedos.

dean de noche por los campos en busca de carne humana viva y palpitante. Es el *loup-garou* de los franceses, el *wereewolf* Inglés, el *lobis-homen* portugués, nuestro *lobinsón* enterrriano, etc(N. del T.)

I N O C E N C I A

En seguida penetró en la sala, y se puso a arreglar los objetos que traía en bandolera, colocándolos cuidadosa y metódicamente encima de la mesa, en medio de las miradas de asombro que cambiaban entre sí cuantos lo estaban rodeando.

Digna de reparo era, en verdad, esa figura, a la trémula luz de la vela de sebo: largas piernas, cuerpo pequeño, brazos muy estirados y cabellos casi blancos de tan rubios que eran.

-¿Será algún brujo ?-preguntó a media voz Cirino a Pereira.

-¡Bah! -contestó éste con sinceridad,- ¡un hombre tan buen mozo, tan arregladito!...

Entró José con una canasta al hombro, y depositándola en el rincón menos obscuro del cuarto, consideró que debía sin más demora establecer la calidad e importancia de la persona que le servía de amo.

-Este señor -dijo señalando al alemán y dirigiéndose a Cirino- es doctor...

-¡Doctor! -exclamó el otro con despecho.

-Sí, pero doctor que no cura enfermedades. Es alemán, de allá, de *extranjis*, y viene desde la ciudad de San Sebastián del Río de Janeiro cazando *insetos* y persiguiendo mariposas.

-¿Mariposas? -interrumpió con admiración Pereira.

-Así es. Por todo el camino ha venido juntando bichitos. Vean... ese saco que trae.

-Mi sirviente -previno con toda tranquilidad y mesura el naturalista- es muy hablador. Tengan paciencia los señores... Vamos, Juca, déjese de charlar...

-No -protestó Pereira movido por la curiosidad- es bueno saber con quién se trata... ¿Entonces el señor viene matando *insetos* ? ¿Pero para qué, Virgen Santísima?

-¿Para qué?...-replicó el sirviente apoyando -las manos en la cintura.- El patrón y yo hemos mandado ya más de diez cajones enteramente llenos, allá, a la tierra de él.

-Después el país se queda sin mariposas -murmuró Cirino en un arranque de disgusto patriotismo.

-Pero... ¿cómo es que se llama el señor? -preguntó Pereira dirigiéndose al alemán que, vuelto hacia la pared, estaba contemplando uno de esos grandes y sombríos lepidópteros de la especie de los esfíngidos.

-Juca -dijo éste sin cuidarse de la interpelación y haciendo señas al sirviente;- pronto... un alfiler, de los grandes... de los más grandes...

-Tenemos historia -previno José haciendo una expresiva señal a Cirino;- el señor va a ver.

El naturalista, en posesión de un largo pincho, lo hincó con mano firme y diestra en el mismo medio del insecto, que empezó a batir convulsivamente las alas y a girar en torno del centro a que estaba sujeto.

-¡La pita, la pita! -reclamó el patrón.- Vamos, Juca.

José satisfizo el pedido, después de abrir una maleta en la que estaban ya ensartados y clavados veinte o treinta lindos bichitos.

-Es una *saturnia*... y no común -murmuró el alemán asegurando en un pedazo de pita el nuevo espécimen, sobre el

cual vertió algunas gotas de cloroformo de un frasquito que sacó de uno de los muchos bolsillos de su sobretodo.

-El señor es zoólogo viajero, ¿no es así? -preguntó Cirino una vez que vió terminada la operación.

El interpelado levantó la cabeza con sorpresa y contestó muy risueño:

-¡Sí, señor! ¡sí, señor! ¿Cómo sabe el señor? Naturalista viajero; sí, señor... Veo que el señor es muy instruido... ¡Muy bien, muy bien!... ¡Mucha instrucción!...

Y abriendo un librito de notas escribió en seguida unas líneas tortuosas.

-¿Ah? éste también es doctor -dijo Pereira, señalando a Cirino con cierto orgullo por hospedar en su casa un sabihondo de tantos quilates.

-¡Ah! ¡doctor! ¡doctor! Muy bien, muy bien. ¿Doctor que cura?

-Sí, señor -contestó con gravedad el mismo Cirino.

-¡Ah!... ¡ah!... ¡muy bien!

Pereira, sin embargo, volvió a la carga.

-Pero, ¿cómo es que se llama el señor?

-Meyer -contestó el alemán,- para, servir a usted.

-¿Maya?... ³⁸-preguntó el minero.

-No, señor... Meyer. Soy de Sajonia, en Alemania.

-Eso debe ser lo mismo que maya³⁹ en la tierra de él -observó Pereira bajando un poco la voz.

³⁸ Como el diptongo *ei* se pronuncia en alemán *ai*, es muy natural a pregunta de Pereira y las confusiones que hace repetidas veces con este nombre.

³⁹ Mujer ridículamente engalanada.

El sirviente José, mientras tanto, había traído adentro todas las maletas y canastas, y sin ceremonia alguna se entremetió en la conversación.

-Este *mosiú* -dijo, - viene de muy lejos ; solamente a causa de estas historias de mariposas, y con el negocio gana mucho dinero.. . En cuanto a mí...

-Juca -interrumpió Meyer con flema,- vaya a echar los animales al pasto.

-No -dijo Pereira,- suéltelos en el patio hasta rayar el día; roerán lo que encuentren; hay por ahí muchos restos de maíz en los *maslos*.

-Pues ya lo he hecho -declaró el sirviente.- Como les iba diciendo, soy *carioca*⁴⁰ de Río de Janeiro, me llamo José Pinho y vengo desde muy lejos

acompañando a este alemán, que es un hombre muy bueno.

-¿Es cierto ?-preguntó Pereira, mirando a Meyer.

Este abrió aún más los ojos, y lo confirmó todo con un *sí* gutural que resonó en toda la sala.

-Lo que tiene -continuó José,- es que es muy testarudo. Yo le digo siempre: «*Mosiú*, esto de viajar de noche es una estupidez y una cansera desatinada ... » ¡Bah! piensa allá en su mollera dura que así es mejor. También uno anda por esos caminos como si fuese alma en pena, del otro mundo... o un

⁴⁰ Nombre de un acueducto de Río de Janeiro con que se designa a los naturales de esta ciudad.

corrupira o *boitalá*...⁴¹ -Pues, señor Maya -dijo Pereira,- tome posesión de esta sala y haga de cuenta que es suya... si quiere una hamaca...

-Muchas gracias, muchas gracias... Mi cama son las canastas. No se incomode...

-Mañana, entonces, conversaremos -concluyó Pereira restregándose las manos de contento.

Prometíale en verdad la compañía buenas ocasiones de dar largas a su volubilidad, sobre todo con el tal José Pinho, hijo de la corte de Río de Janeiro y, a lo que parecía, hablador de mucha fuerza.

-Así, pues -dijo Pereira,- duerman bien lo que resta de la noche.

Y abrió la puerta para retirarse.

-¡Huy! -exclamó mirando al cielo.- Doctor, ya ha pasado mucho de la media noche... ¡Qué demonios!... el Crucero ha dado ya la vuelta...

Cirino, que había vuelto a tenderse en el sillón, se calzó las botas con, presteza y tomó unos papelititos que de antemano había preparado y puesto en una esquina de la mesa.

-No es nada -dijo;- ya tengo todo pronto, y hemos de dar el remedio a tiempo. Vaya el señor a echar un poco de café en un platillo, y despierte a su hija en caso de que esté durmiendo, como es muy natural después del sudorífico.

⁴¹ La superstición brasileña, que, apostado en los caminos asalta de noche a los viajeros para pedirles tabaco y calla; persiguiéndolos a muerte si no lo satisfacen (*N. del T.*)

Pereira salió entonces, llevándose la vela, y acompañado de Cirino dio vuelta alrededor de la casa para hallar la entrada de las habitaciones interiores.

El alemán y su criado se quedaron en la más completa obscuridad, atravesados ya los dos, sin embargo, largo a largo: uno encima de las canastas, teniendo por almohada una rolliza maleta; el otro, sobre su gran cuero, abierto y extendido en medio del aposento.

-¡*Mosii!* -exclamó José que mascaba alguna cosa,- ¿ya clavó el pico?

-¿El picó? -replicó Meyer levantando la cabeza. -¿Cómo es eso?

-Pregunto si se ha quedado dormido.

-Pues, Juca; si hablo, ¿cómo puedo estar dormido?

-Entonces, ¿no quiere pellizcar?

-Comer, ¿no es eso?

-Claro.

-¡Oh, si tuviese!... Estaba pensando en eso...

-Pues yo estoy comiendo... Quiere un poco ?

-¿Qué es lo que me da?

-*Rapadura* con harina de maíz ... Está, por cierto, de rechupete... Lo más sabrosa ...

-Entonces, Juca, pásame un bocado.

-Levantóse el obsequiante con, toda buena voluntad, y , a tientas, empezó a buscar la cama de su patrón, lo que sólo consiguió después de haber tropezado en la mesa y en unas árganas viejas tiradas en un rincón de la pieza.

I N O C E N C I A

Al fin cogió uno de los pies del naturalista, al que entregó una migaja de *rapadura* y unos restos de harina envueltos en un papel, pitanza más que sobria, que fue devorada con gusto por el bueno del sajón.

CAPITULO NOVENO

EL MEDICAMENTO

No tenéis que lidiar con enfermo muy grave, y he ahí el servicio que de vos espero...

HOFFMANN, *La puerta tapiada*.

¿Quién me podrá decir por qué me parece tan duro el lecho?...

¿Por qué he pasado esta noche, que tan larga se me hacía sin gozar de un momento de sosiego?...

La verdad surge: en mi pecho se han clavado las agudas saetas del amor.

OVIDIO, *Elegía II*.

I N O C E N C I A

Cuando Cirino entró en el cuarto de Inocencia, ya estaba ésta despierta. Sentóse el padre a la cabecera de la cama, a cuyos pies se había acurrucado Tico, el enano, sobre una gran piel de onza.

-¿Y... -preguntó el médico tomándole el pulso a la delicada enferma,- cómo se siente?

-Mejor -contestó ella.

-¿Sudó bastante?

-He empapado tres camisas.

-Muy bien... Ahora la niña está con su piel fresquita que da gusto. Esto de fiebres no es nada si uno llega a tiempo y la sangre no tiene malos humores. Pero cuando toman por su cuenta al cuerpo, ni el demonio puede con ellas. ¿Y el café?

-pidió en seguida a Pereira.

-Ya viene, ya... Hombre, voy yo mismo a buscarlo a la cocina. La María Conga está haciéndose una verdadera tortuga. Venga aquí y espéreme un momentito.

Levantándose entonces de la silla se la indicó a Cirino, a quien hizo sentar antes de irse.

Se halló, pues, éste al lado de la joven, y como la luz colocada en una estantería de pared daba de lleno en su lindo rostro, se puso a contemplarla con turbación y embeleso, al paso que, por su parte, el enano le lanzaba miradas inquietas y algo sombrías.

Había apoyado Inocencia la cabeza en la almohada, y para ocultar su confusión al verse observada tan de cerca, fingía dormir. Por lo menos, tenía sus grandes párpados cerrados y

el rostro sereno; pero palpitábale agitadamente el pecho, y de vez en cuando un rubor fugaz teñía sus descoloridas mejillas.

Pereira tardaba, y Cirino, con los ojos fijos, el rostro pensativo y una leve palidez que denunciaba su conmoción íntima, no se hartaba de admirar la belleza de la gentil enferma.

En una ocasión entreabrió ésta las pestañas y lanzó una mirada temerosa que se cruzó con la del mancebo, mirada rápida, instantánea, pero que repercutió directamente en su corazón y la hizo temblar de pies a cabeza.

Sin saber por qué, le castañetearon los dientes y un escalofrío circuló por sus venas.

-¿Siente otra vez fiebre? -le preguntó Cirino muy bajito.

-No sé -fue la respuesta, una respuesta demorada.

-Déjeme verle el pulso.

Y tomándole la mano la oprimió con ardor entre las suyas, reteniéndola a pesar de los ligeros esfuerzos que para retirarla hizo ella varias veces.

En esto entró Pereira. Inocencia cerró con presteza los ojos, y Cirino se volvió rápidamente, llevándose un dedo a los labios para recomendar silencio.

-Está durmiendo -hizo saber con voz ahogada.

-Vea, pues -dijo Pereira en el mismo tono;- la tal María Conga dejó derramarse la cafetera, de modo que tuve que hacer otro poco. ¿He tardado mucho?

-No -contestó Cirino con toda sinceridad.

-Pero, ahora -observó Pereira,- es menester recordar a la pequeñuela.

I N O C E N C I A

-No hay más remedio.

Acercóse el padre a la cama y con todo cariño llamó:

-¡Nocencia! ¡Nocencia!

Y como no se despertara, en seguida, la sacudió con suavidad hasta verle abrir unos ojos espantados.

-¡Diantres! ¡qué sueño! -dijo el buen viejo.- ¡En un instante que estuve allá adentro!... Vamos, es hora de tomar la medicina.

Cirino había echado sulfato de quinina en el café y lo disolvía lentamente.

-Vea niña -le aconsejó,- beba de un solo trago y chupe en seguida unos gajos de limón dulce.

-Entonces es muy malo... -gimoteó la enferma.

-Es amargo; pero en un instante tomará su merced esto.

-Papá -respingó la joven,- no quiero... yo no quiero.

-Vea, hijita de mi corazón, no sea floja; es preciso... Mañana usted se sentirá bien... ¿no es cierto, doctor?

-Con seguridad, si toma esta poción -aseveró Cirino.

-Después, cuando yo vaya allá, a la villa, le he de traer a usted una cosa muy bonita... unos collares de cuentas de oro. ¿Oye?

-Sí, señor.

-Anda, Tico -agregó el minero volviéndose al enano;- ve pronto a buscar un limón dulce; allá en la cocina hay uno medio descortezado.

-Tome, niña -imploró a su turno Cirino, acercando el platillo a la boca de la delicada paciente.

Alzó ésta sus ojos suplicantes, y asiendo resueltamente el remedio, lo bebió todo de golpe.

Después lanzó un suspiro de repugnancia y se quedó con los labios entreabiertos, a la espera de que el zumo endulzado del limón le quitase el amargor del medicamento.

-¡Entonces -exclamó Pereira,- era más el miedo que la cosa!... Usted se ha tomado la dosis en un abrir y cerrar de ojos.

-Mañana por la mañana, o, mejor dicho, hoy tempranito, tenemos que tomar otra poción -declaró Cirino.- Después, la niña podrá levantarse.

-¿Todavía otra? -protestó Inocencia con un mohín de disgusto.

-Sí, niña; es de toda precisión -replicó el amoroso médico, modificando con la suavidad de la voz la dureza de las prescripciones.

-Por cierto -corroboró también Pereira.

-Después su merced ha de dejar de comer carne fresca, legumbres, huevos y harina de maíz por un mes entero, y de tomar leche por mucho tiempo. Se alimentará sólo con carne oreada bien seca, con arroz casi sin sal, y además tomará café con muy poca azúcar.

-Queda a mi cargo -aseguró Pereira- velar por el régimen.

-Ahora duerma bien y no se asuste si llega a sentir zumbidos en los oídos y tal vez un poco de sordera. Eso es de la medicina; muy por el contrario, es buena señal.

-Estos doctores lo saben todo -murmuró Pereira, dando un ligero chasquido con la lengua.

No descuidó Cirino, antes de retirarse, de tomar nuevamente el pulso; a pretexto de dar con la arteria asentó toda la mano en la muñeca de la doncella, le ciñó el brazo y se lo apretó dulcemente.

Y salió mal de todo eso porque, si trataba de curar a alguien, se aparejaba para él una enfermedad y muy grave.

En efecto, de vuelta a la sala de huéspedes no pudo ya conciliar el sueño, y sin que hubiese conseguido gozar de un solo momento de descanso, vió rayar el alba. Parecía que el pecho le ardía todo en llamas que le subían a la cara, abrazándole el pensamiento.

Ese rostro precioso que había contemplado a solas ; esos ojos hermosos cuyo brillo había observado furtivamente, ese cuello alabastrino que, temeroso, se había descubierto, esas indecisas curvas de un cuerpo esbelto, todo ese conjunto armonioso y encantador que había visto a la débil luz de la vela, lo lanzaba fatalmente a ese piélago sembrado de tormentas que se llama una pasión.

Ya iba sintiendo el mísero los efectos de un mal tan terrible; revolviase inquieto (¡por primera vez en su vida!) en el duro lecho, al paso que la respiración isócrona y ruidosa de su compañero de hospedaje, el alemán Meyer, respondía al sonoro resollar del gárrulo José Pinho.

CAPITULO DECIMO

LA CARTA DE RECOMENDACIÓN

El buen viejo, cuya benévola hospitalidad no tenia límites, había creído de su deber tratar del mejor modo posible a Waverley, así fuese éste el último campesino de la Sajonia... Pero su titulo de amigo de Fergus hizo que lo considerara como precioso depósito, merecedor de toda su solicitud y de las más exquisitas atenciones.

WALTER SCOTT, Wavirley.

I N O C E N C I A

Cuando Meyer abrió los ojos encontró a Cirino de pie ya, arreglando una canastita.

-¡Oh! -exclamó en tono de elogio,- el señor madruga mucho.

-Es verdad -replicó el otro un tanto melancólico.

-¡Y Juca, duerme todavía!... Este Juca más parece una marmota que un hombre... Todo el día lo estoy despertando...

Y uniendo el dicho al hecho fuese el pachorrudo amo a despertar al criado. Después de desperezarse ruidosamente, éste se sentó en el enero en que había dormido y empezó a restregarse con toda lentitud sus ojos papujados, cargados aún de sueño.

-Dios sea con vosotros -dijo entre dos bostezos.

-Vea, *mosiú*, el señor me ha despertado en lo mejor del sueño. Estaba soñando que volvía a Río de Janeiro y que iba acompañando a una banda de música del Largo del Rocío para afuera. ¿Conoce el Largo del Rocío? -preguntó a Cirino.

-No -le contestó éste.

-¡Ah! ¡Qué largo! ¿Eh, *mosiú*?...

Y un nuevo bostezo le cortó la descripción de la elogiada plaza.

-Juca -exclamó Meyer rascándose la barba con aire alegre,- hoy el día está despejado y lindo. Hemos de cazar, por lo menos, unas doce mariposas nuevas.

-¿Y cuánto me da, *mosiú*, si agarro veinticinco?

-¿Veinticinco? -repitió el alemán con alguna desconfianza.

-Sí, veinticinco... y más también, veintiséis. Diga, ¿cuánto me da?

-¡Oh! le doy a usted dos pesos.

-Está dicho, cierro el trato. Yo soy así, al pan, pan, y al queso, queso; tan cierto como que me llamo José Pinho, para servirlo, *carioca* de nacimiento y bautizado en la parroquia de la Laguna, allá por la loma del diablo, y...

-Ahora -interrumpió Meyer,- vaya a buscar agua para lavarme la cara, y saque el jabón y el peine de la canasta.

-Vea, señor doctor -continuó el sirviente, siempre sentado y volviéndose del lado de Cirino;- esta vida que hago, que se la lleven seiscientos diablos. Salimos de Río hace ya más de dos años... ¿no, *mosiú*?

-Veintidós meses -rectificó Meyer.

-Pues bien, desde entonces no hacemos más que viajar, y viajar, como si fuese penitencia de confesión. Y no es sólo esto ; no señor Todos los días hago por lo menos nueve leguas, corriendo por aquí, por allá, dando vueltas, cayendo, atrás de los bichos voladores...

-Juca -intentó interrumpir Meyer,- vea...

-Pues es como le digo -prosiguió José Pinho.- Les tengo una rabia a todas esas porquerías... No sé por qué Nuestro Señor Jesucristo se puso a crear esa *barbaridad* de animales inútiles... En fin, sólo El lo sabe... Por mi parte, si pudiese, les prendería fuego a todas las orugas, porque de la oruga es donde salen estos *insetos* que están llenando el mundo... Pero vea, señor doctor, allá en la tierra de este hombre ... (¡pobre! ¡es muy buenito y me quiere mucho!) estos bichos valen más

que oro en polvo... También si *mosiú* no estuviera contento de mí sería muy ingrato... Otro como yo no se encuentra ; no, señor... Tenga santa paciencia... no hay dos... no, señor ; esto se lo puedo asegurar.

En medio de este finjo de palabras, Meyer había ido en persona a buscar en la canasta el peine y el jabón.

Mostrando estos objetos al charlatán, le ordenó con energía:

-Cállese la boca, Juca ; cállese la boca, taravilla. Vaya a buscar agua de una vez ; si no... no lo llevo hoy al monte.

Levantóse en seguida José Pinho y salió, medio rezongando, después de tomar una gran palangana de hojalata, ya vieja, que estaba sujeta al asa de una canasta.

-Este sirviente -dijo Meyer después de un momento de silencio y para explicar su proceder,- es una persona muy buena... fiel e inteligente. Pero habla mucho. Me es de una utilidad preciosa porque caza mariposas con mucho ingenio y destreza.

Entraba José Pinho, y como oyera el final del elogio asentó con aire de gran importancia la palangana en el suelo.

Delante de ella, y después de sacarse de la nariz los anteojos, se colocó en seguida Meyer; o mejor dicho, se dobló, y tan largas eran sus piernas en relación al tronco que, inclinado sobre el agua, le quedaba la cabeza a la altura de las rodillas.

La ablución duró unos buenos minutos, y el alemán tenía los cabellos pegados al casco y chorreando agua cuando se levantó, justamente en el momento en que entraba Pereira.

En este instante el tipo del hombre había asumido las proporciones del más pasmoso grotesco ; sin embargo, tan diversa es la apreciación de cada uno, tan caprichoso el juicio individual, que el minero, acercándose a Cirino, le dijo en voz baja:

-¿Ha notado ya su merced, amigo, qué linda figura la de este *extranjis*? ¡Tan blanco! ... ¡Y qué ojos tiene!... Las mujeres han de perder el juicio por este bicharraco... ¿Y, señor Maya -continuó, interpellando en voz alta a su espécimen de belleza masculina,- qué tal ha pasado aquí la noche?

-¡Oh, señor Pereira! ... Disculpe, si no le había visto... Estaba sin anteojos... voy a contestarle... espere un poquito.

Y mojado como estaba corrió a tomar los anteojos, que acomodó delante de sus ojos saltones.

-Ahora, muy bien... He dormido, amigo mío, como quien no tiene pecados...

-Entonces -observó Cirino casi a pesar suyo,- yo los tengo; porque después de medianoche no he podido ya pegar los ojos...

-Eso es de resultas de algún amorcito -replicó Pereira golpeándole con fuerza el hombro y riéndose.

Cirino palideció ligeramente.

-Si, su merced es joven... ha dejado allá por Minas alguna *colita*, y de vez en cuando el corazón le remuerde... Está en la edad...

-Muy bien puede ser -apoyó Meyer con toda gravedad.

-¿No es cierto? -insistió Pereira- Vamos, confiese... no le está mal... Eso es de resultas de algún amorcito...

-Les juro... -balbució Cirino.

-¡Oh! ¡vaya si es! -confirmó José Pinho que creyó que debía meter la lengua en la conversación; - yo en Río de Janeiro... Negocio de faldas es para poner tonto a un hombre. No les cuento nada, pero una vez...

Volvióse el alemán hacia él con calma, e interrumpiéndolo:

-Juca, vaya a ver dónde están los borricos y no meta su cuchara cuando la gente blanca está hablando con su patrón.

Y como el sirviente quisiese replicar:

-Vaya, vaya -insistió siempre sereno;- la discusión nunca ha servido para nada.

Dió José con la lengua media docena de chasquidos ahogados, y salió maldiciendo entre dientes.

Meyer supuso una vez más que debía disculparlo.

-Buen hombre -dijo,- buen hombre... pero habla demasiado...

-Pero, cuénteme ahora -preguntó Pereira con aire de quien quiere asegurarse de algo muy puesto en duda,- ¿de veras, el señor anda recorriendo estos sertones para ensartar *insetos* ?

-¡Cómo no! -contestó Meyer con cierto entusiasmo;- en mi tierra valen mucho dinero para colegios, museos y colecciones. Estoy viajando por cuenta de mi gobierno, y ya he mandado muchas cajas todas llenas... ¡Es muy preciosos!...

-Vaya, vean esto -exclamó Pereira- ¿Quién había de decir que hasta con eso se puede hacer dinero? ¡Cruz! ¡Un hombre de éstos, un doctor, andar corriendo atrás de las luciérnagas y

de los bichos voladores del monte, como chicuelos atrás de las cigarras! ¡Cuánto se aprende en este mundo! ¿Y quiere saber el señor una cosa? Si yo no tuviese familia, sería capaz de irme con su merced por esos mundos de Dios, porque siempre me ha gustado tratar con personas de calidad e instrucción... Yo soy así... El que me conoce, bien lo sabe... Hombre de repentes... Me viene una idea, muy estrambótica a veces, pero me encapricho y se acabó; porque si hay uno que sea desatinado y testarudo, ese soy yo... Cuando me empaco, me empaco de una vez por todas... Fuera esto en mis tiempos de soltero, y yo me largaba con el señor a buscar todos esos bichos de los sertones. Era capaz de ir a dar con mis huesos en su tierra... No me mire pasmado, no... Así era yo... Ni aunque tuviese que pasar fatigas como nadie... La cuestión era que la idea me entrara en la cabeza... Dicho y hecho; y se acabó... Que fueran a buscar el remedio donde quisiesen... pero dudo de que lo hallasen.

-¿Cómo va la enferma? -preguntó distraídamente Cirino cortando este despeñadero de palabras.

-Vea, estoy muy contento. Ya tomó otra dosis, y parece casi buena. Está con otra cara. El señor ha hecho un milagro.

-Después de Dios y de la Virgen Purísima -convino Cirino con toda modestia.

-¿El señor, no cura? -preguntó Pereira a Meyer.

-No, señor. Soy doctor en filosofía por la Universidad de Carlsruhe, donde...

-¿Ese es nombre de bicho? -interrumpió el minero.

-No, señor. Es una ciudad.

-Nadie diría... Pues, señor Maya -continuó Pereira, apuntando a Cirino,- aquí está uno con quien no juegan las enfermedades.

-¡Ah! -dijo el alemán ahuecando la voz y abriendo aún más los ojos.- Me alegro mucho de conocerlo como una notabilidad... En estos sitios es muy raro...

-¡Vaya si es! -exclamó Pereira.- Felizmente, ha pasado por acá como a propósito para ponerme en pie a la chica... una hija mía... Me vino como llovido del cielo...

No pudo substraerse Cirino a un arranque de fatuidad. Con aire grave, interrumpió:

-No hable de eso, señor Pereira ; el caso era sencillo. Fiebre de las crecientes...⁴² no vale casi nada. Vi en seguida lo que era urgente: un simple sudorífico, dos o tres dosis de sulfato de quinina... y quedó todo arreglado... Es sencillísimo... El estómago no estaba sucio... y no había necesidad de vomitivo...

Oyó Meyer estas indicaciones terapéuticas con los ojos clavados en quien las daba; después, volviéndose a Pereira le dijo, haciendo una señal de aprobación con la cabeza:

-¡Buen médico! ¡buen médico!

Desde este momento en adelante, consagró Cirino al alemán la más decidida simpatía; y Pereira, presenciando el congradiamiento de esos dos hombres, para su conciencia ilustres e incontestables sabihondos, sintióse feliz por albergarlos a un tiempo en su humilde vivienda

⁴² Esto es, fiebre palúdica originada por las crecientes del río Parahyba.

-Entonces -dijo el minero, volviendo a la cuestión de las mariposas,- ¿conque su Gobierno le paga bien ? ¿No, señor Maya ?

-Suficientemente... Además, todas las autoridades de este país me ayudan bastante. Tengo muchos despachos oficiales... y cartas de recomendación... Vea, ¿quiere ver?...

-Juca, Juca -llamó Meyer, sin notar que el criado había salido del cuarto hacia mucho tiempo - déme... Es cierto, fue a llevar los borricos al agua... No importa... Voy a mostrarle todo en seguida...

Y buscando entre las cargas una maleta cubierta de tela impermeable, la abrió y sacó un paquete de cartas prolijamente numeradas y atadas con cintas de diversos colores.

-Esto es para Miranda, en Matto-Grosso. Esto para Coxim, en Cuyabá... para Peconé, en Diamantino... Esto son cartas cuyos dueños no he encontrado, y que tienen que volver a las manos de las personas que las escribieron.

-¿Y son muchas? -preguntó Pereira.

-Tres o cuatro. Vamos a ver... Una es para el ,señor Joao Manoel Cuaresma, en Oliveira; otra para el señor Quintana, en el Pitanguy ; ésta para el señor Martinho dos Santos Pereira, en Piumhy...

-¿Qué dice? -preguntó el minero levantándose de un salto, y demostrando mucha admiración.- Lea otra vez... lea por favor...

Meyer obedeció.

-¡Pero ese nombre es el mío! -exclamó Pereira.- ¡Esta carta, entonces, es para mí!...

-¡Hu, Hu! -balbució el alemán, boquiabierto. ¡Es muy curioso esto!

-¡Soy yo, soy yo mismo! -continuó el minero abriendo los diques a su volubilidad.- ¡Está claro, clarísimo!... Cuando me escribieron pensaban que yo vivía todavía allá en Piumhy. Como que nunca le conté a nadie en qué *socavón* venía a meterme... Abra la carta sin miedo... ¡Oh, Señora Santa Ana, qué día el de hoy! ¡Quién diría! ¡Una carta! ¡Una carta en estas alturas! Puede leer, señor *Maya*... Estoy loco por saber quién se ha tomado el trabajo de escribirme... Martinho dos Santos Pereira, de Piumhy... ¿no soy yo? ¿Quién duda? No hay dos. Vea sólo el nombre... ¡Por el amor de Dios! el nombre del que me manda esa carta...

Rompió el alemán con alguna desconfianza y escrúpulo el sello ; recorriendo con los ojos la carilla escrita, buscó la firma y leyó pausadamente:

-Francisco dos Santos Pereira.

-¡Canastos! -gritó el minero en el colmo de la alegría,- mi hermano... ¡el Nene!... ¡Y yo que lo hacia muerto y enterrado!... ¡Nuestro Señor lo conserve por muchos años! ... ¡el Nene!... ¡Nunca se ha visto cosa semejante! ... ¡Cómo se anda en este mundo! ¿eh, señor Cirino? ¡Quién hubiera dicho que este hombre que ha llegado aquí hoy por casualidad y a altas horas de la noche había de traerme en la canasta una carta de mi hermano, a quien no veo hace más de cuarenta años!.. ¡Vea esto!... Son vueltas de este mundo... Hasta las piedras se encuentran... Fue en 1819... no, el año 20... Pero... lea pronto la carta... vamos a ver qué me dice el Nene... ¡Pobre!... Debe

estar muy viejito... En la familia pasaba por ser el más juicioso... también era el mayor... Roberto era el Benjamín... Sea muy bien venido el señor a esta casa... ¡Después de tantos años traerme noticias de mi gentel...

Cortó Meyer este arranque de efusión que prometía ir lejos, comenzando a leer con toda lentitud, o mejor dicho, a deletrear la carta, cuyos garabatos, más bien que letras, se vió varias veces obligado a arrimar a los ojos para poder descifrarlos:

«Martino -decía la modesta epístola,- dirijote estas mal trazadas líneas sólo para saber de tu salud, y decirte que el portador de ésta es un señor de muchas letras y que va por los sertones despoblados, viajando y estudiando los países y los pueblos. Me ha venido muy recomendado de Río de Janeiro. Te pido que lo recibas, no como un transeunte cualquiera, sino como si fuese yo en persona, tu hermano mayor y jefe de nuestra familia...»

-¡Pobre hermano!- exclamó Pereira medio lloroso.

«Es hombre -continuó Meyer,- de bastante educación. Adiós, Martinho. Yo estoy establecido en la Matta do Río, en una estanzuela. Tengo cinco hijos, tres varones y dos hembras, éstas casadas, y que me han dado nietos hace ya bastante tiempo. No estoy muy quebrantado de fuerzas. Hace más de ocho años que no tengo noticias tuyas. Supe que Roberto había muerto en el Paraná...

-¿Roberto?... ¡Pobre Roberto! -interrumpió Pereira con voz angustiada.

Y repentinamente, como la memoria le representara los tiempos de la infancia, se le arrasaron los ojos de lágrimas.

-«Sin más -concluyó Meyer,- adiós. Felicidad y salud. Tu hermano, Francisco dos Santos Pe»reira.»

-¡Caramba! -dijo Pereira, después de un corto silencio, adelantándose hacia el alemán y presentándole la mano abierta,- el señor me ha dado un hartazgo de alegría. Apriete esta mano, y si ella llegare a levantarse para tocar un solo pelo de su cabeza o de alguno de su familia, cualquiera que fuese el agravio que pudiera hacerme, que la corte en seguida Dios que nos está oyendo.

-Gracias, señor Pereira -contestó con animación el otro, retribuyendo el apretón y componiendo la garganta para corroborarlo.

-Sí, señor -continuó el minero.- Esta carta vale para mí más que una letra del Emperador que gobierna el Brasil. Es lo que le digo, señor *Maya*...

-Meyer -corrigió el alemán apoyando con fuerza en la última sílaba;- Meyer.

-¡Ah, es cierto! Es preciso traducir: Meyer, Meyer. Ahora ya he dado con la cosa. Pero, como le iba diciendo; esta casa es suya. Mi hermano, mi hermano mayor me ha ordenado que lo reciba como si fuese él mismo en persona; ¡oh Nene!... Se acabó: el señor es como si fuese de los míos. No hay más que ver; eso es lo que él quiere. He comprendido en seguida ; otra cosa sería ser muy grosero, y, gracias a Dios, no me tengo en esa cuenta. El señor ponga y disponga de mí, de mi granja, de mis tierras, de mis esclavos, del ganado y de todo lo que

encuentre. Parta y reparta... El que está hablando aquí ya no es dueño de ninguna cosa... Es el señor... Mi hermano me ha escrito; es inútil pensar que no sé respetar la voluntad de mis superiores y parientes. Es como si recibiese una orden de puño y letra del Emperador, hijo de Pedro I, que echó a los *emboabas*⁴³ fuera de esta tierra del Brasil y levantó el Imperio en los campos de Ipiranga, allá del lado de Sao Paulo de Piratinim, donde hubo en su tiempo un colegio de padres y frailes en gran cantidad, y de donde salían los mestizos para ir por esos mundos tierra adentro a pelear a los indios bravos y a cazar onzas, plantando banderas hasta la costa del Paraguay y el salto del Paraná, tanto que dieron con las reducciones⁴⁴ y trajeron de allí una *barbaridad* de gente atada,⁴⁵ por más señas, que muchos se apretaron el gorro en el camino y sólo llegaron unos ciento y tantos, tan flacos que...

Pereira enfilaba todas estas frases con asombrosa rapidez, al paso que Meyer lo contemplaba extático, a la espera de que el torrente de palabras le diese tiempo y ocasión para expresar alguna palabra de agradecimiento.

Pero no fue sino algunos minutos después, y con trabajo, cuando pudo pronunciar un áspero y retumbante:

-¡Gracias! -Agregando en seguida:

⁴³ Esto es, a los portugueses.

⁴⁴ Reducciones era el nombre que tenían las aldeas formadas por los padres jesuitas en el Paraguay. En el año 1630 ascendían a veinte, con 70.000 habitantes.

⁴⁵ Montoya cuenta en su libro *La conquista espiritual* que 140 *castellanos* del Brasil con 1.500 indios tupis, todos muy bien armados con fusiles y en buen orden militar, entraron en las poblaciones y se llevaron 7.000 prisioneros, número evidentemente exagerado.

I N O C E N C I A

-¡Pero el señor habla como una catarata! ¿Y no se cansa?

-¡Bah! -replicó el minero con ufanía- La gente de mi tierra es de natural callado; yo no. También me crié en poblados muy civilizados...

Y tomando este nuevo tema, empezó otra vez a discurrir, mostrando visible contento por haber encontrado en la estimable persona del señor Wilhelm Tembel Meyer un oyente de fuerza, incapaz de pestañear, y cuya fijeza de ojos era prueba evidente de que se tomaba interés en todos los asuntos posibles de conversación.

CAPITULO UNDECIMO

EL ALMUERZO

Coman y beban; nada de ceremonias conmigo. Mi casa es franca; yo también.

Hagan provisión de alegría y dispongan de mi sin reparo.

PLAUTO, *Miles gloriosus*.

De repente, se levantó Cirino del sillón en que estaba sentado.

-Estoy con ganas de seguir viaje mañana...

-¿Qué dice, doctor? -protestó Pereira.- ¿Irse ya? Eso nunca... Su merced no ha curado todavía del todo a mi hija.

I N O C E N C I A

Le pagaré todos los perjuicios de su estadía aquí... si es preciso.

-¡Oh, señor Pereira! -exclamó a su turno el joven;- eso casi me ofende.

-Discúlpeme, pero antes de dos semanas no le deajo salir de aquí...

-Pero...

-Enfermos no le han de faltar. Mi ranchería va a ser visitada, como si fuese un nacimiento, y el señor no podrá dar abasto a los que vengan a buscarlo. Vea: hoy mismo he mandado avisar a Coelho, y dentro de poco estará aquí como pedrada en ojo de boticario. Detrás del primero vendrá una pandilla de mis pecados... Nada, nada; el señor no sale de aquí... ¿Entonces, quiere dejarla a *Nocencia* como está ahora?

-Es cierto -balbució Cirino.

-¿Y entonces? No hay ni qué pensarlo. Deje estar las cosas por mi cuenta; su merced ha de arreglar aquí sus asuntos.

-Ya que el señor lo dice... Yo temía incomodarlo. Una vez que los enfermos puedan venir hasta aquí...

-Han de venir, esté tranquilo.

-Me quedaré -decidió Cirino, - todo el tiempo que sea de su agrado.

-Perfectamente -exclamó Pereira, restregándose las manos con sincera satisfacción;- ¡eso es lo que quiero! En cuanto al señor Maya... Meyer, quiero decir, ese ha de echar raíces en esta casa...

-Eso no; tengo el tiempo tasado por mi Gobierno...

-Bueno, bueno; pero en todo caso se estará una buena temporada con nosotros. Es una lástima que Manecón no llegue, porque apresurábamos el casorio y arreglábamos una fiesta como no se ha visto nunca en estos montes... Pero estoy aquí dándome con la lengua en los dientes, sin pensar que nuestros estómagos esperan todavía su ración. El almuerzo no puede tardar: un momento nada más... Si me lo permiten, voy a ver allá adentro.

Al decir estas palabras salió de la sala, volviendo poco después acompañado de María, la vieja esclava, que traía el mantel y la correspondiente calabazada de harina de maíz.

-¡A la mesa! -gritó Pereira;- hoy almuerzo con vosotros. Señor Meyer, el señor comerá de hoy en adelante conmigo y con la chica, allá dentro de la casa. ¿Oye?

Y volviéndose a Cirino:

-Bien sabe -explicó en seguida;- es como si fuese el Nene.

Una vez pronta la mesa, se sentaron los tres alegremente.

-Vea, señor Meyer -dijo el minero sirviendo al alemán;- éstos son porotos gigantes, y de lo mejor. Mixtúrelos con arroz y legumbres ; écheles una rociada de harina...

Comenzó el naturalista a masticar con la lentitud de un animal rumiante, interrumpiendo de vez en cuando el moroso ejercicio para exclamar:

-¡Delicioso, en efecto!... ¡muy delicioso!

Cirino comía poco y en silencio.

-En Alemania -observó Meyer contemplando uno de los porotos,- la más grande de las habas no llega a este tamaño.

Aquí, el haba de allá tendría una pulgada y media por lo menos. Un almuerzo así habría de costar en Sajonía dos tálers, o según el cambio a mi salida de Río de Janeiro, dos pesos y medio. ...

Pereira lo interrumpió con gesto cómico.

-¿Dos pesos y medio? Diga ¿qué tierra es esa? ¿Cómo es que se llama?

-Sac-sonia -contestó el alemán con gravedad.

-Saco-soña -exclamó Pereira.- No conozco... Pero entonces mucha gente allá ha de andar muriéndose de hambre...

-Según los últimos cálculos -replicó Meyer con varias pausas durante las cuales introducía enormes cucharadas de la mixtura, que le había aconsejado su anfitrión,- se sabe que en Londres mueren de miseria en invierno 8 personas, en Berlín 5, en Viena 4, en Pekín 12, en Yedo 7, en...

-¡Caramba! -interrumpió Pereira estremeciéndose de placer;- ¡entonces viva acá en nuestro Brasil! Aquí nadie se acuerda siquiera de que tiene hambre. Cuando no hay nada que comer se va uno al monte, y se harta de miel de *jataby* o de *mandory*, o chupa la médula de la *inacaubeira*. Esto es aquí, por estas tierras, porque en las ciudades basta extender la mano, y en seguida llueven limosnas... Así es como entiendo un país... Lo demás es desgracia y miseria.

-Efectivamente -corroboró el alemán,- el Brasil es un país muy fértil y muy rico. Da café para medio mundo y todavía ha de darlo para todo el globo cuando tenga más gente... más población.

-Bien digo yo -observó Pereira tocándole el hombro a Cirino y echándole unas miradas de triunfo.- Allá afuera es donde nos conocen. ¿No le parece, paisano? ¡Hombre! ahora reparo... ¡tan callado que está su merced!... medio retobado... ¿qué hay? ¿siempre aquel asunto?

En efecto, desde que había oído la invitación de Pereira a Meyer para ir a vivir juntos en el interior de la casa, Cirino se había puesto sombrío, nervioso y meditabundo. Su cuerpo estaba allí, pero su imaginación vigilaba celosa el cuartito donde reposaba esa niña febricitante, tan bella en su delgadez y palidez de enferma.

-Si son mujeres -sentenció Pereira,- déjese de eso: no hay mayor estupidez... Es hacienda que no falta.

Creyendo Meyer, en medio de sus ejercicios mandibulares, que su huésped juzgaba al sexo femenino desde el punto de vista puramente estadístico, creyó oportuno afirmar mejor la idea que acababa de ser lanzada un tanto vagamente.

-En la raza eslava -dijo dogmáticamente,- la proporción es de dos mujeres para un hombre; en la germánica el número es aproximadamente el mismo; en la latina es de dos hombres para una mujer. En Francia, la proporción para el sexo masculino es de... -¿Pero el señor las ha contado? -interrumpió Pereira.- Le hago saber una cosa, y es que yo no me trago guacamayos... ⁴⁶

-Ni yo tampoco -afirmó Meyer con cierta sorpresa y energía;- ni sé cómo el señor se pone a hablar ahora de esos

⁴⁶ Esto es, no comulgo con ruedas de molino.

animales... Si los considera como caza, ha de saber que los trepadores tienen la carne dura y...

Rióse Pereira del equívoco y, después de explicarlo, continuó discutiendo con su interlocutor, que no se apartaba una línea de sus principios de método y de escrupulosa cortesía.

-El señor puede hablar un año entero -dijo el minero para concluir,- pero por mi parte no entiendo jota de sus cuentas y de sus bolas... El que me saca de mi paso me vuelve tarumba... Y ahora, vamos a agradecer a Dios Nuestro Salvador por habernos dado esta comida, aunque insuficiente y mal sazonada.

Y uniendo el ejemplo a la palabra se levantó, y poniéndose las manos juntas en el pecho, oró en voz baja con unción, en lo que fue imitado por los dos huéspedes.

-El Señor esté con vosotros- dijo al terminar, en voz alta y persignándose.

-Amén -respondieron Cirino y Meyer.

-Ahora -anunció el minero,- voy a dar una vuelta por mis granjas, donde están cortando el pasto tres negros zanguangos, uno de los cuales es mi capataz ; después visitaré a unos conocidos míos y les haré saber su llegada, doctor. ¡Ah! -agregó deshaciéndose todo en una amable sonrisa ; -falta que le muestre mi hija, señor Meyer.

-¡Su hija! -exclamó el alemán. - ¿Entonces tiene usted hijos?

-Sí, señor. ¿No se acuerda que su persona es la del Nene, mi hermano? ¿Y entonces?... ¿Qué mejor prueba le puedo dar de confianza y amistad?... ¿No es cierto, señor Cirino?

-Sin duda -balbució con trabajo el mancebo.

-Mi hija se llama *Nocencia*, y hoy precisamente se ha levantado de la cama... Estuvo enfermita... Asimismo no sé si la fiebre la dejará ... El cuerpo se vicia a veces con estas condenadas y ...

-Eso queda a mi cargo -interrumpió Cirino con alguna prisa- A mediodía también ha de tomar la quina...

-Su merced haga lo que le parezca mejor... ¿Quiere venir, señor Meyer?

-¡Cómo no! ¡cómo no! -contestó amablemente el alemán.

-Es la única persona de la familia que tengo aquí, fuera de un pelafustán que está trabajando ahora por esos caminos, ganándose la vida. Entonces, vamos... Venga también -continuó volviéndose a Cirino;- un *cirujano* es casi de la casa.

Salieron, pues, los tres ; Pereira, adelante, costeo la pared de la derecha y abriendo una *tranquera* del cerco del fondo entró por la cocina, donde la negra vieja Conga estaba lavando platos y colocando loza blanca en una estantería.

CAPITULO DUODECIMO

LA PRESENTACIÓN

Pero el que más se admiró fue Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los días de su vida no había visto tan hermosa criatura.

CERVANTES, *Don Quijote*.

Al bálsamo, las moscas que en él mueren

le hacen perder la suavidad del perfume.

Una bagatela, por pequeña y de poca Duración que sea, da motivo para que no se tenga en cuenta ni la sabiduría, ni la gloria.

ECLESIASTÉS, X.

Después de atravesar un cuarto algo obscuro llegaron los visitantes al comedor, vasto aposento enladrillado pero sin revoque, en un ángulo del cual estaba la hija del minero, más tendida que sentada en una especie de canapé de bambú.

Tenía los pies sobre una linda piel de tamádoa-bandera,⁴⁷ en la que estaba acurrucado, como de costumbre, el enano a quién Pereira había llamado Tico.

Al ver llegar tanta gente, abrió la hermosa niña unos ojos grandes de asombro; quiso, toda cortada levantarse, pero no pudo y, ruborizándose ligeramente, tuvo como un vahido de debilidad.

Cirino se aproximó en seguida vivamente.

-La niña -le dijo a Pereira,- está tan débil que da lástima.

Acercóse el padre con Meyer, y tomándole las manos a la hija, le preguntó con voz trémula e inquieta:

-¿Se siente peor, bien mío?

-No, señor -contestó ella.

-¿Y entonces?... Es preciso no entregar el cuerpo a la molicie... Abra los ojos... Vea... Aquí está este hombre -y señaló a Meyer,- que es alemán y ha traído una carta de su tío, el Nene, de allá de la Matta do Río. Quiero hacer ver que para mí vale tanto como si fuese un pariente muy cercano. Por eso vengo a presentárselo a usted...

La joven no articuló palabra.

⁴⁷ El oso hormiguero.

I N O C E N C I A

-Vamos, diga: «Tengo mucho gusto en conocerlo ... »
Diga...

Con lentitud y timidez repitió Inocencia estas palabras, al paso que Meyer le extendía la mano derecha, grande como una aleta de cetáceo y franca como su corazón.

-Gusto, mucho gusto, tengo yo -dijo con tres o cuatro sonoros ronquidos.- Sólo siento verla enferma... Pero el doctor no nos hará quedar mal, ¿no, señor Cirino?

Y apoyó esta pregunta con un «¿Eh?» que repercutió en toda la sala.

-La niña -contestó el interpelado,- necesitaría tomar por algunos días un poco de buen vino Oporto, en el que se pondría corteza de quina del campo... ¿Pero adónde encontrar vino ahora? Solamente en la villa de Santa Ana...

-¿Vino? -preguntó Meyer.

-Sí.

-¿Vino Oporto?

-Mejor todavía.

-Pues todo está arreglado. En mi canasta tengo una botella del más superior, y con la mayor satisfacción se la cedo a la hija de mi buen amigo, el señor Pereira.

-¡Oh, señor Meyer! -agradeció éste con efusión -no sabe cómo le estoy...

-¡Oh! no tiene nada que agradecer. No, señor. Por otra parte, su hija es muy bonita, muy bonita, y parece buena de veras... Ha de tener unos colores tan lindos que daría todo por verla con salud... ¡Qué moza!... ¡Muy bonita!

Estas palabras que el inocente sajón había pronunciado *ex abundantia cordis* causaron extraordinaria conmoción en las personas que las oyeron.

Pereira se puso pálido, frunció las cejas y miró de través a quien tan imprudentemente elogiaba cara a cara la belleza de su hija ; Inocencia se puso más colorada que una granada ; Cirino sintió un arranque impetuoso de extrañeza y también de desesperación, y de su piel de tamádoa-bandera se levantó medio despavorido el enano.

Nada de todo esto notó Meyer, y con su habitual sencillez prosiguió:

-Aquí, en el sertón del Brasil hay la mala costumbre de esconder a las mujeres. El viajero no sabe absolutamente si son bonitas o feas, y nada puede decir en los libros para conocimiento de los que leen. Pero palabra de honor, señor Pereira ; si todas son como ésta, como su hija, es cosa muy, pero muy digna de ser vista y escrita. Yo...

-¿El señor no quiere salir? -interrumpió Pereira con modo áspero.

-¡Cómo no! -replicó el alemán.

Y como despedida agregó, dirigiéndose a Inocencia:

-Me llamo Wilhelm Tembel Meyer, su humilde criado, y me alegro mucho de conocerla, por ser la hija de un amigo mío y por conquistarla a uno con su lindo rostro...

Extendió entonces la mano, hizo un saludo con la cabeza y acompañó al minero que ya iba saliendo, lívido de cólera reconcentrada.

-¿Y qué me dice el señor de este hombre? -le preguntó-Cirino a media voz y dándole con el codo.

-He notado bastante sus maneras -le contestó el otro en el mismo tono.

-No sé cómo me he contenido... Estoy ciego de rabia... ¡Qué regalo me ha hecho el Nene!... Es una peste este demonio ruano... ⁴⁸

Ve una muchachita y en seguida infla los cachetes para decirle media docena de patochadas y cuchufletas... ¡No es mala ésta!... Es un perdido. Nada... Esto no huele bien... no le quitaré los ojos de encima...

-Hará muy bien -apoyó Cirino.

-Vea, pues -continuó Pereira reteniendo a su interlocutor para dejar que Meyer se alejara,- ¡en qué buena me he metido!... Si no fuese por la tal carta del hermano... le juro que hoy mismo este *individuo* bailaba al son del garrote... ¡Grosero! Una mujer que de aquí a dos días está por recibir marido... ¡Dios nos libre que Manecón lo hubiese oído... Lo deslomaba en seguida, si no le cosía a puñaladas!... Vean, pues, ¿eh?... Siempre es gente de otras tierras... ¡Cruz! También en seguida lo noté... un hastial tan buen mozo... tan presumido... por fuerza tenía que ser un enamorado.

Cirino lo oía en silencio.

-Y la mujer -prosiguió el minero con rabiosa volubilidad,- es gente tan llevada del demonio, qué se relame toda de gusto con los dicharachos y requiebros de esta runfla de em-

⁴⁸ Llámase ruano al caballo que tiene el pelo mezclado de blanco, dorado y alazán.

busteros. De ellas, digo yo siempre, no hay que fiarse... ¡En mala hora ha venido este alemán!... ¡Mil rayos lo partan!... Y después el Nene... Tengo ahora que estar de centinela... ponerme en acecho y hacer zanjas para que el *bracayá*⁴⁹ no se me entre en el gallinero. ¡Qué le parece!

-También pronto se irá él, felizmente -dijo Cirino a modo de consuelo.

-Que el demonio se lo lleve cuanto antes -replicó Pereira.- Ya estoy hecho todo un infierno con el tal hombre...

En este momento, como de propósito, se volvía Meyer hacia los dos:

-Señor Pereira -dijo,- me quedaré en su casa tal vez unas dos semanas. Los borricos van a engordar con su pasto y he de hacer largos viajes a pie alrededor de su estancia, cazando todo lo que encuentre. ¿Oye?

Reprimió el interpelado un gesto de viva contrariedad, y, llevado por el instinto y el deber de la hospitalidad, contestó en seguida, aun que secamente:

-Quédese dos semanas, o dos meses, o dos años. Ya se lo he dicho: la casa es suya, y palabra de minero no se echa atrás. El que está aquí no es el señor; es mi hermano mayor.

Asiendo entonces con fuerza la mano de Cirino, agregó con voz sorda y angustiada:

-¡Vea, doctor, vea esto! ¿Qué le decía yo?... ¡Ah, amiguito Meyer! quiere hacerse el bueno conmigo, ¿no? Pero aquí estoy... y una vez advertido, ni dos ni tres me echan tierra en los ojos... ¡A mí con esas!... *Nocencia* ha nacido hija de

⁴⁹ El gato montés.

pobre, pero, gracias a María Santísima, todavía tiene padre con brazos fuertes y con mucha sangre en las venas para defenderla de los logreros y salteadores... Y él, que no juegue con Manecón; éste es hombre de pelitos en la nariz⁵⁰ y si le pone la mano encima le muele los huesos como si fuese cervato montés enlazado por la *sucury*...⁵¹

Entretanto, Meyer seguía completamente ajeno al temporal provocado por sus inconsideradas palabras, y estimulado sin duda en sus reminiscencias por la vista de la niña que acababa de admirar, canturriaba entre dientes un viejo vals alemán, bailado tal vez con alguna rubia compatriota en épocas ya lejanas y de menos severidad científica.

⁵⁰ Esto es, que no aguanta pulgas.

⁵¹ O también *sucuriú*, es la boa anaconda.

CAPITULO DECIMOTERCERO

DESCONFIANZAS

**Muchas veces nos engaña la confianza;
pero la desconfianza hace que nos
engañemos a nosotros mismos.**

PRÍNCIPE DE LIGNE.

Cuando nuestro sajón entró en la sala donde estaban sus bultos, iba tan contento por el agasajo recibido, por la belleza del tiempo y por las futuras cacerías de mariposas, que despertó la atención de su sirviente José.

Estaba éste arrimado a una canasta, ocupado en escarbarse, con un largo cuchillo en la mano, la planta de los pies,

verificando si alguna piedrecita del camino se había encajado en la gruesa y ya insensible planta.

-¡Hombre! -le dijo con familiaridad;- *mosiú* está hoy muy alegre... ¿Ha visto algún pajarito verde?...⁵²

-¿Pajarito verde? -preguntó Meyer.- ¿Qué es eso? No he visto ningún pajarito... Vi una moza muy linda...

-¡Ah!... mejor todavía... Cuénteme eso... ¿Y quién es ella?

-Es la hija del señor Pereira.

-¡Mis parabienes! ¡mis parabienes! exclamó José con toda indiscreción. -Moza bonita es fruta rara en estos matorrales y breñas del infierno... Por mi parte, hasta ahora, no he puesto los ojos más que en viejas zorongudas y serpentones... Otra cosa es en Río ... ¿No se acuerda de la procesión de San Jorge? ... Entonces es cuando sale a la calle un mundo de *preciosuras* que lo dejan a uno tonto para siempre... Unas tan blancas... otras café con leche... hacienda fina...

-Juca -le reprendió el alemán revistiéndose de una expresión severa;- no se tome confianza con gente que no es de su clase.

-Pero si no he dicho nada de malo, *mosiú*, -se disculpó el criado, recogiendo medio turbado en el silencio, y volviendo al examen de sus pies.

El que estaba sobre un brasero era Pereira. Decididamente este huésped lo comprometía seriamente, proclamando así, con la trompeta de la fama, que había visto a Inocencia, que había conversado con ella, que la hallaba a su

⁵² Esto es: «¿Tiene algún motivo de felicidad?»

gusto... ¡Una muchacha ya novia! ¡Cuántas inconveniencias, qué peligros!... ¡oh, santos del paraíso!

Hacíase un caso de mucha prudencia. El paso menos pensado acarrearía consecuencias irremediables.

Es necesario comprender la fuerza de los sentimientos que sobresaltaban al minero para aquilatar los trances por que pasaba y encontrar natural que, siguiese una línea de conducta llena de dudas y vacilaciones.

Si por un lado abrigaba una involuntaria admiración por Meyer, y rodeándolo en su imaginación con el prestigio de una belleza irresistible, veía aumentar su terror al albergar un seductor tan peligroso, por el otro, se sentía con las manos atadas por las obligaciones imperiosas de la hospitalidad, y ésta, con la recomendación expresa de su hermano mayor, asumía un carácter casi sagrado. Unase a esto las preocupaciones sobre el recato doméstico; la responsabilidad de vedar el santuario de la familia a los ojos de todos; el amor extremo a su hija, en la cual no depositaba, sin embargo, como mujer que era, confianza alguna; las suposiciones ideadas inmediatamente sobre la impresión que el extranjero habría causado naturalmente en el corazón de su Inocencia, que casi pertenecía ya a otro, y los choques que preveía para mantener inquebrantable su palabra de honor, palabra dada en dos sentidos ahora antagónicos, un mundo, en fin, de impresiones y terrores, y todo eso, revolviéndose en la cabeza de Pereira, reflejábase con sombríos rasgos de inquietud, en su rostro habitualmente jovial.

I N O C E N C I A

-¿Por qué razón -le preguntó a José Pinho para desviar esa conversación que tanto lo mortificaba,- le dice usted al señor *mosiú*?

Rióse el *carioca* con aire de superioridad, y contestó desembarazadamente:

-¡Ah! Es un modo de decir...

-¿Cómo así?

-Voy a ponerle todo en platos limpios ... ¿Su merced no lo llama señor?

-Así lo llamo.

-¿Y entonces?... Yo también lo llamo así ... pero hablo en francés. *Mosiú* quiere decir señor en esa lengua.

-¡Ah! -replicó Pereira, dándose por convencido.- ¿Entonces es eso? Pensé que fuese otra cosa...

-Juca -dijo Meyer que estaba removiendo las cosas dentro de las canastas;- prepare todo ; nos vamos ahora mismo al monte...

-Véngase conmigo -propuso el minero con voz insinuante.- Yo le indicaré lugares donde hay de esos bichos menudos: una cosa nunca vista.

-Con mucho gusto -consintió el alemán.

Y volviéndose hacia su sirviente:

-Vamos, Juca -le ordenó;- saque afuera la pita, las cajas de hojalata, el cloroformo, la red lista... Aprisa, hombre, aprisa...

-José Pinho, instigado por estas palabras, se puso a dar vueltas de un lado para otro, como aturdido por el exceso de trabajo.

-Mis lentes -pidió el naturalista,- el saco para las hierbas, el cañuto para los bichos cascarudos... Aprisa... Voy a ayudarle.

-Y, a su turno, comenzó a sacar de las canastas los objetos que necesitaba, pasándose en bandolera dos o tres correas finas que sostenían unas cajitas forradas de cuero. En una de ellas había un cubilete con su correspondiente cadena; en otra, un estuche articulado de metal blanco para cuchillos. También se colocó, al costado un frasco defendido de los choques exteriores por un trenzado fino de mimbre, y que contenía aguardiente recién comprado en la villa de Santa Ana del Parahyba.

No contento con el peso de todos estos apéndices a su persona, se ciñó un ancho cinturón con una especie de canana de hojalata y que sostenía un gran facón inglés, un revólver y una espada de caza.

Después de haber arreglado espaciosamente sobre su persona cada una de estas piezas, con gran asombro de Pereira y hasta de Cirino, substituyó Meyer sus anteojos habituales por otros, de cristales ahumados, muy grandes y convexos, destinados a defenderle ampliamente los ojos de los ardores del sol. Proveyóse, además, de otro curioso medio de defensa: una amplia rodela de paño blanco forrado de verde, que aumentaba las alas de su sombrero de jipijapa descansando en parte sobre ellas.

Con este traje se convirtió, por cierto, en la más estrafalaria figura que podía encontrar un cristiano en trescientas leguas a la redonda ; sin embargo, Pereira se sintió ofendido

por estos preparativos de índole puramente científica, que allá en su escaso entendimiento calificaba de presunción femenil.

-Vea -le dijo a Cirino,- ¡cómo le gusta adornarse a este marica!... Usted no me engaña, no, señor alemán de tres al cuarto...

Mirábase en este momento el naturalista para verificar si le faltaba alguna cosa.

-Estoy pronto -exclamó,- y muy deseoso de entrar en el monte.

-Así te hagan brincar las garrapatas -murmuró Pereira.

-¡Ah! -dijo Meyer,- ¿y mis guantes?... Juca, busque en la canasta número dos, segunda esquina a la izquierda.

Sacó el sirviente unos grandes guantes de lana blancos, muy anchos, ya ajados y sucios, en los cuales el alemán introdujo de un golpe las manos.

-Ahora sí -dijo con satisfacción; y dando un sonoro y prolongado «¡hum!» empuñó la red de cazar mariposas.

Después, llevándose un dedo a la frente:

-¡Ah! -exclamó;- ¿y el vino? ¿Pues no me iba olvidando?... El vino para su hija, señor Pereira, su linda hija.

El minero se encogió furioso de hombros y dijo aparte a Cirino:

-Se hace el olvidado sólo para hablar de la chica. Vea bien. Este pelele no me echa a mí arena en los ojos...

Y agregó en alta voz, recibiendo la botella que el sirviente José Pinho había sacado de uno de los canastos :

-Le agradezco su regalo, señor Meyer, pero... si le hiciera la menor falta... la chica se curará sin esto.

-No, no, no, no -contestó el sajón con una serie de negativas que parecía no tener fin.

-En este mundo -gruñó Pereira más bien para sí mismo que para ser oído,- nadie mete clavo sin estopa; ⁵³pero con sertanejos no se juega.

Cirino había tomado la botella.

-Esto -afirmó- acaba con seguridad la cura.

Y absteniéndose de pronunciar el nombre y la calidad de la persona de quien está tratando, agregó:

-Ella ha de tener hoy un poco de apetito y podrá levantarse un rato, pues ya tomó su caldo.

-Entonces, a mediodía -recomendó Pereira a Cirino en voz muy baja,- mande llamar su merced a la chica y dele la medicina. ¿Oye? Ya he avisado allá adentro...

Cirino movió afirmativamente la cabeza, adoptando una expresión misteriosa.

-Yo estaré con ojo bien alerta en la fierá... Parece una *çuçarana*⁵⁴ a la espera de ciervecitas campestres... ¿No tendrá este vino alguna brujería?...

Negó el otro con energía semejante probabilidad.

-Yo bien sé lo que digo -continuó Pereira.- Estos enamorados son capaces de muchas cosas... ¿Nunca ha oído contar historias de píldoras y brebajes?... ¿eh? dígame, ¿nunca?

⁵³ Esto es, nadie da palos de balde.

⁵⁴ Especie de onza.

-Tranquilícese, señor Pereira -dijo Cirino;- yo examinaré el líquido... Tengo la seguridad de que no habrá novedades.

-Perfectamente... Entonces, a las doce en punto... llame a María Conga, o si no, a Tico. *Nocencia* ha de venir arrastrándose hasta, acá... y el doctor le dará una dosis.

-¿Que salga ya ella? -objetó Cirino con admiración.- No, señor; no consiento en semejante cosa. Yo mismo iré a darle el remedio... No me cuesta nada...

Pereira se había quedado medio perplejo.

-No sé...

Y con súbita resolución dijo:

-Pues bien, vendré de la granja hasta acá... Si yo no apareciera, entonces el señor de una vuelta y hágale tomar la dosis... En cuanto a este alemán ruano, me lo voy a llevar lejos y no lo traeré sino muy tarde, y tan molido del paseo que sólo ha de pensar en dormir.

Cumplíase en Pereira un hecho natural y corriente en las singularidades del mundo moral.

A medida que sus sospechas sobre las intenciones del inocente Meyer iban tomando un volumen exagerado, nacía en él una ilimitada confianza en ese otro hombre que le era también desconocido y que le había causado al principio tanta prevención como el segundo.

Es porque las dificultades y choques de la vida moral, cuando se agravan tan hondamente nos infunden la necesidad de apoyo, de simpatías y de consejos de otros, que cualquier aliado nos sirve; aunque de mucho más provecho fuera

VIZCONDE DE TAUNAY

una bien pensada reserva y menos confianza en estos auxiliares de ocasión.

CAPITULO DECIMOCUARTO

REALIDAD

Cordelia- El tiempo ha de descubrir
lo que hoy esconde la discreta
hipocresía.

SHAKESPEARE, El Rey Lear.

Una vez que Cirino vió desaparecer a Pereira con los compañeros del otro lado del naranjal de la casa, siguiendo en dirección a la granja por una vereda pedregosa y llena de cantos rodados, en los cuales iban golpeando los cascos de los animales; una vez que tuvo la seguridad de que se había quedado solo en la vivienda, lo asaltó una gran agitación.

Ora se paseaba por el cuarto rápida y desasosegadamente; ora lo medía con paso lento en todas direcciones ;

ora, en fin, salía al patio y allí, con la cabeza descubierta, se ponía a mirar atentamente a todos lados, protegiendo con la mano abierta sus ojos contra los vivísimos rayos del sol.

Prometía el día ser muy caluroso. Por todas partes chillaban estridentes las cigarras, y a lo lejos se oía el metálico cacarear de las *seriemas*⁵⁵ en los campos.

A veces Cirino miraba de frente al sol; después se tapaba los ojos deslumbrados, y presa de vértigo volvía a la sala, donde renovaba sus paseos.

¿Por qué, pues, no descansaba el joven? El, que había armado una hamaca de *túcum*⁵⁶ tan fresca y de mallas abiertas, que balanceándose levemente con la brisa parecía convidarlo a confortante siesta?..

¿Por qué no imitaba a los lechones que, metiéndose sin ceremonias dentro de la sala, se habían puesto a cubierto de los ardores del día, y echaditos debajo de unos caballetes para secar carne roncaban ya, sumidos en placentero sueño?

Todo cuanto vivía buscaba la sombra y el reposo. Afuera, el sol reverberaba violento en sus fulgores, y las sombras de los árboles iban disminuyendo más y más cada vez. Hasta una yegua, con su flaco y peludo potrillo, había dejado el distante pastizal para venir a ponerse bajo la protección de la casa, junto a la cual se había detenido, medio cabeceando ya.

⁵⁵ Especie de ñandú.

⁵⁶ Fibra textil, corta y muy fina, extraída del árbol de este nombre, la *bactris setosa*, variedad de palmera.

I N O C E N C I A

A la enervadora acción del calor estival unían su influencia las monótonas modulaciones de unas canzonetas, cantadas al son de una guitarra de tres cuerdas por los sirvientes de Cirino, guarecidos en la ramada junto al galpón del maíz.

Sin embargo, a todo se resistía el joven, y consultaba con creciente desasosiego su reloj de plata, sacándolo a cada instante del bolsillo.

Pasaron los segundos, los minutos y las horas. Al fin lanzó un suspiro de alivio.

-¡Las doce!... Me parecía que nunca iban a llegar...

Saliendo al patio, completamente reanimado, llamó con voz fuerte:

-¡María!... ¡Oh María Conga!

Nadie le contestó. Sólo del lado de la cocina ladraron unos perros.

Después de esperar un tiempo, dio Cirino la vuelta a toda la casa, como había hecho con Pereira, y, arrimándose al cerco que impedía aproximarse a la pared del fondo, volvió a llamar:

-¡Oh, María!... ¡María!... ¿Está durmiendo, viejita?

Viendo que sus gritos quedaban sin respuesta, saltó entonces el cerco y se fue caminando hacia la puerta de la cocina, lentamente, sin embargo, y como con miedo.

-¡Oh María!... ¡Tía María!... ¡Hola!... ¡Ah de casa!...-llamaba.

Al fin apareció, no la vieja esclava sino el enano Tico, que con un imperioso movimiento de cabeza pareció inquirir la causa de la intempestiva alarma.

-¿Qué se ha hecho María Conga ? -preguntó Cirino acercándose a él.

Con moderados ademanes, pero muy expresivamente, dio a entender Tico que la negra había ido a la barranca a lavar ropa.

-¿Y no hay nadie más en casa ?-inquirió el otro.

Hizo ver el enano con singular expresión de orgullo y de despecho que allí estaba él, y lanzó una mirada de cólera al imprudente curioso.

-Bueno -replicó Cirino sonriéndose ;- vaya usted entonces a decir a la señorita que ha llegado ya la hora de tomar el remedio. Aquí traigo el vino, y es preciso preparar café cuanto antes.

Desapareció Tico, haciendo una señal al titulado médico para que esperase afuera.

-¡Vaya! -exclamó éste con fastidio y en tono de broma,- ¿aquí al sol? ... ¡No es mala ésta!... ¡Vaya con el señorito enano! ...

Sin más ceremonias entró, pues, en la casa, pasando al cuarto que estaba entre la cocina, teatro de la actividad de María Conga, y el comedor, donde tuvo lugar la presentación de Meyer a Inocencia.

Al poco rato oyó pasos pesados y se presentó a sus ojos Inocencia, envuelta en una gran manta de algodón de Minas, de varios colores, y con sus largos y hermosos cabellos caídos

y echados todos para atrás. Sus grandes y aterciopelados ojos, orlados de profundas ojeras, y el abatimiento de su semblante denunciaban mucha debilidad todavía; sin embargo, sus satinadas mejillas parecían apresurarse a tomar colores, como si fueran rosas impacientes por desabrocharse y expandirse vivas y alegres.

Al llegar a la puerta no la traspuso; pero arrimándose a la gruesa viga, que hacía de marco, se quedó allí de pie, indecisa, y con la mirada turbada y esquiva.

Al verla, Cirino dio con timidez algunos pasos al encuentro de ella ; luego, a su turno, se clavó junto a una silla de largo espaldar, antiguo y sólido mueble traído por Pereira de su casa de Piumhy.

Después de una larga pausa, durante la cual varias veces se cruzaron inciertas las miradas, Cirino preguntó con esfuerzo:

-Entonces... niña... ¿cómo está?... ¿Se siente mejor ?

-Mejor, gracias -contestó Inocencia con voz debilitada y muy trémula.

-¿ Ha comido ya alguna cosa?

-Sí, señor... un alón de pollo, pero con... bastantes ganas.

-¿ Siente el cuerpo molido?

-La fatiga está pasando. .. hoy mucho más.

Poco a poco había ido recobrando Cirino su sangre fría y se había aproximado a la joven, que se apretó más contra el marco de la puerta como buscando abrigo y protección.

A un lado de la puerta estaba ella, al otro, Cirino; ambos tan turbados y llenos de sobresalto que daban razón a las

miradas de asombro con que los asediaba Tico, que se erguía tieso, bien enfrente de los dos, sobre sus encorvadas piernecitas.

-Pues ha llegado la hora de tomar el remedio...

-¿Ya, señor doctor? -imploró Inocencia.

-Sí, niña.

-Si ya no tengo nada...

-Es para cortar de una vez la fiebre ... Vea, si volviese... sería un gran disgusto para mí.

-¡Pero es tan malo!... -objetó ella.

-No es bueno, por cierto... pero mucho peor es no tener salud... Con un poquito de coraje uno se lo toma todo, sin sentirle mucho el gusto... Ya que le amarga tanto... yo también beberé un poco ...

-¡Oh, no! -protestó Inocencia.

-Es para hacerle ver... que quiero sentir ... lo que usted sienta.

Púsose la niña del color de la *pitanga*,⁵⁷ alzó los ojos sorprendida y volvió después el rostro para huir de las miradas de Cirino.

-¿La medicina? -pidió ella por fin, toda conmovida.

-¡Ah, es verdad! -exclamó Cirino- Vea, Tico, vaya a buscar café a la cocina. Lave bien un platillo... ¿entiende ?

El enano clavó con altivez sus ojos en el mozo, y no se movió.

-¿Es sordo usted?

⁵⁷ Fruto comestible de la pitanga, árbol de la familia del mirto y del jambosero.

-No -contestó Inocencia- Tico tiene a veces por maña el hacerse así el sordo.

Volviéndose entonces al homúnculo, insistió con voz dulce y cariñosa:

-Vaya, Tico. Es para mí. ¿Oye?

Transformóse repentinamente la fisonomía del enano. Vagó por sus labios una sonrisa inefable; meneó la cabeza dos o tres veces con la fuerza de una afirmación; pero, colérico, arrugó la frente e hizo girar sus ojos inquietos y desconfiados.

Inocencia tuvo que repetir el recado:

-Ya le he dicho, Tico... Vaya a buscar el café.

A esta casi orden no se atrevió él a resistirse, pero salió despacito; volviéndose varias veces antes de entrar en la cocina, donde se demoró muy poco.

En este intervalo, Cirino le había tomado el pulso a Inocencia, y, sin pensar en lo que hacía, venciendo la débil resistencia de la niña, habíale cubierto de besos el brazo y la manecita que había asegurado.

-¡Dios mío! -balbució la joven;-¿ qué es esto?... ¡Vea, ahí viene Tico!

Retrocedió entonces el mancebo y, para disimular mejor su agitación, se adelantó hacia el enano que venía trayendo en la mano derecha una vasija de hojalata, y en la otra un platillo con una cuchara.

-Muy bien -le dijo;- ponga todo encima de la mesa.

Y preparando rápidamente el medicamento, se lo presentó a Inocencia, que sin vacilación lo sorbió todo.

-Déjeme un poco -suplicó con ternura Cirino- sólo un poco... Si es tan malo... sufra yo también.

-No -contestó ella con alguna energía;- ¿por qué había de sufrir usted?

Y, fuera un efecto de la inexplicable y desconocida emoción que sentía en el estado de debilidad a que había llegado; fuera porque aquélla era la hora en que acostumbraba asaltarla la fiebre, lo cierto es que tuvo que arrimarse, ó, mejor dicho, que agarrarse al marco de la puerta para no caer largo a largo al suelo.

-¡Oh !-exclamó Cirino con angustia ;-la niña se va a desmayar.

Trasponiendo entonces el umbral tomó en sus brazos a la pálida doncella; sin resistencia arrimó la desfallecida cabeza a su hombro, y con la respiración entrecortada, poco a poco fue haciéndole volver a las mejillas la preciosa sangre.

-Estoy mejor -balbució la joven tratando de apartar su cabeza de Cirino.

-No se haga locamente la fuerte -dijo éste.- Vamos hasta aquella silla.

Y con toda la lentitud y cuidado fue llevando a la convaleciente hasta sentarla, desembarazándola después de los muchos cabellos que, todos revueltos, le habían invadido el cuello y le caían sobre el rostro.

-¡Cuánto cabello! -exclamó Cirino, medio risueño.

Con mucha atención había seguido Tico las peripecias de toda está escena. Al ver que Inocencia perdía casi los sentidos, lanzó un grito sordo de desesperación; después, fue

siguiéndola hasta la silla, y arrodillado delante de ella la contemplaba con inquietud.

Cirino quiso aprovechar la ocasión para un con-graciamiento.

-Entonces, ¿está con cuidado, señor Tico?... No es nada... su ama se pondrá buena en seguida... ¿No es eso lo que usted quiere ?

Al oír esta interpelación, levantése el enano y correspondió al simpático anuncio del mozo con una mirada de desprecio y poco caso, como para decirle: «No se meta conmigo que no quiero gracias con usted, ¡médico de arriba-da!»

-Ahora -dijo Cirino volviéndose a Inocencia,- ya a beber usted dos tragos de este vino... Verá en seguida qué fuerza siente dentro del cuerpo.

Destapó entonces, con la punta de un largo cuchillo que sacó del cinto, la botella de vino ofrecida por Meyer, y en un vaso de loza blanca presentó a la moza un poco de corroborante líquido.

Mojó la enfermita los labios, y gratificó al obsequioso mancebo con una sonrisa encantadora.

Decididamente le agradaba ese médico: le curaba el cuerpo enfermo y le entendía el alma. Muy pocos hombres, fuera de su padre y de Manecón, y de algunos negros viejos, había visto hasta entonces ; pero a ella, tan ignorante de las cosas del mundo, le parecía que ningún ser podía ser comparado, ni de lejos, en elegancia y en belleza, con el que estaba ahora frente a ella. Y luego, ¿qué misteriosa cadena de sim-

patía la iba ligando a este extraño, simple viajero que veía hoy para no volverlo a ver nunca más, sin duda?

¡Quién sabe si la ternura y la bondad que le dispensaba Cirino no eran a causa única de ese sentimiento nuevo, desconocido, que de improviso nacía en su pecho, como después de la lluvia brota la flor del campo!

A mucho obliga la gratitud.

Rápidos corrían estos pensamientos por la mente de Inocencia, al paso que sus ojos iban alzándose hasta fijarse en Cirino, límpidos, grandes, abiertos, como dando lugar a que él leyese claramente lo que pasaba en su alma.

-Me siento tan bien -dijo ella con un metal de voz muy suave,- tan suelta de cuerpo, que parece que nunca más he de estar enferma.

-¡No, no, por cierto! -exclamó Cirino;- nunca más. Por otra parte, aquí estoy yo y...

Con su llegada interrumpió María Conga, la negra vieja, este principio de diálogo. Venía de la fuente con un atado de ropa que se puso a extender en unas largas cañas asentadas horizontalmente sobre horquillas clavadas en el suelo.

Despidiéndose entonces Cirino de Inocencia:

-Ahora -le dijo risueño y palmeándole la mano,- descanse un poco. Después tome caldo, y... quiérame bien.

-¡Vaya! ¿ por qué no habría de quererlo? -preguntó la moza con ingenuidad.- Usted no me ha hecho nunca mal...

-Yo -replicó Cirino con fuego,- ¿hacerle mal? Antes morir... Sí... niña de mi alma, yo...

Y, sin concluir, le dijo repentinamente:

I N O C E N C I A

-¡Adiós!

Después, con paso lento fue saliendo, y pasó por delante de la ventana junto a la cual estaba sentada Inocencia.

-Vea -le recomendó recostándose en el alféizar,- cuidado con el sereno...

-Sí, señor.

-No tome leche...

-Ya me lo ha dicho.

-Coma sólo carne oreada...

-Ya sé...

-Entonces, ¡adiós... adiós, niña bonita!

Y, con trabajo, se despegó de aquel sitio, en el que habría querido estar hasta que, de viejo, le flaquearan las piernas.

CAPITULO DECIMOQUINTO

HISTORIAS DE MEYER

Gran felicidad es tener un hijo prudente y sabio; pero, en cuanto a hijas, ésta es para todo padre una carga bien pesada.

MENANDRO, Los primos.

A la tarde volvieron Meyer, José Pinho y Pereira, y poco después de ellos tres avejentados esclavos; éstos, de los trabajos agrícolas, aquéllos, de grandes excursiones entomológicas.

Venía el minero un tanto risueño, y a grandes gritos despertó a Cirino que, echándose a dormir, había soñado todo ese tiempo con la graciosa enferma.

-¡Hola, amigo! ¡hola, doctor!-lo llamó Pereira con voz retumbante;- ¡eso sí que es vida! ¿eh? Mientras nosotros trabajamos, yo y el *mosiú* de José, su merced en esta cama de terciopelo...

-Es cierto -convino el mozo;- apenas salieron los señores estiré las piernas y hasta ahora he echado un solo sueño. ..

-¿Y el remedio de la chica ?-preguntó Pereira bajando la voz.

-¡Vaya, señor!... ¡y yo que me olvidé!... No es nada... si la niña no ha tenido fiebre... ¡Ah! espere... ahora que me acuerdo... Se lo he dado... sí. Estoy todavía atontado por el sueño...

Pereira se rió.

-Estos doctores matan a uno como si fuese perro sin dueño... Ni por un momento les pasa por la cabeza si han dado o no medicinas y venenos a los cristianos...

Viendo que Meyer había salido de la sala, cambió repentinamente de tono, prosiguiendo en voz baja y muy rápidamente:

-¿Sabe, pues, que el tal alemán se ha pasado todo el día sólo en querer sacar conversación sobre la chica ?

-¿De veras?

-Lo que le digo... Y yo... con las manos atadas por aquel ofrecimiento de llevarlo a comer allá adentro... Nada, ni aunque desconfíe y se enoje por mis modos... ¡no me pisa un cuarto de la familia!... ¡Dios me libre!

En efecto, a la hora de la cena, Meyer manifestó sorpresa al ver que iba a comer en la misma sala, no porque tuviese motivos para desear otro local cualquiera, sino porque, metódico como era, había grabado en su mente la promesa de Pereira, y, por delicadeza, supuso que debía recordarla.

Las disculpas que presentó el minero fueron preparadas de improviso y ayudadas victoriosamente por Cirino, cargando éste con la responsabilidad de haber recomendado a la enferma mucha tranquilidad, casi un aislamiento completo:

De modo muy expansivo se manifestó también el reconocimiento de Pereira:

-Estoy conociendo -le dijo aparte a Cirino y apretándole la mano,- que el doctor es hombre serio y con quien se puede contar... Deje estar... Manecón ha de ser amigo suyo... Lo será... Las personas de bien, deben conocerse y estimarse ... ¡Vaya! vea el tal *individuo*... ¿ qué temible, eh ? ... No importa; ha de llevarse su merecido.

Si Pereira se mostraba contrario o inquieto, muy por el contrario el naturalista parecía nadar en un mar de rosas.

-Señor doctor -le declaró a Cirino en la mesa- por muchos motivos estoy en extremo contento de mi estadía aquí... Hoy he encontrado más bichitos curiosos que en todas las otras zonas por donde he andado...

-Su merced no se imagina -interrumpió Pereira dirigiéndose a Cirino,- lo que hace este señor cuando está dentro del monte. Todavía se ha de quebrar el pescuezo en algún, barranco en que se precipite, porque siempre anda con las narices al aire... No sé cómo no tiene los dos ojos

atravesados... no se fija en ramas ni en nada... lo único que quiere es agarrar insectos... Ya se lo he avisado unas cuantas veces; ahora, su alma, su palma... ⁵⁸

Juiciosas eran las advertencias del minero, y bien oportunas; tan es así, que una de las tardes siguientes volvió Meyer todo arañado, y con un chirlo tan grande que inmediatamente saltó a los ojos de Cirino.

-¿Qué ha sido eso, señor Meyer? -le preguntó con admiración.- ¿Ha andado el señor por ahí a brazo partido con alguna onza?

-¡Oh! no es nada -contestó flemáticamente el alemán.

-Y la ropa la tiene sucia de barro... toda rota.

Pereira se echó a reír.

-Son historias de este hombre... Bien le había dicho yo lo que, días más o días menos, tenía que sucederle. Mi amigo no conoce el dicho: «Fíate en la Virgen y no corras, y verás el golpe que te llevas...» También ha sido un día en que me he reído a más no poder... me he hartado... Figúrese su merced que el tal señor Meyer, como ya le he contado, anda siempre saltando dentro del monte como si fuese ciervo salvaje... José Pinho, que es vivo, va siempre por el camino limpio...

-Perezoso... -interrumpió Meyer a modo de observación.

-Tiene juicio -prosiguió el minero;- pero, como le iba diciendo, el señor, con sus arranques y sus saltos, parece anta disparada. En cuanto aparece un bicho volador, zas, tras, que darás, allá va él enseguida sin mirar los troncos, expuesto a pisar serpientes y espinas, con esa red en la mano, y tanto ha-

⁵⁸ Esto es, con su pan se lo coma.

ce que siempre atrapa algún animalejo... Hoy me fui a la granja y el hombre atravesó el monte, en tanto que José buscaba una sombrita y se ponía a roncar en seguida como un perdido...

-Yo no, señor -protestó José Pinho que se había acercado a oír la historia.

-Usted sí -corroboró Meyer con severidad- ¡Perezoso!... Vaya... traiga acá la pita.

-Pues bien -continuó Pereira ;- a las dos horas volvió *mosiú* en este estado poco más o menos; pero traía una caja llena de bichos del monte...

-¡Ah! -preguntó Cirino,- ¿y son bonitos?

-No hay ya ninguno -suspiró Meyer en tono dolorido ;- ¡el trabajo se ha perdido!... Había encontrado cinco especies nuevas... Queda una...

-Déjeme contar el caso -interrumpió Pereira,- ¡Oh, me he reído!... ¡me he reído!...

Y, para confirmar la aserción, se puso otra vez a soltar carcajadas, que fueron acompañadas por José Pinho y por Meyer, de parte de éste con menos expansión, sin embargo.

-Se me apareció *mesiu* muy contento con su caja, como si tuviese al rey en la barriga. Era una *barbaridad* de escarabajos y hasta de cigarras, que el señor no se puede imaginar... Había de todo. Después, cuando volvíamos de la granja, divisó en un tronco podrido un *inseto* colorado, y se fue corriendo a agarrarlo. Yo le grité: «¡Vea que ahí hay un barranco: el árbol está podrido y hueco, y su merced va a rodar por el despeñadero que ni su alma se salva!... » ¡Bah! el hombre es testarudo

como burro empacador... Yo le gritaba: «¡Tenga cuidado, *mosiú*!... » Sin atender a nada se puso a caminar por encima del bejucal que cubría la boca de un precipicio, hondo como todo en este mundo... Cuando iba a echarle la mano al tal bicho colorado se arrimó al tronco y... ¡zas!... se hundió, dando un grito desaforado que parecía de *aguti*.⁵⁹ Apenas tuvo tiempo para agarrarse a los bejucos, y allí se quedó entre la vida y la muerte, llamando: «Juca, Juca ... » Yo, cuando vi esto, mandé corriendo a buscar a la granja una vara larga, y si no llega en seguida, el señor Meyer y todos sus bichos ruedan para siempre por aquellos precipicios...

-No -rectificó el alemán ;- el bicho rodó, la caja se abrió, y todo cayó al precipicio.

-Pues bien; *mosiú* se agarró con uñas y dientes al palo, y nosotros tiramos despacito, despacito, con un miedo, ¡un miedo!... ¡María Santísima!...

Haciendo una breve pausa:

-Lo más gracioso no ha llegado todavía -anuncio el minero.- ¡Ah! su merced va a darse un buen atracón de risa. Cuando *mosiú* puso pie en tierra, empezó a saltar como un cabrito enloquecido, por aquí, por allá, salto y más salto, y gritando como si lo estuvieran desollando... Estaba... ¡ah, Dios mío!... estaba lleno de hormigas novatas...⁶⁰-Sí -exclamó Meyer con desesperación;- ¡hormiga de tronco podrido! ... ¡*Mein Gott!* ... Me arranco la ropa ... salto... gimo ... me quedo

⁵⁹ Especie de liebre.

⁶⁰ La picadura de estas hormigas es muy dolorosa. Su nombre proviene de que son novatos los que se dejan morder por ellas.

desnudo como cuando mi madre me echó al mundo... ¡Horrible!... ¡Hormiga del diablo!... Me hace roncha en todo el cuerpo... ¡Mucho dolor!...

Con reiteradas y estruendosas carcajadas acogieron Pereira, Cirino y José Pinbo estas enérgicas imprecaciones.

-Esto -observó el minero,- podría curarlo de su manía de no hacer caso a los que saben las cosas.

Y, volviéndose a Cirino, agregó:

-La verdad es que el cuerpo de él... ¡qué cuerpo, señor doctor, tan blanco! ... quedó todo lleno de ampollas y fue preciso refregarlo con hojas de tabaco. Después tomó un baño en el riachuelo...

-Todo estaba muy bien -observó Meyer,- si la caja no se abre y tira al agujero mi trabajo...

-¡Vaya! quedará para mañana -lo consoló filosóficamente el sirviente.

Pereira, calmado ya su acceso de hilaridad, se había aproximado a Cirino y le hablaba a media voz:

-¡Ah, doctor!... ¡tuve unas ganas de dejar a este alemán que se hundiera en el socavón!... Si no hubiese sido mi huésped, en fin, y el recomendado de mi hermano, palabra de honor, lo habría empujado de una vez al infierno... No soy ningún mandria...

-¿Pero, por qué? -preguntó Cirino simulando admiración.

-¿Todavía me lo pregunta?... Porque el hombre no hace más que hablarme de *Nocencia*... Otra vez me ha dicho que ella era muy bonita y mil cosas... preguntó si estaba casada, si

no lo estaba; que era preciso casar a las mujeres para bien de ellas ... ¡Qué sé yo qué más!... ¡Este es un bruto perdido! ... ¡un enamorado!...

-¡Bah! señor Pereira...

-¡Es lo que le digo!... ¿Acaso soy víbora de dos cabezas que no veo nada?... ⁶¹¡Ah! ¡qué peso es una hija!... ¡ah!... Y, además, una chica que ya está apalabrada... ¡Esto es una anarquía!... ¿Qué diría mi yerno Manecón?...

-No podrá decir nada -replicó el mozo.- Y aunque diga, no faltará quien quiera a su hija...

-¡Bendito sea Dios!... No, por cierto. Lo que no quiero precisamente es que ella ande de mano en mano ... O se casa con Doca, o...

-O ... ¿qué? -preguntó Cirino con inquietud pero fingiendo poca curiosidad.

-O mato al que viniera a trastornarle la cabeza... ¡De mí nadie ha de sacar tajada!... ¿Y no he de tener mil cuidados cuando veo que este *extranjis* no hace más que dar con sus macaquerías en el flaco de las mujeres?

-Por ahora, él no ha hecho nada...

-Por ahora... sólo hace hablar de la pobre chica, ¡que la señora Santa Ana guarde de todo mal!... Hubiera yo adivinado, y ¡me muerdan los macacos si ponía los ojos encima de *Nocencia!* Ni que viniese con cartas y órdenes del señor don Pedro II...

⁶¹ Es creencia popular en el Brasil que unas viborillas que viven en tierra fofa tienen dos cabezas y no tienen ojos.

-Lo llamé a José Pinho -prosiguió en voz baja, - y le di unos toques:

-¿Entonces -le dije,- su amo es diablo con las mujeres, eh?

El, que es muy ladino, me contestó en seguida:

-No, señor.

Conoció la mentira:

-¡Bah! usted, *carioca*, ha tenido tierra en los ojos...

-¿Yo?... si no es capaz...

-¿Entonces, usted no ha visto lo que hacía su amo ?

-Ha sido un santo -me replicó el muy pillo.- En Río, sí.

-¿En la corte?

-Sí, señor, en la corte. Iba todas las noches a una casa de bebidas, una especie así, de hotel de mucho lujo, y allí se estaba las horas muertas comiscando y conversando con damas de vida alegre, muy bonitas, muy arregladitas... algunas con el pescuezo y los brazos todos de muestra...

-¿Le contó eso? -interrumpió Cirino con alguna duda y sobresalto.

-Lo contó -afirmó Pereira con furor.- Vean, pues, qué hombre, ¿eh? Es un mequetrefe... Esta noche, y de ahora en adelante, me vengo a dormir a esta sala, a ver si se mueve de la cama. ¡Ah! ¡si pudiese!... le caía encima con la cachiporra y le dejaba los huesos hechos astillas.

Las imprudentes historias de José Pinho acababan de poner la última piedra al edificio de desconfianza que tan de prisa había levantado la imaginación de Pereira en descrédito de Meyer. Lo que en ellas había de verdad era apenas algunas

I N O C E N C I A

horas de ocio consagradas por el naturalista, durante su estadía en Río de Janeiro, al consumo de grandes jarros de cerveza en el café «Cidade de Coblenz», y durante las cuales había tenido risueños, aunque inocentes coloquios, con personas del sexo amable, frequentadoras de aquel establecimiento y de costumbres no muy rigurosas.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

EL EMPACHADO

**A los hombres no les faltan
importunidades. En cuanto
a vuestra capacidad bien la
conocemos.**

MOLIÈRE, *El médico d 14 fuerza.*

Conforme a lo prometido, Pereira trajo su hamaca a la sala de huéspedes, y, concertando un sistema de vigilancia muy especial, aunque perfectamente inútil, con relación a la persona sospechada, asoció los sonoros ronquidos de su valiente pecho con la ruidosa respiración de Meyer.

Si, con todo, no hubieran tenido sus ojos la venda de la confianza, o, mejor dicho, si el sueño no los hubiera asaltado siempre con tanta imposición, por cierto que pronto habría

extrañado la cruel agitación en que vivía Cirino y que éste no podía ya disimular.

A la verdad, su manera de pasar las noches era para hacer nacer las sospechas en el espíritu más indiferente y desprevenido. O se revolvía en la cama dando mal reprimidos suspiros, o salía al patio, donde se ponía a pasear y a fumar cigarros de paja unos tras otros hasta que los gallos, encaramados en el techo de la casa y en los árboles más próximos, anunciaban los primeros albores del día.

Ruda pasión henchía el pecho del infeliz ; una de esas pasiones repentinas, explosivas, irresistibles, que se apoderan del alma, la enlazan por todos lados, la sujetan con mil brazos, la sofocan como las serpientes de Minerva a Laocoón. Conocedor, como era, de las costumbres del sertón, del yugo absoluto de las preocupaciones, del respeto fatal a la palabra dada, preveía tantas dificultades, tan grandes obstáculos ante él, que, si por un lado se desanimaba, por el otro sentía rebelarse su naciente y ya tan violento afecto.

-Dios me ayudará - pensaba consigo mismo;- lo único que quiero es la amistad de Inocencia... Hace días que no la veo ... si no pudiera volver a verla... doy fin a mi vida ...

Sublevábasele el corazón, la sangre le circulaba con vertiginosa rapidez por las venas y subía a enturbiarle la vista, llevándole olas de intenso calor al rostro.

-¡Nuestra Señora de la Abadía! -imploraba tirándose de los cabellos con desesperación;- ¡váleme, en este apuro en que me hallo! ¡Dame por lo menos, esperanzas de que esta

niña podrá algún día quererme bien!... Nada más deseo...
¡Ojalá el fuego que me consume abrase también su pecho!

Esta fervorosa plegaria, dirigida al santo de especial devoción en toda la provincia de Goyaz, acostumbraba calmar un poco al mancebo, que quebrantado de fuerzas se rendía al sueño por instantes, para despertar sobresaltado y cada vez más abatido.

Siempre estaba, pues, de pie, cuando Pereira acostumbraba, saltar de su hamaca.

-¡Oh! -observó éste la primera vez;- ¡esto sí que se llama madrugar!

-Pues está fuera de mis costumbres -replicó Cirino;- todas estas noches las he pasado mal...

-A la verdad, su merced no tiene buena cara...

-Creo que me ha entrado en el cuerpo la fiebre intermitente.

- ¡Esta sí que es buena! ¿Entonces el doctor le ha prestado⁶² su dolencia a la enferma?... Vea, es preciso ponerse

⁶² Empréstar, por tomar o pedir prestado, legítimo galicismo que corresponde exactamente al verbo *emprunter*, es una locución muy corriente en todo el sertón de Sao Paulo, Minas-Geraes y Matto_Grosso. Recuerdo la admiración con que oí una vez a una persona de la villa de Miranda, de alguna ilustración, que me decía:

-Vengo a ver al señor para emprestarle 20 \$ 000.

-Pero si no los preciso -le repliqué.

-No; yo soy el que los precisa. Yo le empresto al señor.

-¡Ah! el señor viene a pedirme prestados 20 \$ 000, ¿no es eso?

-Eso es lo que le he dicho desde el principio.

No queriendo entablar una discusión filológica, saqué del bolsillo el dinero pedido, que, para hacer justicia a quien *emprestaba*, fue puntualmente devuelto en el plazo prometido.-(N. del A)

fuerte, porque hoy mismo ha de llegarle una buena tanda de enfermos...

-Mejor...

-Ya se ha esparcido por todas partes la noticia de su llegada, y la romería no ha de tardar.

-Aquí la espero...

-Naturalmente vendrá primero Coelho... Es una buena ocasión para que pague su merced su deuda... No tenga reparo en aumentar el precio...

-De aquí mismo pienso despachar un propio para verme libre de esa obligación...

-Lo que demuestra que el señor es persona delicada... No es como cierta gente que conozco...

Al decir estas palabras se volvió Pereira hacia Meyer para contemplarlo atentamente.

Digno de examen era, en verdad, el alemán, aun haciendo a un lado todo otro motivo que no fuera el de simple curiosidad.

Dormía con las piernas y los brazos abiertos, y caídos fuera de la estrecha cama de canastas ; tenía la barba muy levantada por la posición incómoda de la cabeza, y su boca entreabierta dejaba ver una hilera de dientes excelentes.

-Está roncando, ¡hum! -murmuró el minero; -¡pícaro!... ¡a mí no me engaña usted... pero es lo mismo!...

El uso de emprestar, en la acepción de tomar o pedir prestado, es bastante general también en los países de habla castellana gracias a Larra y a otros autorizados escritores que le han dado esa acepción.
-(N. del T.)

Las prevenciones de Pereira iban tomando proporciones de idea fija, y Meyer, en la sencillez de la ignorancia, parecía como que a propósito proporcionara elementos para que ellas fueran arraigándose cada vez más.

Así, por ejemplo, durante el almuerzo se acordó de preguntar, entre dos enormes cucharadas de porotos :

-¿Y su hija, señor Pereira ? ¿Cómo va? ¿Es mejor ?

-Es mejor que *mosiú* -exclamó el padre con modo esquivo.

-¿La salud de ella es mejor?

-Está mejor; está, está -contestó Pereira muy secamente- Está buena... va a hacer un viaje...

-¿Un viaje? ¿a dónde?... ¿a la villa?

-¡ Hombre! *mosiú!* -observó el minero un tanto agrio;- su merced es peor que mujer vieja... todo quiere saber...

En esta reprensión, que le causó vergüenza y cierta sorpresa, Meyer percibió solamente un reproche a su curiosidad, falta que confesó con toda nobleza, bien que agravando la situación:

-Es verdad, señor Pereira -convino- La buena educación no prescribe lo que yo he hecho... merezco disculpa, sin embargo, merezco... Su hija es tan interesante... que siempre me estoy acordando de ella... Tengo aquí unos regalitos...

-Guárdeselos -grunó Pereira, ahogando esta reflexión con un acceso de tos.

Y para evitar la continuación de semejante asunto, dió por terminada la merienda, levantándose de la mesa.

-Ahí viene Coelho, doctor -exclamó mirando hacia afuera.- ¡Calle! ¡qué amarillo esta!... Hacía tiempo que no lo veía... parece ya un alma del otro mundo.... Es aquel de quien hablamos... Apriételo, porque es *agarrado* como ninguno...

E interpellando al que llegaba, gritó:

-¡Dichosos los ojos que lo ven!... Si no fuese, amigo Coelho, porque tengo un médico en casa, no habría de verlo nunca por acá, ¿no es cierto?

-Vea -contestó el otro con un gemido,- ¡ando siempre tan enfermo!... Ni se tiene gusto para vivir... Pero, ¿en dónde está el hombre?

-Está aquí.

-Ya me han dicho que hace milagros. Ha *dejado* fama del otro lado del Paranyha... ¿Sabía?

-Que hubiera dejado fama allá, no; pero que es un cirujano de lo mejor, de eso estoy seguro, porque en un abrir y cerrar de ojos me ha puesto en pie una persona de aquí de la casa.

-Si a mi me curara... no sé siquiera cómo se lo habría de agradecer.

-Pagándole -concluyó Pereira, tratando en seguida de abogar por los intereses de su huésped.

-Sí; le... le... pagaré -confirmó el otro con alguna vacilación.

-En todo caso, baje del animal.

Poco después entraba en la sala y hacía sus saludos a Cirino y a Meyer la persona a quien el minero había llamado Coelho. Era un hombre ya de edad, mucho más quebrantado

por las enfermedades que por los años ; tenía la frente arrugada, los carrillos medio hinchados, los labios casi blancos y los ojos papujados.

-¿Cuál de los dos señores es el doctor? -preguntó.

-Soy yo -contestó Cirino revistiéndose de un convencido aire de importancia, en tanto que Meyer lo señalaba, cediendo derechos que tal vez hubiera podido discutir.

Intervino Pereira con amabilidad.

-Siéntese, señor Coelho, siéntese. No se ponga en seguida a hablar de enfermedades... Eso no corre apuro... Descanse un poco... Vea, ¿ha almorzado ya?

-Lo poco que como -replicó el otro,- ya está comido.

-Pues bien, acomódese primero a su gusto; después conversará con el doctor... Dígame, ¿qué hay de nuevo por la villa?

-Que yo sepa, nada... También hace más de un año que no tengo ninguna noticia de allá... Ya nada me importa el resto del mundo ... El que no goza de salud pierde el gusto para todo ... Es una verdadera calamidad...

En tanto que Coelho hacía desfilar en tono monótono otras quejas en el mismo sentido, Cirino sacó de la canasta su Chernovíz y algunas hierbas secas que depositó encima de la mesa.

-El señor -declaró volviéndose al enfermo- está *empachado*.

-Es cierto, señor doctor. Yo, que no soy físico -observó Pereira,- habría dicho eso en seguida...

-Calle, compadre -interrumpió Coelho con impaciencia y pidiendo silencio.

-El señor -continuó Cirino con presunción- tuvo fiebre intermitente muchos años seguidos; después empezó a sentir hastío y el estómago revuelto; se hinchó todo y en seguida se deshinchó... Poco a poco fue perdiendo el ánimo y las fuerzas.

-¡Tal cual! -murmuró Coelho siguiendo con cuidadosa atención la marcha del diagnóstico.

-Ahora, el señor no puede comer sin sentir ahogo, ¿no es así?

-Mucho ahogo, señor doctor.

-Este hombre -dijo Pereira a Meyer- ha leído bastante en los libros...

-Le vino después una fatiga, y cuando el señor camina le dan sudores y angustias en todo el cuerpo... El bazo está hinchado y el hígado también... De noche, el señor se queda sin poder respirar, más bien sentado que acostado... A veces tose mucho, una tos sin desgarrar, como quien tiene una ronquera ,seca...

-¡Tal cual! -repitió el enfermo con unción y casi entusiasmo.

-Pues bien -terminó Cirino,- como ya le he dicho, el señor está, empachado.

-¿Y no tiene cura? -preguntó Coelho con cierta desconfianza.

-Tiene, pero el remedio es fuerte.

-Con tal que haga bien...

-A mucha -gente replicó Cirino- he curado ya en peor estado que el señor; pero, repito, el remedio es violento

-Tomaré todo -afirmó Coelho;- hace años que me hago una *barbaridad* de remedios y de ninguno saco provecho. Vamos a ver...

En ese punto Cirino cambió el tono de la voz y mirando a Pereira:

-El señor sabe -observó- que mi manera de vivir es ésta...

Con un movimiento de cabeza aplaudió el minero esta entrada en materia.

Lo mismo no pensó Coelho, que tartamudeó:

-¡Ah!... Estoy dispuesto... Soy pobre, muy Pobre...

Pereira cerró un ojo con malicia.

-Acostumbro -continuó Cirino- a recibir el pago en dos mitades...

Y agregó, un tanto mortificado:

-Si hablo ahora de esto, con tanta prisa, es porque tengo también necesidad urgente de dinero... ¿No le parece, señor Meyer?

-¡Cómo no! ¡cómo no!-convino el alemán tiene perfecto derecho.

-Amigo mío -corroboró Pereira,- el señor no trabaja para el obispo; tiene que ganarse honradamente la vida.

-Entonces, como le decia -prosiguió el otro dirigiéndose a Coelho, - señor me pagará al principio de la cura y al fin. Así no hay engaños... ¿Le conviene ?

-¡Qué remedio! -suspiró Coelho.- Yo le daré... hasta treinta pesos... o... cuarenta.

-¡Bah! -replicó Cirino.- Mi precio es uno solo.

-¿Y a cuánto sube?

-A cien pesos.⁶³

-¡Cien pesos! -exclamó Coelho.

-Cincuenta al principio, cincuenta al fin.

El doliente gimió para si mismo.

-¿Y qué es eso para usted, compadre? -intervino Pereira.-

¡Un manojo de maíz para quien tiene los graneros llenos!...

-No tanto, no tanto -objetó Coelho.

-Déjese de historias -continuó Pereira.- Si su merced no tuviese sus pesos, yo le diría aquí, a nuestro amigo: «Vea que éste es de los nuestros; no tiene en qué caerse muerto.» Y él lo habría de curar de balde... ¿no es así?

-Por cierto, por cierto -declaró Cirino con mucha prontitud.

-Pero con usted el caso es diferente. De otra manera, ¿por qué razón habría de andar un *cirujano*, por estos *socavones*? También ellos quieren hacer un poco de dinero... Es muy justo...

-Cincuenta... pesos -balbució Coelho;- así, de golpe...

-Si el médico lo cura -dijo Meyer entremetiéndose,- es un negocio chino.

Nada decía Cirino por dignidad propia. Estaba hojeando el Chernoviz, cuyas páginas mostraban un continuo ma-

⁶³ Es el precio por el cual un curandero quería curar a un empachado, por cuya estanzuela pasamos en julio de 1867, en ese mismo sertón de Santa Ana-(N. del A.)

noseo, algunas basta enriquecidas con notas y observaciones al margen.

Así, en el artículo *opilación o hipohemia intertropical*, Cirino había escrito al lado: «Es lo que se llama en el sertón, enfermedad de empachado.» Y, al final había abierto una gran llave para encerrar esta atrevida y perentoria sentencia: «Todos estos remedios no sirven para nada. Sé de uno muy violento pero seguro. Me lo enseñó, hace años, Mathías Pedroso, curandero de la villa del Prata, en el sertón de Farinha Podre, viejo de mucha práctica y que conocía todas las raíces y hierbas del campo.»

-Pues bien -dijo Coelho después de mucha vacilación;- el trato está hecho. Pero vea que entrará en el pago el precio de las medicinas, y que las visitas se han de hacer en mi casa...

-Sin duda alguna -convino Cirino;- iré a su estancia todos los días... ¿No está lejos de aquí?

-No, señor... Dos leguas cortas, por el camino.

-Bueno. El señor, al volver a casa, se meterá en seguida en cama.

Coelho hizo una señal de asentimiento.

-Mañana -continuó el mozo,- debe tomar estos polvos que le estoy mostrando. Divida esto en dos partes ; le hará mucho efecto. Después descanse dos o tres días, si llega a sentirse muy débil. En seguida...

Y poniéndose de pie bruscamente clavó los ojos en Coelho durante algunos instantes.

-¿El señor quiere curarse de veras?

-¡Oh, sí quiero!

-¿Y tiene confianza en mí?

-Después de Dios, sólo usted puede salvarme.

-¿Entonces, tomará a ciegas lo que yo le recete?

-Aunque fuera carbón en brasas.

-Vea bien lo que dice ... No me gusta empezar a tratar para después parar ...

-No tenga ese temor conmigo... Para vivir como vivo, más bien morir...

-Entonces -continuó Cirino pausadamente- pasados los días de descanso el señor se tragará una buena ración de *jacaratiá*...

-¡*Jacaratiá!*...-exclamaron con asombro el doliente y Pereira.

-¡*Jacaratiá!*...-tronó Meyer a su turno, abriendo desmesuradamente los ojos;- ¿qué es *jacaratiá*?

-¡Pero eso le va a quemar las tripas al hombre! -observó el minero.

Cirino replicó un tanto sorprendido:

-No soy ninguna criatura, señor Pereira. Sé bien lo que estoy diciendo. Este remedio es un secreto mío, muy fuerte, muy dañino; pero no son una, ni dos, las veces que he curado con él a empachados. La cosa está toda en el modo de dar la leche y en la cantidad; por eso es que no hago misterio; me limito a hacer saber que con un poquitito más de lo que es preciso, el enfermo se va al hoyo.

-¡Salta! -interrumpió Pereira;- medicina así no quiero... más bien quedarse empachado...

-¿Qué es *jacaratiá*?-volvió a preguntar Meyer.

Coelho había bajado la cabeza y parecía estar meditando la resolución que debía tomar.

Después, con voz melancólica:

-Lo dicho, dicho -declaró,- acepto todo lo que su merced me dé. Ahora, cuanto haga está bien hecho... ¿Cómo voy a tomar el *jacaratiá*?

-A su tiempo se lo diré -replicó Cirino- Se hacen tres cortes en el tronco del árbol y se deja correr la primera leche: yo mismo he de recoger la que es buena. Tengo la mayor confianza en que el señor quedará curado... Bien sabe que nadie en materia de enfermedades, con más razón que en cualquier otra, puede decir nunca: esto ha de ser así o asado. .. Todos estamos en las manos de Dios. Sólo El puede saber si la enfermedad nos saldrá del cuerpo o nos llevará a la sepultura. Todo buen cristiano sabe esto y debe conformarse con la voluntad divina... Lo que el médico hace es ayudar a la Naturaleza y dar la mano al cuerpo, cuando éste puede y quiere también levantarse...

-¡Justo! ¡justo!-apoyó Meyer, muy empeñado entonces en pinchar un hermoso coleóptero.

-Yo también lo entiendo así -dijo el minero.

-Pero, ¿qué es *jacaratiá*, señor Pereira ?-insistió el alemán. Volvióse el interpelado con impaciencia:

-Es un árbol, señor Meyer, un árbol grande de hojas recortadas, que da. una especie de pezoncitos. Echan leche muy abundante y queman los labios cuando no se tiene cuidado, Es un árbol, ¿oye? ¡Un árbol!⁶⁴

⁶⁴ Es la jaracacia (*rurica spinosa*), variedad de higuera silvestre.

-¡ Ah! -exclamó el alemán componiendo la garganta.

En ese momento sacó Cirino de la canasta otros remedios y se los pasó a Coelho dándole minuciosas informaciones sobre el modo cómo había de usarlos.

-¿ Siente mucha repugnancia cuando come ? preguntó el curandero.

-Mucha, señor doctor.

-Así es, pero deje estar; después de la leche de *jacaratiá* le volverá el apetito. En los primeros tiempos el señor beberá solamente claras de huevos bien batidas. Después, poco a poco, irá tomando más alimento.⁶⁵

-¡ Dios lo oiga!...

Pereira se había levantado y, acercándose a la puerta, anunció :

-Ahí viene gente... Estoy oyendo pasos de animal montado... Sin duda es algún pobre jorobado de salud. Lo que es enfermedades no faltan en el mundo. ¡ También hay tanta maldad que no podría ser de otra manera!

Después de breve pausa agregó en tono de sorpresa y gran disgusto:

-¡ Huy! ¡ Dios mío!... ¡ Nuestra Señora nos scaorra!... ¿ Saben quién viene llegando?... Es García; está con el mal hace más de dos años y no quiere creer en su desgracia... ¡ Pobre

⁶⁵ La receta de la leche de jaracacia para curar la hipohemía intertropical es verídica y nos causó gran sorpresa cuando se la oímos aconsejar a un médico del sertón. Nos pareció tan absurda y violenta que disuadimos a la Persona que, conforme a su resolución debía ponerla en práctica días después, sin embargo, un profesional de renombre, a

infeliz! Tal vez viene a comprar el desengaño... Me da mucha lástima esa gente... pero, de veras, no la quiero ver en mí casa... Vamos, señor doctor, despache a García aprisa. Con lázaros no se juega. ¡La Señora Santa Ana, nos libre de ellos! Ni mirar es bueno...

Y Pereira, volviéndose hacia adentro, pidió apresuradamente:

-No deje que el hombre se apee, doctor ; si no tendré el disgusto de tener que hacerle al pobre alguna ofensa. Por el amor de Dios, salga afuera... Vea qué quiere... y déle buenas tardes de parte nuestra... Oiga... está llamando... ¡Salga, doctor, salga!

En efecto, oíase una voz que preguntaba si estaba en casa el señor Pereira.

Este, viendo que Cirino no se apuraba a la medida de sus deseos, o temiendo que el recién llegado fuera a entrar en la sala, apareció sin demora en el umbral de la puerta, y con manifiesta sequedad respondió al saludo que con el sombrero y la palabra le dirigían.

quien contamos el caso, nos declaró que era de provechosa aplicación en esa *enfermedad*.-(N. del A.)

CAPITULO DECIMOSEPTIMO

EL ELEFANCIACO

El leproso -¿Interés? ¡Ah! ¡nunca
inspiré sino compasión!...

El militar -Cuán feliz fuera yo si
pudiera daros algún consuelo!...

XAVIER MAISTRE,
El leproso de Aosta.

No debo tener sociedad sino
conmigo mismo; ¡ningún amigo,
sino Dios!... Generoso
extranjero, adiós, sed feliz.
-Adiós para siempre.

IDEM.

La persona que acababa de llegar, aun cuando había descabalgado, no se adelantó al encuentro del dueño de casa. Por el contrario, pareció como que retrocediera, conservándose después inmóvil, arrimado a un burrito cuyas riendas retenía.

Desde su lugar le preguntó Pereira en tono no muy placentero:

-¿Y cómo va, señor García?

-¡Cómo he de ir! -contestó el interpelado.- Mal... o, mejor dicho, como siempre.

-Pues tenga la seguridad de que lo siento mucho.

-¿Está ahí el cirujano? -indagó, García.

-No tardará en venir a verlo aquí afuera... Espere un momento.

Palabras tan crueles no parecieron hacer mella en el desgraciado.

-Lo esperaré con toda paciencia -replicó melancólico.

-Ya sé que se vuelve hoy para casa -afirmó Pereira.

-Me vuelvo. Si la noche me toma en el camino, me quedaré en el campo de las Perdices.

-Es verdad ; allí hay una tapera. ¿Pero, el señor no les tiene miedo a las almas del otro mundo ?... Dicen que esa ramada vieja tiene mala fama.

-¿Yo? -exclamó el infeliz.- Sólo tengo miedo de mí mismo. Quisiera que un difunto viniera a bromearse un poco conmigo, y de agradecido le besaba los dedos roídos por los bichos. Vea, señor Pereira -continuó en voz un tanto alta y

angustiada;- no tomo a mal que el señor no me invite a entrar ahora... no; en su casa, yo habría de hacer lo mismo.

-¡Oh, señor García! -quiso protestar Pereira.

-Nada... se lo digo de corazón... En mi familia siempre les tuvimos horror a los lázaros... Yo soy el primero... El señor no se imagina... Viví muchos años medio desconfiado... A nadie le conté el caso... De repente, el mal reventó afuera. ¡Ya no era posible engañar, ni a un ciego!... ¡Ah, Dios mío!... ¡cuánto he sufrido!...

-Permita El -interrumpió Pereira en tono compasivo- que este doctor tenga algún remedio... Bien se ve... a veces...

-¿Curar la elefantiasis? - replicó García con sonrisa punzante de sarcasmo- No ha nacido todavía... el que piense en eso...

-¿Entonces, para qué quiere ver al médico?

-Sólo para una cosa... Para saber por los libros que él ha leído y por su conocimiento de las enfermedades, si esto se pega... Es lo único que quiero... Porque entonces huyo de mi casa... Desaparezco de esta tierra... y me voy arrastrando hasta caer en algún rincón por ahí... Unos dicen que se pega... otros que no... que es sólo de la sangre... Yo no sé...

E inclinando tristemente la cabeza, se apoyó en la tosca montura.

Después alzó los ojos al cielo y exclamó:

-¡Cúmplase todo cuanto Dios Nuestro Señor Jesucristo tenga determinado!... Si el médico me desengaña, no quiero que mi gente se quede toda... marcada.... Iré para Sao Paulo...

Pereira cortó este doloroso diálogo:

-Está bien, paisano García -dijo;- voy a mandarle ya al hombre.

Y metiéndose adentro reiteró el pedido a Cirino, que se había demorado recetando a Coelho unos brebajes de *velamen* y de *pies de perdiz*,⁶⁶

plantas muy abundantes en aquellos parajes, de grandes virtudes diuréticas y que debían ser empleadas un mes después de la aplicación de la leche de *jacaratiá*.

-Vaya, doctor -instó Pereira;- vaya allá afuera a ver al otro pobre y despáchemelo aprisa. Estoy todo hecho un infierno mientras lo veo en mí patio.

Cirino salió entonces y, caminando con lentitud, se detuvo a algunos pasos del desventurado García, cuyo rostro se contrajo repentinamente, en tanto qué se sacaba el sombrero con humildad y recelo.

Iba cayendo entonces la tarde, y la luz del crepúsculo irradiaba por todas partes, tan melancólica y suave que, sin saber por qué, el alma se le oprimió a Cirino de repente.

Con espanto lo miraba el lázaro. Delante de él se erguía el que le iba a señalar el camino de la proscripción eterna. De sus labios iba a caer la sentencia última, irremediable, fatal.

¡Oh! ¡cuánta angustia en la mirada de ese hombre! ¡Qué pensamientos siniestros! ¡Cuánto dolor! Y allí se estaba atónito, boquiabierto, a la espera de que la palabra de Cirino rompiera su horroroso pasmo.

-¿Y... -dijo éste después de breve pausa,- qué me quiere el señor?

⁶⁶ Variedades de crotón, arbustos de la familia del recino o tártago.

-Doctor -balbució García,- ante todo quiero... pagarle... He traído algún... dinero... pero, tal vez... sea... poco.

Cirino lo interrumpió:

-No quiero dinero para tratar... de su dolencia.

-Esto quiere decir -replicó con angustia García,- que ella no tiene cura... Yo bien lo sabía, ¡pero es tan duro oírse decir siempre eso!... Vea, mi mal es de poco tiempo... está en el principio. ¡Quién sabe... si el señor conoce alguna hierba!...

-Desgraciadamente -contestó Cirino,- ni yo, ni nadie, conoce esa planta...

-¡En fin!

Y García, cerrando los ojos como para concentrar sus fuerzas, continuó:

-¡Ah, doctor!... Yo soy un pobre hombre... viejo ya y cansado... ¿Por qué no me ha venido la muerte en lugar de esta pudrición que me está comiendo las carnes?... Mucho tiempo la sentí dentro de mí... Disimulé, disimulé hasta el día en que mi nieta... la hija de mi corazón... Jacinta... ella misma... mostró cierto temor de abrazarme... ¡Ah, señor!... ¡cuánto se sufre en esta vida!

Y García se detuvo sofocado, poniéndose muy pálido.

-Déme agua -exclamó;- agua... ¡por el amor de Dios!... Quizá sea este... mi último día... Mi garganta... está como fuego...

Y se asió a los arreos para no caer al suelo.

Cirino corrió a buscar agua.

-¿Dónde ha de ser? -preguntó Pereira.

-Donde quiera -contestó el otro de prisa;- vea que ese cristiano está sufriendo ...

-¡Ah! lleve el vaso de loza ... Después lo romperemos...

Con ansiedad agarró el lázaro el vaso, lo bebió de un trago y pareció mejorar.

-Fue un vértigo -dijo, recobrando poco a poco la calma.- Pero, como le iba contando, yo estaba seguro del mal. Ahora sólo quiero saber una cosa, y me voy en seguida. ¿Este mal... se pega, doctor?

-Se pega -afirmó Cirino con tristeza.

-¿ Y qué me queda que hacer?

-Pedir a la Señora Santa Ana paciencia, y a Nuestro Señor Jesucristo...

García bajaba abrumado la cabeza.

-... que lo proteja en su vida de desgracias.

-¡Dios mío! -balbució el elefantiaco a media voz;- dame fuerzas... valor para que haga lo que tengo que hacer?.

Y con súbita resolución:

-¡Cúmplase la voluntad del Altísimo! -exclamó al fin- Doctor, gracias. El pobre lázaro ha de pedir al Todopoderoso que le pague en este mundo o en el otro sus palabras de hombre de letras ... ¡Adiós! Yo me voy para las tierras de Sao Paulo ... tal vez me junte con gente de mi especie. ¡Adiós! ...

Y montando con trabajo a caballo, se volvió hacia las personas que habían venido a asistir de lejos a la consulta.

-¡Adiós! -dijo, haciendo señas con el sombrero,- amigos y paisanos. Señor Pereira, señor Coelho, los demás señores,

I N O C E N C I A

¡adiós! Yo me largo de una vez para el otro lado del Paranahyba... Este sertón no me verá ya nunca.

El silencio acogió estas palabras de eterna despedida.

García entonces, espoleando con el calcañar el vientre de su cabalgadura, tomó al paso el rumbo de la carretera, y desapareció en una de las revueltas del camino cuando la noche venía ya extendiendo su lúgubre manto.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

IDILIO

Romeo— . (*pónese Julieta a la ventana*).
Pero, ¿qué luz es la que asoma por allí?
¿El sol que sale ya por los balcones de Oriente? Sal, hermoso sol, y mata de envidia con tus rayos a la luna...

SHAKESPEARE, *Romeo y Julieta*.

Entretanto, desde hacia algún tiempo, sentíase Virginia agitada por un mal desconocido... En su frente no se posaba la serenidad, ni vagaba una sonrisa por sus labios... Piensa en la noche, en la soledad; y un fuego devorador la abrasa toda.

AINT-PIERRE, *Pablo y Virginia*.

Pasaron sin novedad días y días, unos tras otros. Cirino, diagnosticando y curando, 6, mejor dicho, recetando; Meyer, aumentando cada vez más su hermosa colección entoniológica, siempre bajo la inspección de Pereira, que trataba cautelosamente de mantenerlo dentro del sospechoso círculo de su vigilancia.

Confidente de todos los infundados y mal empleados recelos era Cirino.

-El alemán -le decía el minero- no me deja pisar en rama verde;⁶⁷

¡pero también lo tengo vigilado que es un gusto!... Si sospechase esto, tendría miedo hasta de su sombra... Estoy en brasas... No sé por qué no llega Manecón Doca... Quiero echar la carga al suelo... Ahora más que nunca debo casar a *Nocencia*... Estas mujeres le echan a uno sal en la mollera.⁶⁸
¡Salta! Y todavía esto no es nada

-¿Entonces espera muy pronto a Manecón? -preguntó el otro, palideciendo.

-No puede tardar... unos dos o tres días cuando mucho... Viene de Uberaba, y sin duda ha arreglado por allá todos los papeles... Di mi fe de casamiento... la de bautismo de la chica... y adelanté dinero para las dispensas... aunque él lo rechazase medio disgustado.

-¿Entonces, todo está resuelto ?-preguntó Cirino con vivacidad.

⁶⁷ Esto es, no me deja un momento de descanso.

⁶⁸ Esto es, lo sacan a uno de sus casillas.

-¡Vaya una duda!... Ya se lo tengo dicho más de una vez. Hoy es cosa de cal y canto... ¡Si hasta lo trato de hijo a Manecón!... para honra de esta casa y también de él.

-¿Pero su hija?...

-¿Qué tiene?

-¿Gusta de él?

-¡Ya lo creo!... Un hombrachón... buen mozo. Y aun cuando no le gustase, es mi voluntad y se acabó... para felicidad de ella. Y como buena hija que es, no tiene ni qué chistar... Estoy, sin embargo, segurísimo de que el novio le hace palpitar el corazón... ¡ojalá hubiera llegado ya el hombre!

Ya en este tiempo, como hemos dicho, Inocencia se había restablecido completamente, máxime cuando Cirino había hecho todo lo posible por vencer la enfermedad. Pero así que el rubor de la salud volvió al satinado cutis de la sertaneja, y el vigor a su esbelto cuerpo, no hubo ya pretexto a que asirse, y las entrevistas breves y graves del médico fueron cortadas, también para no desviar la atención de Pereira de la persona de Meyer.

Con el corazón, pues, partido de dolor, declaró Cirino que sus cuidados y presencia se hacían completamente innecesarios.

Transcurrieron entonces semanas enteras, sin que pudiese poner sus ansiosos ojos en la bella enamorada, y de tal modo se exacerbó su pasión que, para encubrirla y disimularla sin excitación nerviosa, su falta de apetito y su palidez extrema, no tuvo que recurrir a disculpas de enfermedad: cayó realmente enfermo.

La incertidumbre en que se vela, sin saber por lo menos si su afecto era o no correspondido, le causaba accesos de verdadera angustia, llegando en la calma de las horas de la noche a los límites de la exasperación.

Una noche de luna velada por ligera niebla, tomó su aflicción tal intensidad, que resolvió huir de aquel lugar de sufrimientos e incertidumbres, en seguida, a la mañana siguiente.

Una vez firme en esta resolución, se levantó del lecho en que yacía postrado por el más cruel desaliento, y con algún trabajo salió al patio, abriendo la puerta de la casa cautelosamente a fin de no despertar a sus compañeros de cuarto. Así que estuvo fuera se sentó en el tronco de un árbol, y allí, al aire fresco y acariciador de la madrugada, se puso a pensar con más tranquilidad en su caso.

Sería una hora después de media noche.

Parecía como si estuvieran los espacios iluminados por esa luz serena y fija que irradia de un globo despulido; luz floja, blanda, sin intermitencias ni brillo, sin centelleos, y difundida igualmente por toda la atmósfera.

Los gallos habían cantado ya una vez, y a lo lejos, muy lejos, se oía de vez en cuando el clamor de las *anbumas-pócas*.

Cirino se levantó de pronto.

Después de alguna vacilación dió la vuelta a la casa, saltando los cercos y tomó en dirección al frondoso naranjal, en cuya áspera sombra se ocultó por algún tiempo.

Aproximóse en seguida al cerco del fondo de la casa, y se detuvo en medio del patio, mirando con asombro hacia una ventana abierta.

¡Allí había un rostro!... Era el de ella... ¡Inocencia!... No había duda.

Al principio ésta no hizo ningún movimiento, pero después se fue retirando lentamente, y poco a poco cerró el postigo.

Cirino dio un solo salto, y, suavemente, muy suavemente, golpeó con precipitación el tablero de la ventana.

-¡Inocencia!... ¡Inocencia!...llamó con voz ahogada, pero ardiente y llena de súplica.

-¡Inocencia!...-imploró el mozo;- vea... abra ... tenga lástima de mí... Me muero por su causa ...

Al cabo de corto tiempo, que a Cirino le pareció un siglo, abrióse temerosamente la ventana, y apareció la niña toda asustada, sin saber por qué razón estaba allí, ni cómo explicar todo aquello.

Le parecía, un sueño.

Quiso, sin embargo, dar cualquier disculpa a la situación fingiéndose admirada, preguntó muy bajito y balbuciendo:

-¿ Qué viene... usted... a hacer aquí?... Yo... ya... estoy buena.

De la parte de afuera le cogió Cirino las manos.

-¡Oh! -exclamó con fuego;- el enfermo soy yo ahora... Soy yo el que voy a morir... porque usted me ha hechizado, y no encuentro remedio para mí mal.

-Yo, no -protestó Inocencia.

I N O C E N C I A

-Sí... usted, que es una mujer como no he visto nunca... Sus ojos me han quemado... Siento fuego dentro de mí... Ya no como... ni vivo... Lo único que quiero es verla... y amarla... Ya no sé lo que es sueño, y en esta semana me he puesto más viejo que lo que había de ponerme en muchos años ... Y todo, ¿por qué, Inocencia? Usted bien lo sabe...

-Yo no sé, no -contestó la pobrecita con ingenuidad.

-Porque yo la amo... la amo y sufro como un loco... como un condenado...

-¡Huy! -exclamó ella- ¿entonces el amor es sufrimiento ?

-El amor es sufrimiento cuando uno no sabe si su pasión es aceptada, cuando no se ve a la que se adora ; el amor es el Cielo cuando se está como estoy yo en este momento.

-Y cuando se está lejos -preguntó ella,- ¿qué es lo que se siente?

Se siente un dolor acá adentro que parece que uno se va a morir... Todo causa disgusto ; sólo se piensa en la persona que se quiere, a toda hora del día y de la noche, en el sueño, en la oración, cuando se reza a Nuestra Señora, siempre ella, ella, ella... el bien amado... y...

-¡Oh! -interrumpió la sertaneja con ingenuidad ;-entonces yo amo...

-¿Usted? -preguntó Ciríno ansiosamente.

-Si es como... usted dice.

-Es... es ... ¡yo se lo juro!...

-Entonces ... yo amo -confirmó Inocencia.

-¿Y a quién?... Diga... ¿ a quién?

Hubo una pausa, y con trabajo replicó ella, orillando la cuestión:

A quien me ama.

-¡ Ah! -exclamó el joven;- entonces es a mí... es a mí, con seguridad; porque nadie en este mundo, nadie... ¿oye?... es capaz de amarla como yo... Ni su padre... ni su madre, si viviera... Deje hablar a su corazón... Si quiere verme fuera de este mundo... diga que no soy yo, ¡diga!...

-¿Y cómo se moriría usted ?-preguntó ella con desconfianza.

-No falta palo en que ahorcarme, ni agua donde ahogarme.

-¡Dios nos libre! no hable de eso... Pero ¿por qué es que usted gusta tanto de mí? Usted no es pariente mío, ni primo, por lejano que sea, ni siquiera conocido... Yo lo he visto hace apenas poco tiempo... ¿y tanto le he gustado?

-¿Y con usted ... no sucede lo mismo? -preguntó Cirino.

-¿Conmigo?

-Sí, con usted ... ¿Por qué es que está despierta a estas horas ? ¿Por qué es que no puede dormir?... ¿que la cama le parece un brasero, como a mi también me parece?... ¿Por qué piensa en alguien en todos los momentos? Sin embargo, ese alguien no es primo suyo por lejano que sea, ni siquiera conocido

-Es cierto -confesó Inocencia con candor.

Después, quiso corregirse:

-¿Pero quién le ha dicho que vivo pensando en usted?

I N O C E N C I A

-¡Inocencial!...-imploró el mozo;- no quiera negarlo... yo veo que soy amado...

-¡Siempre amar! -observó ella más para sí misma que para quien la oía.- El año pasado y en ocasión de la fiesta de la Señora Santa Ana, vinieron aquí unas parientas mías, y se burlaron de mí porque no las entendía ; tan es así que una de ellas, la señora Tuca, me dijo:

-¿De veras usted no ha gustado todavía de ningún mozo?

Y yo le contesté:

-No entiendo lo que ustedes están diciendo.

-Eso era cierto, y tan cierto como que nuestro Dios está en el paraíso... Hoy...

-¿Y hoy?

-¿Hoy? -repitió la moza.- ¡Quién sabe si no hubiera sido mucho mejor no haber gustado nunca de nadie!

-Eso no depende de uno... Es orden de allá arriba...

-En fin, si fuera el destino, que se cumpla.

Conservábase Inocencia todavía un poco retirada de la ventana, de modo que Cirino, para hablarle en voz baja, tenía el cuerpo inclinado del lado de adentro. Retenía las manos de la enamorada y la atraía con dulce violencia cuando parecía querer alejarse.

El ardiente coloquio de los dos era cortado por frecuentes pausas, durante las cuales se embebían recíprocamente en sus miradas cargadas de pasión.

-Déjame ver bien tu rostro -le decía Cirino a Inocencia,-
Para mí es mucho más bello que la luna y tiene más brillo
que el sol.

Y, a pesar de alguna resistencia, débil pero consciente,
que se le opuso, consiguió que la joven se recostase en el al-
féizar de la ventana.

-Amar -observó ella, -debe ser una cosa muy mala.

-¿ Por qué ?

-Porque estoy aquí y siento tanto fuego en la cara... Acá
adentro oigo que me dicen que es un grave pecado el que
cometo...

-¡ Usted, tan pura! -contestó Cirino.

-Si alguien viniese ahora y nos viese, me moriría de ver-
güenza. Señor Cirino, déjeme... ¡váyase!... el señor me ha he-
cho algún sortilegio... aquella medicina suya tenía alguna
hierba para que yo la tomase... y me quedara...

-No -interrumpió el mancebo con firmeza;- ¡ se lo juro!
¡Por el alma de mi madre... el remedio no tenía nada!

-¿Entonces por qué me he quedado... así, que ya no me
conozco?... Si papá se presentase ahora... ¿no tendría derecho
a matarme?...

La voz se le fue haciendo cada vez más baja, y se sumió
en un mar de lágrimas.

Púsose Cirino de rodillas ante ella.

-Inocencia -exclamó;- por la salva alma, yo le juro que
nada malo he hecho para ganar su corazón... Si usted me ama
es porque Dios lo ha mandado así... Soy un muchacho de
buenas costumbres... Hasta hoy nunca había amado a ningu-

na mujer... pero no sé cómo se puede dejar de amar a una niña como usted... Perdóneme, si usted sufre... yo también padezco mucho... Perdóneme...

El mancebo había alzado un poco la voz.

De pronto, Inocencia se estremeció.

-¿No ha oído un ruido? -preguntó con terror.

-No -contestó Cirino.

-Alguien se ha despertado aquí adentro.

-Pues... entonces vaya a ver lo que es... y sino fuese nada, vuelva... Aquí la espero, escondido en la sombra de la pared...

Mínutos después reapareció la moza.

-No he visto nada -dijo.

-Entonces ha sido una ilusión.

-Es mejor que el señor se vaya.

-No, Inocencia; tenga lástima de mí... Yo no podré verla tan pronto y... necesito conversar... precisamente para arreglar nuestra vida. Manecón no tardará...

-¡Ah! -exclamó la joven con sobresalto,- ¿entonces usted sabe?...

-Sí; y desgraciadamente, dentro de poco él estará golpeando aquí...

-Bien decía yo que el señor me habría de perder... Antes de haberlo visto... casarme con ese hombre hasta me gustaba. Era una novedad... porque él me dijo que me llevaría a la villa. Pero ahora esta idea me da horror. ¿ Por qué se ha metido usted conmigo?... Soy una pobre muchacha, que no ha tenido madre desde chiquilla... ¿ No hay tantas mozas en las ciudades... en los poblados?... ¿Por qué ha venido a agitar un

corazón que estaba quieto?... ¿Para qué ha venido a quitarle el sueño, las ganas de vivir, a quien era... tan alegre... que hasta hoy no había pensado en maldad es... y que nunca le hizo daño a nadie?...

-¿Y yo?-replicó con energía Cirino,- ¿piensa usted que soy feliz? Vea bien una cosa, Inocencia. Le digo esto delante de Dios: o me caso con usted...o doy fin a la vida... Lo que lo ha arreglado todo, así... ha sido mi mala suerte... Si yo hubiese pasado antes que ese hombre, a quien odio, a quien quisiera matar... nada impediría que yo fuese hoy el ser más feliz del mundo... ¡Más feliz aquí, en este sertón, que el Emperador en sus palacios, allá en la corte de Río de Janeiro!... Ya se lo he dicho... no he tenido la culpa...

-No hay nada que nos pueda salvar -interrumpió la moza.

-¿Nada?... Tal vez...

Sonó en este momento, y repentinamente, del lado del naranjal, un silbido prolongado, agudísimo, y una piedra lanzada por mano misteriosa y con mucha fuerza silbó en el aire, viniendo a dar contra la pared con sordo golpe y rasando la cabeza de Cirino.

Dio Inocencia un grito ahogado de terror y cerró rápidamente la ventana, al paso que el mancebo, deslizándose con celeridad por la sombra, corría resueltamente hacia el sitio de donde creía que había partido la piedra.

No vio a nadie.

Por todas partes, el ruido misterioso y peculiar de una tranquila noche de verano.

I N O C E N C I A

Recorrió en todos sentido el huerto, y sólo oía el rumor de sus pasos.

Al fin, cansado ya, dejó el lugar y se dirigió cautelosamente al patio del frente de la casa.

Cuando llegó allí se detuvo atónito.

El mismo silbido prolongado y finísimo, esta vez quizá más estridente, había herido sus oídos.

CAPITULO DECIMONOVENO

CÁLCULOS Y ESPERANZAS

A pesar, sin embargo, de su juventud, a pesar de la violencia del amor que la ligaba a Julián, ella sabía contener los Impulsos de su corazón y desconfiar de sí misma.

WALTER SCOTT, *Peeveril del Pico*.

Lisa-Con tal que tengas bastante resolución...

Lucinda -¿Qué quieres que haga contra la autoridad de un padre? ¿Y si fuera inexorable a mis pedidos?...

MOLIÉRE, *El amor médico*.

Durante los días de su estadía en las tierras de Pereira, que no tenían límites ni vecinos en muchas leguas a la redonda, Meyer aumentó su interesante colección con una variedad extraordinaria de bichitos, sobre todo de mariposas.

Tal era la alegría de que estaba poseído por tan fausto motivo, que a cada momento la manifestaba en un tono de franqueza capaz de convencer por sí solo al más incrédulo de los hombres en cuestión de sinceridad.

-Señor Pereira -decía el naturalista;- le garantizo que en ninguna parte del Brasil he estado tan bien como en su casa.

-Ya te entiendo, bribón -gruñía el minero.

-De veras... Lo único que siento es que su hija no se nos haya presentado más... Lo siento mucho, en verdad...

Sonrióse Pereira con una risa forzada, y replicó, apretando los puños de rabia:

-*Mosíú* sabe... éstas son costumbres de aquí de la tierra. Las mujeres no han sido hechas para...

-¿Para qué? -preguntó Meyer con pausa.

-Para cotorrear con cualquier...

-¿Qué es cotorrear?

-Es conversar, darle a la lengua -explicó Cirino.

-Muchas gracias, doctor -replicó Meyer, agradeciendo esta indicación filológica que fue a enriquecer inmediatamente su cuaderno de notas.

-Cotorrear es conversar... ¡muy bien!... Pues es lástima, señor Pereira, porque su hija es una hermosa niña.

-En esta trampa no caigo yo, señor intrigante... Toda la vida he de andar con la vista en ti -murmuraba el minero.

-Es una lástima -confirmó Meyer dos o tres veces;- es una lástima...

Por cierto no era éste el lenguaje más apropiado para desvanecer las prevenciones y celos de Pereira; al revés, cada vez más recrudecía su vigilancia sobre Meyer, lo que proporcionaba al verdadero culpable la libertad de que carecía para volver a ver el mal cuidado tesoro.

Sin embargo, no fue sin trabajo como tuvo lugar la nueva conferencia amorosa.

La pobre niña había quedado tan impresionada con el final de la primera entrevista, que por algunos días apenas había salido de su cuarto.

Que Cirino le escribiera era del todo inútil, por cuanto ella nunca había aprendido a leer; y además, ¿cuál era el medio de hacer llegar a sus manos cualquier papel o recado?

Sobran, por lo tanto, razones para que Cirino se fastidiase de impaciencia, y desesperase casi de la suerte.

Se pasaba las noches en claro, metido en el naranjal y buscando una solución a tanta dificultad; lo confundían todavía esos dos silbidos que no podía explicar, y sobre todo esa pedrada tan bien dirigida, que por poco casi lo tendía en tierra.

En una de estas noches de ansiedad vio al fin que volvía a abrirse la ventana de Inocencia.

La pobre criatura, abrasada también de amor, quería respirar el aire de la noche y beber en la brisa del sertón un poco

de tranquilidad para su alma no acostumbrada al tumulto de sentimientos que la agitaban y... ¡quién sabe!... asegurarse de si andaba o no rondando por ahí aquel que había inoculado en su pecho tan gran desasosiego, ímpetus tan desconocidos y violentos, superiores a todas sus tentativas de resistencia.

Cirino, rápido como una flecha, rápido como aquella pedrada lanzada tan vigorosamente, se halló al pie de la ventana y cubrió de besos las manos de su amada.

-¿El grito? -balbució ésta- Dos gritos... y la pedrada... ¿Qué fue?

-¡Ah! no fue nada -contestó apresuradamente Cirino: - fui a ver en el naranjal... era un *macauán*.⁶⁹ Lo que pareció pedrada fue un chotacabras que enderezó hacia mi y vino a dar de cabeza contra la pared.

-¿De veras? -preguntó ella, incrédula.

-De veras. Al principio, yo también tuve un gran susto. Después vi que todo no pasaba de un engaño. De noche uno ve en todo maravillas... Para mi lo único que veía entonces era usted, mi vida, mi ángel del Cielo...

Con este madrigal entabló Cirino una conversación como la de la primera noche, como la que balbucean dos candidas almas en la eterna y siempre nueva declaración de amor, desde que Adán y Eva se la hicieron a la sombra de los maravillosos árboles del Edén.

Mostróse el mozo receloso de la rivalidad de Meyer. Riése ella y se burló con ingenio y bondad de la figura del ex-

⁶⁹ Especie de gavilán.

tranjero. Con toda confianza llegó a idear planes de risueño porvenir.

-Ahora que sé lo que es amar, le diré a mi padre que ya no quiero a Manecón...

-¿Y si él insiste?

-Lloraré... Lloraré mucho...

-Las lágrimas muchas veces no sirven para nada.

-Pero tengo aquí, conmigo, otro recurso...

-¿Cuál es? -preguntó Cirino.

-¡Morir!...

-¡No!... Hay otros... yo lo diré...

Tomó Inocencia una expresión grave y medio ofendida.

-Oiga, Cirino -dijo;- en estos días he aprendido muchas cosas. Vivía en este mundo y no conocía sus males. La pasión que siento por usted ha sido como una luz, que ha brillado aquí, dentro de mí. Ahora empiezo a ver mejor... Nadie me ha dicho nada; pero parece como si el alma se me hubiese despertado para hacerme saber lo que es bueno y lo que es malo... Sé que debo tenerle miedo a usted, porque puede echarme a perder... No me hago idea de cómo, pero mi honra y la de toda mi familia están en sus manos...

-¡Inocencial!...-quiso interrumpir Cirino.

-Déjeme hablar; déjeme contarle lo que me llena el pecho... Así me quedaré tranquila... Soy hija de los sertones; nunca he leído libros, ni he tenido quien me enseñe ninguna cosa... Si le ofendo, discúlpeme; será sin querer... Me acuerdo de que, hace ya una temporada, pararon aquí unas mujeres con unos hombres, y le pregunté a papá por qué no las man-

daba venir acá adentro como se acostumbra con las familias...

El padre me contestó:

-No, *Nocencia*; son mujeres perdidas, de vida alegre.

Me quedé muy asombrada.

-Pero, entonces, mejor; si son alegres me divertiré.

-Esta es gente perdida, sin vergüenza -me replicó.

Sentí tanta pena por ellas como usted no se imagina. Después fui a espiar... ¡Huy!... ¡decían cada palabra!... ¡Cómo se insultaban!... ¡Bebían caña... se caían aturcidas al suelo... *pitaban* y cantaban en voz muy alta, con unos modos muy feos que me hicieron poner colorada por ellas! ¡Y son los hombres los que las hacen quedar así a las pobrecitas!... Más bien morirse... Paréceme que Nuestra Señora ha de tener lástima de las que aman... pero que desampara con seguridad a las que yerran... Si no hubiera más remedio, tenemos que acordarnos de que las almas, cuando se acaba todo en este mundo, andan por los cielos llenos de estrellas, paseándose como en un jardín... Si yo me muriese y usted también, mi alma se pondría a correr por los aires buscando la de usted, buscando, buscando, y entonces los dos juntitos iríamos viajando, ora por aquí, ora por allá, a veces por el Caminito de Santiago, ⁷⁰a veces bajando a este sertón para ver dónde fue que echaron nuestros dos cuerpos... ¿No sería lindo esto?

Envuelta en su pureza como en un manto de bronce, entregábase Inocencia con exaltación y sin reservas a la fuerza de la pasión que sentía. Y esta naturaleza púdica y delicada dominaba a Cirino, hasta el punto de que lo sobrecogía una

⁷⁰ Esto es, la vía láctea.

invencible timidez ante la débil doncella que de los misterios de la existencia sólo sabía que amaba.

Por esto, al inflamado mancebo no se le ocurría la idea de saltar por aquella ventana, y menos aún, de realizar cualquier acción irrespetuosa. Se pasaba el tiempo besando las manos de la enamorada, charlando de amor, haciendo protestas, juramentos, y forjando ilusiones sobre el porvenir.

-Mañana -decía Cirino,- he de tantear con cuidado a su padre... hablándole de su casamiento... Después... daré vuelta la conversación hacia mí...

-Papá -observó la niña,- es muy bueno... Pero ¡le tengo miedo! ¡Tiene un genio, Dios mío!...

-Por mi parte... seré claro y explícito... Lo que quiero es que usted me sea constante.

Pero el sentimiento de temor que sobresaltaba a Inocencia, era compartido también por Cirino. Por esto, llegado el día, no se atrevía a tocar la cuestión, por mis que las continuas quejas de Pereira contra Meyer le dieran oportunidades más o menos favorables para entablarla desembarazadamente. Con gusto iba aplazando el momento decisivo, y esperaba perplejo cualquier incidente que sirviese mejor a sus planes.

Entretanto, a pesar de que se acumulaban los días sin que trajesen modificación alguna a este estado de cosas, una dulce esperanza descansaba en lo hondo de su corazón, consintiéndole planes de venturoso porvenir y un feliz desenlace a las dudas y sufrimientos en que vivía.

CAPITULO VIGESIMO

NUEVAS HISTORIAS DE MEYER

Dijo Sancho: Y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por virote porque les hago saber que el diablo esta en Cantillana, y que si me dan ocasión han de ver maravillas: no si no haceos miel, y comeros han moscas.

CERVANTES, *Don Quijote.*

En una ocasión, de vuelta del trabajo diario, la habitual irritación de Pereira contra Meyer alcanzó gran intensidad.. Había entrado cabizbajo, taciturno, e hizo señas a Cirino de que necesitaba hablarle a solas. De ahí a poco, saliendo ambos, se fueron caminando silenciosos por el camino, hasta un arroyo que estaba a medio cuarto de legua de la casa.

-¿Qué tendrá este hombre hoy? -decía Cirino entre sí.- Tal vez va llegando el momento de tratar el asunto.

Volvióse de pronto Pereira y, con la voz alterada, prorrumpió en exclamaciones:

-¿Sabe, doctor, que ya no puedo aguantar a este alemán?... ¡Es un brujo, una *çuçuarana* salida del infierno para causar mi perdición!... ¡Mi hermano... hermano mío! ¡qué regalo me ha hecho usted!

-¿Pero qué ha habido? -preguntó Cirino.

-Vea... si no fuese aquella carta y la palabra que le di al maldito... ¡mil rayos lo partan víbora del demonio!.. ¡potro ruano!... ya un buen balazo le habría atravesado los tuétanos...

-¿Qué novedades hay entonces, señor Pereira? -volvió a preguntar Cirino.

-He venido precisamente hasta acá para sacarme este peso del corazón...

-Pero...

-¿Sabe el señor que ese *mosiú* es peor que un tigre negro?... Parece un hombre despreocupado, incapaz de matar una pulga, ¿no es eso?... ¡Pues es una alma condenada!... ¡un seductor!...

-¿Siempre sus desconfianzas? -observó Cirino.

-Desconfianzas, no; ahora certeza. ¿Pues qué quiere decir que el hombre, todo el santo día ... no haga más que estar acordándose de la chica ... tratando de sacarla a conversación?...

-«¿Cómo está su hija? -me pregunta siempre.

-Está buena, de una vez por todas.

Y él ¡toda la vida insistiendo!... Esto me hace hervir la sangre, pero le voy contestando con buen modo... Hoy, el muy enamorado se salió de la vaina y me dijo como quien bebe un vaso de agua:

-¿ Su hija se va a casar?

-Sí -le contesté todo hociucudo.

-¿Y con quién?

Tuve ganas de decirle. «Eso no le importa, so chismoso, so belitre,» y darle una testarada ; pero como es mi huésped, le contesté enfurruñado:

-Con un hombre del sertón, que ha de afilar su cuchillo en la piel de la barriga del indecente que venga a meterse con su mujer.

El alemán no se dio por entendido, y con toda desvergüenza replicó:

-Pues el señor hace mal. Su hija es delicada y debería casarse con alguien de la ciudad.

Entonces perdí la paciencia:

-*Mosíú* -le dije;- cada uno manda en su casa como le parece; yo en la mía no quiero entremetidos.

El, cuando me vio ciego de rabia, me pidió mil disculpas, me contó muchas historias, esto, aquello, lo de más allá, etcétera, etcétera, que era para bien de mi hija, y no sé qué más, en una lengua que entendí poco ... »

-No ha hecho bien -interrumpió Cirino.

-¡Ya lo creo! ¡Esa es una alma condenada... buena para las calderas de Pedro Botero! ¡un judío! ... en fin, ¡un cazador

de *insetos!* y está dicho todo ... Pero todavía no le he contado lo mejor.. Parece que hoy estaba precisamente con el diablo en el cuerpo... Se metió en el monte, cerca de mi granja, donde estaba trabajando yo con mis *cantivos*, y allí hacía un barullo quebrando ramas y rompiendo el bejucal, como si fuese una anta. De repente oí una gritería, muy grande. Era el tal Meyer, con su sirviente José Pinho, que berreaban como dos *minhocoes*.⁷¹ Corrí a ver qué era, y los hallé muy alegres mirando una mariposa grande, clavada ya en un pedazo de pita.

-«¿Y qué es esto? -pregunté.

El alemán se puso a brincar como un cabrito.

-¡Es nuevo! -me dijo;- ¡es nuevo!

-¿Es nuevo qué, *mosiú?*

-Este bicho... ¡nadie lo ha descubierto antes que yo! ¡Es cosa mía!... ¿Ha entendido?... ¡y voy a ponerle el nombre de su hija!...

Cuando oí esto me quedé tan pasmado, que no pude tragarme la saliva... ¡Vean eso! ¡el nombre de *Nocencia* a un bicharraco... Si parece burla... Ahora quiero que me diga el doctor lo que tengo »que hacer... Vengo a desahogarme por lo menos... No puedo mandarle una bala a ese pícaro, como bien lo merecía... pero también es demasiado tenerlo en la casa... ¡Es demasiado!... Le pido un consejo... Felizmente, lo tengo siempre retirado de la casa, y la chica nada sospecha ; de otro modo, como mujer que es, habría de darme qué hacer... También no sé por qué es que Manecón no llega ... él es

⁷¹ Animales fantásticos del sertón que, según la creencia popular, dan gritos muy fuertes. Aseguran algunos que son monstruosas boas.

el único que me libraría de estos apuros ... Una vez que el tal alemán viese a la muchacha con su novio, la dejarla tranquila... ¿No le parece? Vea, palabra de honor, esto así no es vivir. He nacido para decir lo que pienso, para tratar »bien a todos... pero estos modos que tengo ahora, ¡Dios sabe lo que me cuestan!... Hasta mis intereses sufren, porque muchas veces dejo la granja y me pongo a correr detrás de los bichitos, para »no perder de vista a este pájaro de cuenta, en vez de estar vigilando el trabajo de los negros... Mi capataz es un diablo ruin y ya viejo... ¡Ah, hermano mío!... ¡qué carga me ha puesto usted sobre las costillas!... Yo que no he nacido para esconder lo que siento acá adentro ... »

Y Pereira, que tan atribulado traía el espíritu, se dejó caer sobre un montículo de tierra.

Cirino, frente a él, se había quedado de pie y pensativo.

Al fin, después de breve vacilación, se decidió aprobar fortuna y a entablar la grave cuestión que le importaba la felicidad.

-Señor Pereira -dijo, bastante conmovido;- me parece que el alemán hace mal en andar meneando la lengua sobre una persona de su familia, y doy la razón a sus inquietudes...

-¡Ah! su merced es un hombre de confianza.

-Pero -continuó el mozo con trabajo y deteniéndose en cada palabra,- pienso que en un punto él tiene cierta razón... Es cuando... le dio... el consejo... de que el señor no casase a su hija... así... sin preguntarle a ella... si... en fin, no sé... pero tal vez Manecón no le agrade...

Levantóse Pereira de un salto, y acercando la cara, repentinamente encendida en cólera, junto al rostro de Cirino, exclamó con voz de trueno:

-¿Cómo? ... ¿Yo... consultar a mi hija?... ¿ Pedirle licencia ... para casarla ?... ¿ El señor está loco ?... ¿ o se está burlando de mí?... ¡Ah!... si también...

Y un vago relámpago de desconfianza iluminó su ardiente pupila.

Comprendió en seguida Cirino la delicada situación, y sin demora trató de deshacer la mala impresión que había causado.

-¡Ah! -dijo con risa fingida,- es verdad... Esas son costumbres de la ciudad... aquí, en el sertón, hay otro modo de pensar... Discúlpeme, señor Pereira... este Meyer es el que me está embrollando todas las ideas. Pues me parece... ya que me pide mi opinión, que el señor debe continuar con los ojos fijos en el extranjero... y yo lo ayudaré, en cuanto esté en mis fuerzas.

Poco a poco fue entrando en si el minero.

-También ahora -dijo después de ligera pausa,- no ha de ser por mucho tiempo... Hace más de un mes que está parando aquí, y ya me... contó que pronto seguiría viaje para Camapoán ... Al fin se ha desengañado... No llegará hasta allá... pero es lo mismo. Un día de éstos se lleva por ahí un tiro que le mete un poco de juicio en la cabeza, o una cuchillada que le pone las tripas de muestra... No siempre ha de tener cartas de hermanos para salir bien del pantano... ¡Que el diablo se

I N O C E N C I A

lo lleve lejos!... Volvamos, señor Cirino. Demasiado hemos dejado ya solo al bicharrón ese...

Y se encaminó hacia la casa, acompañado de Cirino. Iba éste desalentado; en realidad, bien de raíz quedaban cortadas las esperanzas que lo habían animado en su tentativa de oposición al proyectado casamiento de su amada con el terrible y fatal Manecón.

Todavía a mitad del camino se volvió Pereira y le dijo perentoriamente:

-De veras, señor Cirino, que aquellas palabras tuyas me hicieron hervir toda la sangre... Todavía la siento galopar en las venas...

CAPITULO VIGESIMO PRIMERO

PAPILIO INNOCENTIA

Considerad el arte de la composición de las alas de la mariposa: la regularidad de las escamas, que las cubren como si fuesen plumas; la variedad de los colores cambiantes; la trompa enrollada con que chupa el alimento en el seno de las flores; las antenas, órganos delicados del tacto, que le coronan la cabeza cercada por una red admirable de más de mil doscientos ojos.

B. DE SAINT-PIERRE.
Armonías de la naturaleza.

Meyer, que estaba sentado en el umbral de la puerta, con sus largas piernas recogidas, se levantó precipitadamente al avistar a Cirino y corrió a su encuentro.

Tenía el corazón en el rostro, un corazón lleno de alegría y de triunfo.

-¡Oh, señor doctor! -exclamó;- ¡venga, venga a ver una preciosidad... un descubrimiento... una especie nueva... no hay en ninguna parte!... ¿oye?... Una cosa así vale un trono... ¡Y he sido yo el que la ha descubierto!... ¡Ni siquiera Juca me ayudó... pues estaba echado y durmiendo... ¿no es cierto, señor Pereira ?

-Vea -murmuraba el minero,- qué barullo hace con el tal *inseto*... ¡Si fuese siquiera un animal grande!...

Meyer se estremecía de orgullo.

-¡Es una especie... nueva... completamente nueva! Pero ya tiene nombre... La bauticé en seguida... Se la voy a mostrar... Espere un instante...

Y entrando en la sala, volvió sin demora con una cajita cuadrada de hojalata, que sostenía en sus manos con toda reverencia y cuya tapa abrió cuidadosamente.

De su misma garganta salió un grito de admiración, que Cirino secundó, si bien con menos entusiasmo.

Clavada en una ancha tabla de pita se veía una hermosa y grande mariposa, con las alas medio abiertas, como pronta para emprender el vuelo.

Eran estas alas de maravilloso colorido, las superiores, del blanco más puro y reluciente; las de abajo, de un azul metálico, de vivísimo brillo.

Se hubiera dicho que era la primorosa combinación de los dos lepidópteros más bellos de los bosques vírgenes de Río de Janeiro: Laertes y Adonis; éstos, azules como cerúleo pedacito de cielo; aquéllos, albugíneos como pétalos de magnolia.

Era sin disputa un lindísimo espécimen, un verdadero capricho de la espléndida naturaleza de aquellos páramos. También Meyer no cabía en sí de gozo.

-Este insecto -decía como si lo oyesen dos profesionales en la materia,- pertenece a la falange de las heliconias. La denominé en seguida *Papilio Innocentia*, en honor a la hija del señor Pereira, de quien he recibido tan buen tratamiento. Tributo el mayor respeto al gran sabio Linneo -y Meyer se llevó la mano al sombrero,- pero su clasificación está ya un poco vieja. La clase es, pues, *Diurna*; la falange, *Heliconia*; el género, *Papilio*; y la especie, *Innocentia*; especie mía, y cuya gloria nadie me puede quitar ya... Desde aquí voy a escribir hoy mismo al secretario perpetuo de la Sociedad Entomológica de Magdeburgo, participándole este hecho tan importante para mí y para la sabia Alemania.

Decía Meyer todo esto con legítima ufanía y con lentitud dogmática.

Después, con más volubilidad y a pesar de tropezar repetidas veces con las palabras, lo que, para comodidad de los lectores, hemos dejado casi siempre de indicar, continuó:

-Observen, señores míos, este lepidóptero con los prolijos ojos de la ciencia. Tiene cuatro pies caminantes; las antenas, de terminación alargada y oval, y cavada en forma de

cuchara; los tentáculos más grandes que la cabeza, y escamosos ; la trompa completamente blanca y el labio casi nulo. No he perdido ni siquiera un poco del polvo, porque el polvo, un solo grano de polvo, vale tanto como una pluma de pájaro, y la comparación es perfecta, visto que cada una de estas escamas, a semejanza de las plumas, está atravesada por una tráquea por donde circula el aire. ¡Oh, qué hallazgo! -prosiguió;- ¡qué triunfo para mí! La Sociedad Entomológica de Magdeburgo ha de estar muy orgullosa... Sin duda alguna harán una sesión solemne, extraordinaria ... *¡Mein Gott!*... ¡Estoy que no puedo, de alegría! ... También dentro de dos o tres días me voy de esta casa...

-¿De veras? -interrumpió Pereira.

-Sí, señor. Con este descubrimiento quedo satisfecho. Mi itinerario es para Camapoán; después me voy a Miranda, y tal vez a Nioac... Subiré hasta el Coxim; y allí o me embarco para Cuyabá en el río Taquary, o sigo por tierra por el Pequiry.

-¿Y el señor se vuelve a su patria?

-¡Ya lo creo!... Dentro de un año y medio pienso presentar mi colección toda arreglada a la Sociedad Entomológica...

-Hombre - observó Pereira con una intención que su huésped no podía ni de lejos percibir; -yo quisiera estar ya en ese día. De aquí a año y medio ¡cuántas vueltas habrá dado el mundo!...

-Habrá recorrido -contestó Meyer gravemente,- dieciocho signos de zodíaco.

-Pues bien, quisiera ver eso... Ya me tarda ese día.

-Cuando llegue continuó el alemán con sinceridad y un tanto conmovido, -me he de acordar con gratitud del trato que he recibido... en los sertones del Imperio... y he de decir... bien alto... que los brasileños... son felices... porque son morigerados y tienen buena índole...

-Agregue -interrumpió Pereira con alguna acritud,- que celan con el mayor cuidado la honra de sus hijas.

Obedeció Meyer dócilmente, y repitió palabra por palabra:

-Y celan con el mayor cuidado la honra de sus hijas.

-Muy bien -replicó el minero;- diga eso, y el señor habrá dicho una verdad.

CAPITULO VIGESIMO SEGUNDO

MEYER PARTE

**Adiós, pues, amigos; ¡adiós hermosa
Compañía! A los lares distantes cada
uno de nosotros por caminos distin-
tos,
ah de llegar un día.**

CATULO, *Epígrama VLVI.*

No se habían interrumpido las visitas a Cirino hechas por enfermos de muchas leguas en contorno. Tan frecuentes y obstinados eran los casos de fiebres, que la cantidad de sulfato de quinina que habla traído en sus canastas estaba completamente agotada, por lo que se habla visto obligado a sustituirla, sin tanta confianza, sin embargo, por plantas verdes del campo o hierbas secas que le habían suministrado

unos bolivianos a quienes había encontrado en Minas, venidos de Santa Cruz de la Sierra a peregrinar por el interior del Brasil y a medicinar enfermos, sin Chernoviz en ristre, y sin aquellos vestigios de conocimientos terapéuticos que ostentaba nuestro doctor.

Entre los enfermos que lo venían a buscar diariamente, algunos denunciaban enfermedades cuyas calificaciones eran complicadas y estrambóticas ; por ejemplo, se declaraban atacados de *mal de abogo*, *paletilla caída*, *mal de atascado*, *tos perruna*, *heridas bravas*, etc.

El que se quejaba de *mal de atascado* era el capataz de una estancia llamada del Vao, distante de la casa de Pereira unas buenas cincuenta leguas.

-Señor doctor -le dijo el enfermo;- mi vida es un continuo lidiar con sufrimientos. Estoy con este mal hará cinco años para San Juan, que por más señas me vino con un gran dolor en la boca del estómago. Hace tiempo que no puedo tragar nada, sin beber en seguida muchos tragos de agua, de manera que me *encharco* completamente y me quedo casi sin poder moverme de un lado a otro.

-¿Y el dolor -preguntó Cirino,- lo siente todavía?

-¡Toda la vida!...-le contestó el capataz.- Lo que más me aflige es que hay comidas que no me pasan por el gaznate... Es una repugnancia de mis pecados... Echo unos bocados en el *buche* y me parece que tengo adentro una bola que no hace más que subir y bajar por la garganta...

Recetó el médico una dosis de *hierba de marinero* como emético, y dictó algunas prescripciones más, que el enfermo oyó con la mayor religiosidad.

En el estado de perturbación moral en que se hallaba el joven facultativo, natural era que allá fuesen unas cosas por las otras ; pero la importante, sin embargo, era la fe que sus indicaciones infundían, la fe, esta palanca poderosa de la medicina, este contingente precioso que el espíritu suministra a los ingentes esfuerzos de la Naturaleza en su constante lucha contra los principios mórbidos.

El enfermo de *paletilla caída* acusaba un peso muy fuerte y pertinaz en el estómago y la imposibilidad de alzar las manos juntas a una misma altura.

Prescribióle Cirino hierbas amargas del campo, genciana y quina, y le ordenó ciertas precauciones preconizadas por la voz pública, pero con algún fondo de razón; verbigracia: tragar siempre la saliva, y, sobre todo, dejar de fumar después de comer.

El infeliz mozo, al paso que trataba de curar a los otros, más que nadie necesitaba quien le atendiese, por lo menos el alma.

Veía, no solamente a Meyer haciendo sus preparativos de marcha, y en víspera de dejarlo solo con Pereira, por lo que éste podría descubrir al fin el engaño en que había vivido, sino también su clínica casi agotada, que le aconsejaba la conveniencia de trasladarse a otro punto y continuar el viaje proyectado.

Todo esto, y, además, el amor que acrecía, que le quitaba todo soliego, que lo enflaquecía, que lo consumía a fuego lento...

Meyer, en realidad, desde el hallazgo de su magnífica mariposa no pensaba sino en marcharse.

-¡Oh! -decía,- ¡quisiera estar ya en Magdeburgo!... ¡Cuántas leguas, *mein Gott... Papilio Innocentia!*... ¡mi gloria!... ¿Qué dice, señor Cirino ?

-Es verdad... Pero quién sabe si el señor no debería quedarse más tiempo aquí... Tal vez hallase otra mariposa nueva...

-¡No, es imposible!... Sería demasiada felicidad... Además de eso, el dinero no me alcanzaría.

-¡Oh! puedo prestarle...

-Muchas gracias... pero es de todo punto imposible mi permanencia aquí.. Vea el señor ; tengo todavía que ir a Camapoán, a Miranda, a Cuyabá, para volver después... Y sólo me restan pocos meses... La Sociedad Entomológica de Magdeburgo cuenta conmigo para la primavera del año que viene...

Una vez metida esta idea en la cabeza, Meyer no dejó ya de hablar de su partida un solo instante; y para que la ejecución correspondiese a lo prometido, a la tarde siguiente ordenó a José Pinho, el sirviente, que colocara los bultos sobre el lomo del burro, después que él mismo los hubo arreglado y revisado con la mayor precaución.

El carioca creyó en este momento que debía labrar una protesta:

-*Mosíú* -dijo,- va a volver a empezar su manera de andar por estos caminos de noche... Al fin todos hemos de ir a caer en alguna cueva, yo, el señor, el burro, la carga y los bichos, y no llegaremos, ni yo a Río de Janeiro, ni el señor a su tierra. En fin, ya esto cansado de aconsejar.

En el momento de la partida presentaba el naturalista el mismo aspecto de la célebre noche de su llegada ; eran las mismas frasqueras en bandolera, la misma expresión tranquila y bonachona con que había venido, fuera de horas, a pedir posada en casa de Pereira.

Este, al ver a su huésped a caballo y pronto para dejar para siempre su morada, se sintió transportado de alegría, una alegría mezclada, sin saber por qué, y con admiración repentina e íntima, de cierta emoción. En el fondo, en conciencia, había hallado mal empleadas las desconfianzas, y se dejaba llevar por la simpatía que infundía a todos el carácter naturalmente inofensivo y suave del sajón.

-Ha llegado -declaró Meyer, - la hora de mi despedida.

Y, sacudiendo con fuerza la mano y el brazo del minero, dijo:

-Señor Pereira, amigo mío, ¡adiós!... nunca más nos hemos de ver... pero me acordaré del señor toda la vida... Cuando esté en mi patria, a miles y miles de leguas de aquí... recordaré con el pensamiento los días felices... que aquí he pasado.

-¡ Oh, señor Meyer! -balbució Pereira.

-Sí, felices -continuó Meyer con mucha lentitud;- felices porque corrieron... sin que yo notase que el tiempo pasaba...

De todo el Brasil queda en mí el recuerdo... pero de esta casa suya... este recuerdo es más vivo y más fuerte.

El alemán había acompañado su pensamiento con el ademán, accionando con el puño cerrado para mostrar el efecto de esas impresiones.

Volviéndose a Cirino agregó:

-Señor doctor, sus recetas están todas apuntadas en mi cuaderno... El señor puede engañarse algunas veces... pero sus intenciones son siempre buenas... y esto basta para disculparlo. Yo...

Interrumpiendo lo que decía se quedó unos instantes mirando a Cirino y a Pereira, que estaban igualmente silenciosos, y una larga lágrima se deslizó por su rostro, sin que su fisonomía mostrara la menor alteración.

-¡Adiós!-concluyó repentinamente.

-Buen viaje, señor Meyer, buen viaje -dijo Pereira ayudándolo a montar a caballo.

- ¡Adiós!... ¡adiós!...-repitió.

E interpellando al sirviente:

-Juca, vaya delante... Pique despacio al burrito... Nuestra parada está de aquí a media legua.

Dió entonces Meyer riendas a su mula, y echó a andar al paso, detrás de José Pinho. Iba éste provisto de un cabezudo garrote, evidentemente hostil a la bestia de carga entregada a su cuidado.

-¡Allá va el bicho! exclamó Pereira al ver de atrás la tro-pilla.- Es un alivio ... El pobre no era malo... pero no tenía maneras ... ¡Vaya! ¡me acordaré siempre del tal señor Meyer!

... Ha sido una campaña... ¡Huy!... Vea, señor Cirino... ¿no está el hombre de vuelta?... ¿Se habrá olvidado alguna cosa?...

En efecto, reaparecía al trote el alemán en carne y hueso, como quien viene a buscar o a decir una cosa de importancia.

-¿Y qué hay? -preguntó Pereira adelantándose y alzando la voz.- ¿Ha dejado algún chisme?... Dentro de poco habrá obscurecido.

Meyer, entretanto, iba llegando, y desde alguna distancia se puso a explicar la razón de su vuelta:

-No he dejado ninguna cosa, señor Pereira. Solamente que he faltado a un deber...

-¿Cuál?--preguntó el minero.

-No me he despedido de su hija.

-¡Ah! -replicó Pereira con vivacidad,- no era necesario... Tanto más cuanto que ella... Está durmiendo... medio indispueta... Hace poco sentía mucho peso en la cabeza. .. Yo le diré... No se incomode...

-Pues entonces -observó Meyer con mucha gravedad,- dígame que tiene en mi un criado, en cualquier parte donde esté... Su nombre ha quedado fijado para siempre en la ciencia, y el aprecio que le tengo es grande... Es una moza muy bonita... digna de ser vista en Europa...

-¡Cómo no! ¡cómo no! -interrumpió Pereira,- vaya sin miedo...

-Sí, me voy, ¡adiós!

-Vaya andando... vea que el sol *dobla* de repente aquel monte y la noche cae en seguida.

-Sí, sí, adiós -dijo despidiéndose por última vez.

Y, en el camino arenoso, a la luz del astro que descendía, se fue haciendo cada vez más larga la sombra del buen Meyer, a medida que marchaba detrás de su sirviente, de la acémila y de la colección entomológica.

CAPITULO VIGESIMO TERCERO

LA ÚLTIMA ENTREVISTA

**Julieta -La máscara de la noche está
sobre mi rostro; sin ella, veríais mis
mejillas encendidas en rubor virginal.**

SHAKESPEARE, *Romeo y Julieta.*

Cuanto más crece la luz, más aumentan las tinieblas de nuestras desgracias.

IDEM.

Seria modificación trajo la partida de Meyer al sistema de vida de aquella casa, donde se agitaba uno de los problemas

más corrientes de la naturaleza moral, pero que allí presentaba colores un tanto cargados y sombríos.

Pereira se había ido a dormir al interior de la casa, y pasaba allí la mayor parte del tiempo. De modo que las entrevistas de los dos apasionados se habían hecho del todo imposibles, y no teniendo ya la atención del minero el blanco a que siempre había apuntado durante la estadía del alemán, comenzaba, como era de preverse, a volverse hacia Cirino, a quien confesó que había tratado a Meyer con prevención injusta.

-Hoy -decía el minero,- me duele en el alma la manera cómo he desconfiado de ese hombre... ¡Quién sabe si todo lo que yo pensaba no há sido un error de la cabeza! ... Señor Cirino, cuando uno se pone a pensar... es cuando ve que todos tenemos propensión a la locura... Sí, señor... Hoy estoy convencido de que el tal alemán era bueno y sincero... Vio a la chica... la encontró bonita... y dijo aquella *barbaridad* de estúpideces sin ver el mal... De personas que no se guardan lo que piensan es de las que uno puede fiarse... A veces el peligro viene de donde uno nunca se cuidó... En fin, no me arrepiento mucho de haber hecho lo que hice... Desconfié y tomé precauciones...

Como se repitieran éstos y otros decires iguales, dieron al fin qué pensar a Cirino. De una hora para otra comprendió que los propósitos inquisitoriales de su huésped podrían hacer insostenible su posición.

Por todo esto trató de verse con Inocencia. Las dificultades eran grandes: el medio único, intentar nuevamente

las entrevistas nocturnas ; por lo que no sacaba los pies del naranjal noches y noches enteras, quedándose allí con los ojos clavados en la ventana de la querida de su corazón.

Una madrugada vio al fin la sombra de Inocencia.

En un instante hallóse el mancebo junto a ella, y le asió con violencia las manos.

-¡ Al fin -exclamó- la veo!...

-Mi padre -murmuró la joven con voz tan débil que apenas se oía- puede despertarse...

-No importa -replicó Cirino con dureza,- que se descubra todo... ya no puedo vivir así...

-¡ Chito! -observó ella,- ¡ cuidado!... Si nos encuentra aquí, nos mata en seguida... Vea, vaya a esperarme junto al arroyito, del otro lado del naranjal... dentro de un momento voy a estar con usted... La puerta está solo arrimada...

El mozo hizo señas de que obedecía, incontinenti desapareció en la obscuridad del huerto.

A esa hora, la luna menguante daba alguna claridad a la tierra; sin embargo, parecía como que se presintiera otra luz que se preparaba en el cielo para irradiar con súbito esplendor e infundir animación y alegría a la Naturaleza adormecida. En las ramas de los naranjos se oía el piar de los pájaros prontos a despertarse, un gorjear íntimo y aterciopelado de ave que dormita, y, a lo lejos, un *sabíu*⁷² más madrugador lanzaba notas que resonaban armoniosamente en el silencio. Se rayaba el Oriente con tenues líneas rojizas, prelude apenas perceptible del día ; en los espacios brillaban las estrellas ya

⁷² Es el *turdus sabiá*, de la familia del tordó y del zorzal.

un tanto amortiguadas, y formaba aureola al disco de la luna una bruma floja y amarillosa.

Estaba Cirino tan conmovido que tuvo que sentarse mientras esperaba a Inocencia.

Esta no tardó; venía vestida con una saya de algodón basto, y en la cabeza traía una gran manta de la misma tela, cuyos pliegues retenía con sus manos junto al cuerpo. Estaba descalza, y la firmeza con que pisaba el suelo cubierto de piedrecillas y chabasca revelaba que el hábito le había endurecido la planta de los pies, sin alterar a éstos, sin embargo, su primitiva elegancia y pequeñez.

Parecía muy asustada, y a pesar suyo le cala de los ojos un hilo de lágrimas.

Apenas la vio el mancebo, corrió a su encuentro.

-Inocencia -exclamó notando un ademán de recelo,- no desconfíe de mí... La respetaré como si fuese una santa... ¿No confía en mí, entonces?...

-Si -dijo ella precipitadamente.- Por eso he venido hasta acá... Sin embargo, estoy con la cara ardiendo... de vergüenza...

Y llevando una de las manos de Cirino a sus mejillas, agregó:

-Vea, Cirino, cómo tengo el rostro hecho una brasa... ¿Por qué ha venido usted a meterse conmigo?... Yo era una moza sosegada ... ahora, si usted no gustase ya de mí... me moriría ...

-No -afirmó el joven con energía;- si de eso depende su vida, usted vivirá una eternidad...

I N O C E N C I A

-¿De veras?

-Se lo juro... Más fácil es que se apaguen de repente todas estas estrellas, que yo deje de amarla.

-¿Y Manecón? -preguntó ella con terror.

-¡Oh, ese hombre!.. . ¡siempre ese nombre maldito!...

-Será mi marido..

-Eso nunca, Inocencia. ¡Es imposible!... Todo puede suceder, menos eso... ¿Y si huyésemos? Vea, mañana, a estas mismas horas, o más temprano, traigo aquí dos buenos animales... Usted monta en uno, yo en otro... Tomamos para Santa Ana y, siempre al galope, llegaremos a Uberaba. . . donde hemos de encontrar un padre que nos case... Vamos... ¿quiere?

-¿Y usted me estimaría toda la vida?

-¡Siempre! Diga que sí... diga, ¡por el amor de Dios! y estamos salvados ... ¡Diga!...

-¿Y mi padre, Cirino?... ¿Qué diría?... Me echaría su maldición... yo quedaría perdida... una mujer de mala vida... sin la bendición de su padre... No... usted me está tentando... No quiero huir... Más bien la desgracia para toda la vida... pero que siga siendo yo lo que mi nombre dice que soy... Demasiado peco ya, haciendo lo que hago... Usted es un mozo de ciudad: no le cuesta nada engañar a una criatura como yo... Hasta...

-Pues bien -interrumpió Cirino,- ¿usted no quiere?... no hablemos más de eso... Yo no he de querer sino lo que a usted le parezca bien... ¿Y si al fin me decido a hablar a su padre?

-¡Dios nos libre! -contestó ella aterrorizada.- Al principio pensé que eso podría ser; pero después vi que era peor ... Usted no sabe lo que es la palabra de un minero ... el hierro se quiebra, ella no... Manecón será su yerno...

-¡Quién sabe, Inocencia! ... ¡Hablaré tanto!... ¡pediré con tanta humildad! ...

-¡Bah! ¡qué esperanza! ... de nada serviría.

-Entonces, ¿qué hacer? -gritó el mozo- ¿A qué santo recurrimos? ¿Por qué el Cielo nos quiere tan mal?

Y ocultando la cara entre las manos, se echó a llorar ruidosamente. Inocencia, a su vez, acercó la frente al hombro de su amante, y ambos, unidos, lloraron como dos criaturas que eran.

Ella fue la primera que rompió el silencio:

-¡Ah, Dios mío!... si padrino quisiese...

-¿Su padrino? -preguntó Cirino- ¿Quién es?... ¿quién es?

-Un hombre que vive del otro lado del Parahyba, ya en los campos Geraes.

-¿Dónde?... ¿es lejos?

-Medio lejos, medio cerca... ¿Usted no conoce a Pauda?

-Lo conozco... A dieciséis leguas del río Parahyba...

-Pues allí es donde vive padrino... A la izquierda de la estancia de Pauda, en unas tierras de partición...

-¿Y cómo se llama?

-Antonio Cesario... Papá le debe favores de dinero y hace todo cuanto él manda... Si dijese una palabra, Manecón quedaría desbaratado.

I N O C E N C I A

-¡Oh! exclamó Cirino con súbita confianza,- ¡estamos salvados entonces!... Mañana mismo monto a caballo y me largo para allá... De aquí a la villa hay siete leguas ... Hasta allá unas diecisiete... Es un paseo... Llego ... le cuento todo... me echo a sus pies... y...

-Pero -interrumpió Inocencia- no le hable de mi, ¿sabe? No lo diga que se ha puesto de acuerdo conmigo... que ha hablado conmigo... Todo estaría perdido ... Invente unas historias... hágase el rico... no le deje sospechar, ni de lejos, que ha sido por consejo mío por lo que usted ha ido a golpearle la puerta... ¡Hi! con gente desconfiada es preciso saber tratar...

-¡Oh, Dios mío! -dijo Cirino en el colmo de la alegría,- ¡estamos salvados!... No hay duda... Ahora veo cómo va a suceder todo... Después de uno o dos días de parar en la casa, desembucho el asunto. El viejo escribe una carta a su padre, y, por lo menos, si no se retira en seguida Manecón... se gana tiempo. Ya quisiera estar montado en mi mula tordilla tostada y haciendo camino... Dos días para ir, dos para volver, dos o tres de posada... en poco más de una semana estoy de vuelta, trayendo la felicidad o la fatalidad de una vez. ¡No!... tengo fe en Nuestra Señora de la Abadía... Ella nos ayudará... y juntos hemos de cumplir todavía la promesa que he hecho...

-¿Qué promesa ha sido? -preguntó Inocencia con curiosidad.

-Irnos de aquí hasta la villa, a pie, a poner dos velas benditas en el altar de Nuestra Señora.

-Sí -confirmó la moza con calor;- ¡lo juro!... ¡Así fuese hasta el fin del mundo! ...

-¡Oh, mi santa del paraíso! -exclamó el mozo oprimiéndola contra su pecho.- ¡Cuánto me ama usted!

Y así, abrazados, se quedaron inconscientes, mientras la aurora venía clareando el firmamento y blandiendo sobre la tierra rayos indecisos como para sondear la profundidad de las tinieblas ; mientras los pájaros gorjeaban a la sordina, preparando sus gargantas para el concierto matinal ; mientras el rocío subía de la tierra al cielo, mojando el dorso de las hojas de los grandes árboles y suspendiendo en las plantas bajas, gotas que chispeaban ya como diamantes.

A lo lejos, en la margen de algún río, los *aracuans* levantaban sonora gritería, y el *macanán* lanzaba al aire los píos prolongados de su áspera garganta.

-Es de día -observó Inocencia, desprendiéndose de los brazos de Cirino.

-¿Ya? -exclamó éste, contrariado.

-¡Dios mío!... y yo que tengo que ir hasta casa... Me voy...

-Entonces partiré hoy mismo -dijo el mozo.

-Sí...

-Y en la semana que viene, estoy de vuelta...

-Pues bien... Llévase esta seguridad: mi vida o mi muerte depende del padrino...

-La mía también -replicó el mancebo, besando con fervor las manos de Inocencia.

-Déjeme... déjeme -imploró la joven.- Adiós, ¡tengo un miedo! ... Felizmente nadie me ha visto...

En ese momento, y como para contestar esta afirmación, del interior del huerto partió ese delgado silbido que tanto había asustado a los amantes en la primera de sus entrevistas.

Inocencia casi cayó al suelo.

-¡Dios mío! -balbució;- ¡qué presagio!... ¡Quién sabe si no es gente!

Al silbido siguió una especie de carcajada, que les heló la sangre en las venas a los dos infelices.

Asióse la moza a Cirino.

-Es un alma del otro mundo -murmuró ella, persignándose.

No había perdido el mancebo su sangre fría. Invocando a San Miguel hizo la señal de la cruz en la dirección de los cuatro puntos cardinales ; después tomó a la moza en sus brazos y, cruzando a toda prisa el pomar, fue a dejarla junto a la puerta de la casa, puerta que estaba entreabierta, naturalmente, por el viento.

Inocencia casi se había desmayado; sin embargo, reuniendo sus fuerzas pudo entrar, y echó con cuidado el pestillo interior.

Más tranquilo ya sobre este particular, volvió Cirino al naranjal, y, como la primera vez, se puso a recorrerlo en todos sentidos, indagando, a la naciente claridad del día, si era un ser humano o un fantasma el que parecía querer burlarse de él.

En el instante que pasaba junto a uno de los naranjos más frondosos, vió de repente cierta masa informe que se

precipitaba casi sobre su cabeza, y que en medio de hojas y ramas quebradas caía al suelo con sordo grito de angustia.

-¡Cruz! ... ¡te conjuro!...-gritó el mozo.

Y, como una visión, cruzóle por entre las piernas una criaturita que desapareció en seguida entre los troncos de los árboles.

Allí se quedó Cirino, con los cabellos erizados, los ojos fijos, los brazos rígidos de terror, los labios secos tartamudeando un exorcismo, y las piernas temblando convulsivamente.

Una voz, a cierta distancia, lo arrancó de este espasmo.

Era Pereira; con la mano arrimada a la boca interpellaba en el patio a uno de sus esclavos:

-¡Haga fuego, José!... Si fuese alma del otro mundo u hombre-lobo, la bala no pega... Si fuese gente, mejor...

Y sonó un disparo.

Y silbó una bala en los oídos de Cirino, yendo a clavarse en un árbol próximo.

Otra no esperó el mozo. A favor de la obscuridad que reinaba todavía, se deslizó rápidamente buscando el frente de la casa, al que llegó cuando empezaban ya a despertarse los sirvientes.

Apenas había entrado en la sala, se le apareció Pereira en la puerta.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó Cirino, componiendo la fisonomía.

-¡Qué sé yo!...-contestó el minero.- Una cencerrada de gritos en el naranjal, que era un infierno... La chica se quedó

que parecía que se iba a morir de miedo. ¡Quién sabe si el alma del recaudador⁷³ no anda hoy rondándome la casa!... Como no sea esto presagio de algún mal... ¡La señora Santa Ana nos proteja! -Pues estaba durmiendo como un plomo -dijo Cirino;- me despertó un tiro...

-Y no podrá echar ya otro sueñecito, porque de aquí a un instante el sol estará dando en el patio.

En efecto, la aurora había andado aprisa, y bajo estas vivas impresiones se despertaron todos los que aquella noche habían conciliado el sueño en la morada de Pereira.

⁷³ Este recaudador de que habla Perefra, y cul, a alma, a juicio de los sertanejos, anda vagando por las soledades e Santa Ana, era un empleado p'blico que fue procesado y preso después de probada la faltae, había cometido en el ejercicio de sus deberes. Falleció en la ' y como el Estado secuestró todos sus bienes, cayeron en el abandono una excelente casa y estancia que había formado a unas treinta leguas de aquella villa.

CAPITULO VIGESIMO CUARTO

LA VILLA DE SANTA ANA

Bajo el cielo hay una cosa que no se ha visto nunca; es una ciudad chica, sin habladurías, ni mentiras, ni chismes.

AVERONE.

Este mismo día montó Cirino a caballo y se despidió de Pereira para una semana o poco más, dando por motivo de tan inesperado viaje no sólo la necesidad de visitar algunos enfermos más retirados, sino también la de buscar, fuera en la villa, fuera en los mismos campos de la provincia de Minas-Geraes, unos remedios y simples que le iban haciendo falta.

-Dentro de unos días estaré de vuelta -dijo al partir.

I N O C E N C I A

Desde la casa de Pereira hasta la de Albino Lata es tan sombreado y agradable el camino, que estas tres leguas le fueron muy fáciles de hacer.

Allí, sin embargo, comienzan los campos quebrados y asoleados que, en un largo trecho de cuatro leguas, hasta la villa de Santa Ana, hacen penoso el viaje, sobre todo cuando se recorren bajo los ardientes rayos del sol de mediodía.

Se exaltan y se irritan los incómodos de espíritu en cuanto el físico empieza a sufrir.

Cuando Cirino pasaba por esas campiñas desoladas, abrasado de calor, se desanimó por completo del éxito de la empresa a que se había lanzado. Tanta esperanza lo había alborozado cuando iba siguiendo la vereda entoldada y amena, como desaliento sentía ahora; y descorazonado, dejaba que el animal lo fuera llevando a paso lento y como identificado con la disposición de ánimo de su jinete.

-¿Qué voy a hacer? -pensaba casi en voz alta. -¿Cómo empezar la conversación?

Tan grande era la duda que lo asaltaba, que llegó casi a blasfemar contra la amada de su corazón.

-¡Maldita sea la hora en que vi a esa mujer! ¡Seguía yo tranquilo mi camino... me echaron a perder sus ojos!

Después exclamó contrito:

-¡Perdón, Inocencia! ... ¡perdón, ángel mío! Estoy maldiciendo la hora de mi felicidad... Yo que soy hombre, puedo fluir... dejarte... pero tú, atada a la casa... ¡Infeliz, yo he sido culpable!...

Y engolfado en dolorosa meditación, llegó a la villa de Santa Ana del Paranahyba.

Desde lejos es sumamente pintoresco el primer aspecto de esta población.

Punto terminal del sertón de Matto-Grosso, se asienta sobre el encorvado lomo de un cerrillo. Pero lo que le da un encanto particular para el que la ve de afuera es el extenso naranjal, coronado anualmente por millares de áureos pomos, en cuyo follaje verde oscuro se incrustan las casas y resalta la cruz de la modesta iglesia matriz.

Traspuesto un límpido arroyo, y vencida la pedregosa ladera con chozas de paja a derecha o izquierda, llégase a la calle principal, que tiene por su más graciosa edificio una espaciosa casa de altos, de construcción antigua. La ornamenta una baranda de hierro y un tejado que se alarga sobre la calle, como queriendo protegerla en su totalidad contra los rayos del sol.

Allí es donde vive el mayor Martinho de Mello Taques.

En su almacén, en el piso bajo, se reúne la gente mejor de la localidad para oírlo disertar sobre política o contar la guerra de los Farrapos en Río Grande do Sul, y la vida que se hacía en la corte de Río de Janeiro, donde había estado, allá por los años de 1838 a 1839.

De vez en cuando, en esta silenciosa calle, en la que tan bien se estampa el tipo melancólico de una población abrumada y en decadencia, aparece una que otra tropa cargada, que levanta nubes de polvo y atrae a las ventanas rostros macilentos de mujeres, o a las puertas, criaturas pálidas por las

fiebres del río Paranahyba y ventradas a fuerza de comer tierra.

También los domingos a la hora de la misa, cruzan por allí mujeres viejas, envueltas en mantillas, acompañando a otras más mocitas que visten un capote largo hasta los pies y usan esas peinetas andaluzas, de moda en tiempos que ya están lejos.

Atravesó Cirino la villa, y pasando por frente a la casa del señor Taques, lo saludó con la mano y sin detenerse.

Estaba el mayor, como de costumbre, sentado en el mostrador y rodeado de la mejor gente del lugar, contando, no sólo sus propias proezas, que tenía muchas ese estimable ciudadano, sino también las hazañas de los antiguos sertanejos, historias que sabía al dedillo.

-Allá va el doctor -dijo uno de los concurrentes a la palestra de la tienda.

-¡Oh, señor Cirino! -interpeló el mayor corriendo a la puerta -¿Qué es eso? ¿Por aquí?

-Es cierto -contestó Cirino,- y voy de paso también por poco tiempo; tal vez dentro de ocho o diez días estaré de vuelta.

Todos cuantos llenaban la salita habían salido a la calle, de modo que el mozo quedó cercado en seguida. Recostábanse unos casi en el anca del animal -le palmeaban otros el morrillo, o jugaban con el freno.

La curiosidad estaba aguzada ; era preciso darle pasto.

Comprendió el mayor el alcance de la situación.

-Cada cual tiene sus negocios particulares -dijo, pues, para empezar,- pero, si no es un secreto, ¿qué quiere decir este regreso suyo?

-Ya debía estar hace tiempo por aquí -observó un sujeto.- Hace casi dos meses que paró aquí, en la *ciudad*, y...

-Espere -interrumpió el cura,- no hay tales dos meses. El doctor pasó por esta calle hace un mes y veintidós días, a las ocho de la mañana.

-Pues bien -continuó el mayor,- tenía tiempo de sobra para estar ya del lado de Miranda...

-Eso, si hubiese ido sólo con mis huesos -replicó Cirino;- adviertan que llevaba bultos... y, además que viajaba curando...

-Es verdad -confirmó el recaudador, hombre alto y delgado, que tenía un sombrero de forma de embudo;- no piensan en eso, lo que quieren es hablar... hablar...

-Creo que el señor no se refiere a mí -observó el cura con aire provocativo.

-¿Quién se ocupa de eso, señor padre ?-protestó en seguida el otro.- Estoy hablando en general... en general. Yo no...

-Pero, doctor -interrumpió el mayor,- ¿dónde ha estado metido el señor toda esta temporada?... ¿en alguna estancia?

Prometía ir lejos el interrogatorio.

-Ya estaba casi cerca del Sucuriú -dijo Cirino medio turbado; -no...

-No es tan cerca que digamos -observó el cura. - Una vez...

I N O C E N C I A

-Pero, veamos, señor padre -interrumpió el recaudador denunciando su viejo antagonismo con el clérigo -El mozo no ha dicho que fuera cerca de aquí...

El mayor repitió las palabras de Cirino, acentuándolas de cierto modo.

-Entonces, el doctor estaba ya casi cerca del Sucuriú, ¿no es eso?

-En efecto. Allí encontró a una persona que me debía, hacía tiempo, un dinero...

-¿Un dinero? -preguntó el cura.- ¿Una persona?... ¿qué persona?... ¿quién será?...

-Hombre, ¿quién podrá ser ?-preguntaron a un tiempo voces ansiosas.

El mayor prosiguió, implacable:

-¡Déjenlo al doctor que se explique!... ¡Ustedes en seguida hacen un barullo!...

Balbuciendo casi, fue como Cirino trató de continuar:

-Sí... cierto tropero. . . me mandó una orden para que cobrara... a un pariente.. . una fuerte suma...

También yo tenía que... pagar a otra persona... que...

-Espere, espere -interrumpió el mayor;- ¿entonces, el señor ha, venido a recibir o a desembolsar dinero? No es la misma cosa...

-Por cierto -apoyaron los circunstantes.

Cirino cortó repentinamente sus explicaciones.

-También -dijo con alguna volubilidad- muy pronto estaré de vuelta por acá. Tengo que ir al otro lado del río...

-¿Va hasta... las Melancias? -preguntó el recaudador, acomodando en la frase el nombre de una estancia a ver si acertaba.

-Más allá -contestó el mozo, y viendo la imposibilidad de escapar de tan terrible interrogatorio, mudó de táctica :

-A la vuelta -dijo, dirigiéndose al mayor,- le he de comprar algunas cosas...

-¡ Ya he adivinado! -exclamó el cura cortándole la palabra a Cirino:- el doctor va a casarse.

-¡ Veal! -exclamaron algunos en tono de zumba,- ¿para qué tanto misterio?... Nadie le va a robar la novia...

-Sobre todo cuando las cosas tienen que venir a mis manos -ponderó el padre.

Durante unos momentos, el abatimiento y el silencio de Cirino dieron motivo a muchas observaciones :

-Mis parabienes -decía uno.

-¿ Quién es la feliz sertaneja? -preguntaron otros.

-Yo les juro, señores míos -protestó el mozo -que no hay nada...

El cura prosiguió:

-Pues si quiere un consejo, apure eso; de un palo mataré dos conejos... el señor y Manecón.

-Es cierto -convinieron los presentes.

-¿ Pero dónde se ha metido ese ?-preguntó uno.

-Hace poco estaba aquí...

-¿ Quién ? ¿ Manecón ?

-Sí.

-¡ Ahí vienel! -anunció alguien.

En el extremo de la calle aparecía, en efecto, un hombre montado en un fogoso caballo, que sofrenaba con firmeza y mano diestra.

Era la personificación del capataz de tropa.

Sus cabellos, largos y enmarañados, su aire salvaje y ceñudo, su tez quemada y su vigorosa musculatura constituían un tipo que llamaba en seguida la atención.

Metidos los pies en una especie de polainas de cuero crudo de venado, grandes espuelas de hierro, un pañuelo rojizo atado al cuello, pistolas en el arzón de la silla y un chicote de cabo de hueso en la mano, todo indicaba al tropero en ejercicio de su profesión.

-Nuestro Señor... esté con vosotros -dijo al llegar, levantando ligeramente el ala del sombrero con la punta del dedo.

-Buenos días, señor Manecón -respondió por todos el mayor;- o, mejor dicho, buenas tardes. Ya sé que esta vez va de prisa...

-¡Ya lo creo! -graznó el cura- Va a ver a la chiquilina...

Sonrióse el capataz con melancolía.

-No es por eso, señor cura. No me dejo dominar por las mujeres - pero, en fin, uno debe algún día echar el ancla... La vida es un viaje...

Cirino y Manecón habían venido a quedar en medio de los curiosos.

Se miraron: uno indiferente y altivo en el modo de encarar; el otro, descolorido, medio trémulo.

-¿Este *individuo* es el *cirujano* ?-preguntó a media voz Manecón inclinándose en la silla, del lado del recaudador. -Clotilde, la de la pulpería, me dijo que había llegado... Tiene cara de zonzo.

-¡Chito! -replicó el otro;- pero tiene mucha cabeza. Ha hecho por ahí una *barbaridad* de curas.

Cirino, notando que hablaban de él, saludó con una sonrisa de amabilidad.

-Buenas tardes, paisano.

-Dios lo guarde - correspondió el tropero en tono áspero.

Y mirando al sol, agregó:

-Vean lo que son las cosas cuando un hombre se pone como mujer... a darle a la lengua... La tarde va cayendo, y hoy tengo mucho que andar... Amigos míos, adiós... Señor mayor, hasta más ver... Señor cura, pronto estaré por acá...

Espoleó a su animal; el círculo se abrió, y Manecón partió a buen paso.

Aprovechando, a su turno, esta salida rápida que había roto la cadena de los que lo rodeaban, apretó Cirino la mano del mayor e hizo rumbo hacia el río Parahyba, en cuya orilla se proponía pasar la noche.

Apenas hubo desaparecido, llovieron los comentarios como granizo.

-¿Ha notado el señor -le dijo el cura al mayor- qué cambiado está el doctor?... ¿ tan tristón?...

-No tanto -contradijo el recaudador,- no tanto...

I N O C E N C I A

El señor Taques, mayor y juez de paz, tomó un aire de profunda meditación.

-Han de saber los señores -dijo al fin, levantando un dedo en el aire,- que aquí hay gato encerrado.

Durante esa noche, y por muchos días más, la villa entera repitió esas célebres palabras.

-Ha sido el mayor quien lo ha dicho -afirmaban convencidos;- aquí hay gato encerrado...

CAPÍTULO VIGESIMO QUINTO

EL VIAJE

A veces siento la necesidad de morir,
como personas despiertas sienten la
necesidad de dormir.

EME. DU DEFFAND.

¡Encantador país! Tu aspecto, tus
bosques solitarios, tu aire puro y
balsámico, tienen el poder de disipar
cualquier clase de tristeza, menos la
de la pérdida de la esperanza.

CARLOTA SMITH.

En poco más de una hora traspuso Cirino la distancia que media entre la villa y el río. También es cierto que en la legua y cuarto que hay hasta allí, sólo es malo el trecho en que está el bosque que borda las márgenes de esa majestuosa corriente.

En este bosque los troncos de los árboles muestran vestigios de las grandes crecientes: el terreno está encharcado y cenagoso ; es un centro de putrefacción vegetal, de donde irradian los miasmas que, en ocasión de la retirada de las aguas, se originan en días de intenso calor.

Abundan allí los cocoteros de astil corto y frondosa corona llamados *aucury's*, que rodean numerosas lagunas de agua estancada y cubierta de limo.

Por ningún detalle es, pues, agradable su aspecto, y el recuerdo de que allí imperan las temidas fiebres hace que todo viajero acelere su paso por tan tristes parajes.

Oyese a corta distancia el ruido del río.

Corre ancho, claro y con rapidez.

Como dos verdes orlas, se reflejan en el espejo de la corriente las elevadas márgenes, y junto a ellas, chaparrales de *sarandys* encorvados por el esfuerzo de las aguas y en un balanceo continuo, ocasionan una suave marejada.

Cáusanos involuntaria tristeza la contemplación de esta gran masa líquida que rueda, que rueda mansamente, impelida por una fuerza oculta.

Tal como sucede ante el Océano, cuyo movimiento incesante y monótono agita el alma, así también este pasar peren-

ne, casi silencioso, de una caudalosa corriente, nos lleva insensiblemente a la meditación.

Y cuando el hombre medita, se pone triste.

Franca y espontánea es la alegría, como todo hecho repentino de la Naturaleza. La tristeza es una vaga aspiración metafísica, una elevación inquieta y casi dolorosa por sobre la contingencia material.

Nadie se prepara para estar alegre. La melancolía, por el contrario, poco a poco es como llega; parece como si fuera el resultado de fenómenos psicológicos que se encadenaran unos con otros.

¿Cómo ha nacido esa enorme porción de agua? ¿De dónde ha venido? Adónde va? ¿Qué misterios encierra en su seno?

Largo tiempo estuvo mirando Cirino el río. En su mente tumultuaban negros pensamientos.

Ya se había difundido el crepúsculo, y perezosas bandadas de *teruteros* saludaban los últimos rayos del sol y desperataban los ecos con descomunal gritería. De vez en cuando pasaba algún pato salvaje, batiendo pesadamente las alas; sobre las aguas voltejaban las garzas estirando y recogiendo su niveo cuello, y palomas, a centenares, cruzaban de orilla a orilla buscando el sitio de su querencia.

La luz fue muriendo en el cielo, seguida de cerca por las sombras, y el río tomó un aspecto uniforme, como si fuera una lámina de plata despulida.

-¡Al fin he conocido a Manecón! -pensaba Cirino.- ¡Y para ese es para quien reservan a mi gentil Inocencia!... ¡Lin-

do hombre para cualquiera!... pero para mí, para ella, ¡un horrendo monstruo!... ¡Y qué fuerte es!...

Digámoslo, sin rebajar por eso a nuestro héroe: la idea de la fuerza de su rival lo abrumaba.

-Si pudiese... ¡lo aplastaba!... ¡Y qué aire sombrío y desconfiado! ... ¡Dios mío, dame valor!... ¡dame esperanzas! ... ¡Nuestra Señora de la Abadía!... ¡Nuestro Señor de la Caña Verde!... ¡ayudadme!...

Y el mancebo, ante aquella naturaleza inmensa, que tanto se cuidaba de la pasión que le apretaba con tenazas el pecho como del insecto que chirriaba debajo de la hoja de una humilde hierba, cayó de rodillas, orando con fervor, ó, mejor dicho, ensartando unas tras otras las preces que su madre le había enseñado cuando niño.

Y el río corría sereno, y una onza rugía a lo lejos, o alguna ave nocturna lanzaba gritos de espanto revoloteando a tontas y locas ...

Trasponiendo, a la mañana siguiente, el río Paranahyba, pisó Cirino el territorio de Minas-Geraes.

Después de legua y media a través de un bosque semejante al de la margen derecha, se abren campos quebrados, un tanto tostados por el sol, de aspecto poco variado, pero abundantísimos en perdices y codornices.

Tan preocupado tenía el mozo el espíritu, que ni una sola vez siquiera imitó el pío de esas aves, distracción a que, por otra parte, no se niega el que ;viaja por allí: tan incitantes son los motivos de instigación.

Con impaciencia siempre creciente fue como hizo las dieciséis leguas que lo separaban de la hacienda de Pauda.

Iba con el corazón Heno de tristeza y los ojos se le arrastraban de lágrimas cada vez que contemplaba el melancólico *bority*. Entonces, con el pensamiento volaba a casa de Inocencia. También allí, junto al riachuelo en cuya orilla había tenido lugar la última entrevista, se erguía una de esas palmeras, la reina de los sertones.

¿Qué estaría haciendo la querida de sus sueños?

¿Qué le sucedería? ¿Y Manecón? ¿Habría llegado ya?

Al pensar en esto su agitación aumentaba, y espoleaba con vigor a su cabalgadura.

Transformábase para él el camino en dolorosa vía que en vertiginosa carrera habría querido recorrer, pero que era preciso ir tragando campo por campo, punto por punto.

La impasibilidad majestuosa de la Naturaleza lo exasperaba.

Cuando el hombre sufre de veras, en sus arrebatos de alucinado orgullo desea ver derribado todo por la furia de los temporales, en armonía con la tempestad que tiene en su interior.

-¡Dios mío! -murmuraba Cirino;- todo cuanto me rodea está tan alegre y es tan bello. ¡Con cuanta levedad vuelan los pájaros... cuán delicadas son las flores... cuán claros los riachuelos!... Todo convida al descanso... sólo yo sufro... Más bien la muerte... ¡Quién me diera el poder arrancar del corazón este peso, esta certidumbre de una desgracia inmensa! ¿Qué es, al fin, el amor?... Dentro de algunos años, tal vez no

I N O C E N C I A

me acuerde ya de la pobre Inocencia ... ¿Estaré atormentándome de gusto?... ¡Oh, no! ... Esa niña es mi vida, es mi sangre... Quien me la robe me matará de un golpe. Venga la muerte... quede ella para llorarme ... ¡algún día contará cómo un hombre supo amarla! ...

Cirino había alzado la voz. De repente dio un gran grito, como si abriera el pecho a una expansión que lo sofocaba:

-¡Inocencia!... ¡Inocencia!...

Y los ecos, dóciles a cualquier ruido, repitieron el querido nombre, como repetían el aullido de la *çuçuarana*, la nota plañidera del *sabiá*, o el estridente martilleo de la *araponga*...

Como todo, al fin, tiene término, al cuarto día llegó Cirino a la casa de Antonio Cesario. Este lo recibió con toda amabilidad y franqueza.

CAPITULO VIGESIMO SEXTO

RECEPCIÓN CORDIAL

Señalemos este día entre los más felices; no se escatimen ánforas y como Salios, no demos descanso a

HORACIO, *Oda XX VI.*

Pronto llegó Manecón a la casa de su futuro suegro.

No es grande la distancia que hay desde Santa Ana hasta allá, y, sin embargo, el animal brioso y descansado que montaba el tropero se había sentido estimulado siempre por el acicate.

Latía de impaciencia el corazón del capataz, y el recuerdo de la hermosa novia que lo esperaba henchíalo de desconocido alborozo. También a veces huía de su rostro el toque

habitual de tristeza, y una tenue sonrisa, separando con trabajo los espesos bigotes, vagaba por sus labios.

Acogióle Pereira con una verdadera explosión de alegría.

-¡ Viva! ¡ viva! -exclamó desde lejos, accionando con los brazos;- ¡ bien venido sea a este rancho!... ¡ Ahora, hasta el fin!... ¡ Hacen falta *rasguadores* para festejar su llegada!... ¡ Qué tardanza!... Pensé que no daba usted con el camino de casa... *Nocencia* va a brincar de alegría...

Mientras el minero enfilaba estas palabras casi a gritos, se apeó el sertanista y, sombrero en mano, vino a pedirle la bendición.

-Dios lo haga santo -dijo Pereira bendiciéndolo con fervor. - Usted no quería llegar...

-¿Cómo está la niña? -preguntó Manecón.

-Ahora muy bien. Tuvo la fiebre, pero ya está del todo buena...

-¿Y se ha acordado de mí?

-Vea, ¡qué gracioso!... Pero si usted hechiza a la gente... Yo mismo sólo pensaba en usted... «¿Cuándo llegará ese pícaro?» me decía a mí mismo... y echaba unas miradas largas por este camino... ¡Cuanto más una mujer... que es nunca acabar de saudades!

-Pero -observó en seguida,- estamos dándole a la lengua y no le hago entrar... Ahorita mismo *Nocencia* se ha ido al arroyo... Desensille el pingo y déjelo por ahí...

Hizo Manecón lo que decía Pereira. Sacó los arreos no bruscamente, sino con cuidado y lentitud, para que el animal,

caliente como estaba, no se airease; le dejó sobre el lomo la manta, y tomando un *maslo* le restregó el anca y el pescuezo.

Después de dar fin a estos cuidados entró en la casa, haciendo sonar ruidosamente las espuelas, que por sus dimensiones desproporcionadas lo obligaban a caminar apoyándose en los dedos y con la planta del pie levantada.

El minero no cabía en sí de gozo.

- ¿Y está todo arreglado ?-preguntó alegremente.

-Todo. Los papeles ya se han sacado... Tuve que ir hasta Uberaba, y eso fue lo que me atrasó... Cuando usted quiera... nos ponemos en viaje a la Señora Santa Ana... Mañana llegan los caballos que he comprado ... Está hablado Lata... el cura avisado; sólo falta ... el día...

-En estos casos cuanto más pronto mejor... ¿No le parece?

-Claro que sí.

-Entonces, si quiere, de aquí dos domingos...

-Como quiera... Yo, por mí... Bien sabe, esto de casorio, lo que cuesta es... tomar la resolución... después... se debe *pegar* la carrera. ¿La muchacha está pronta?

-No sé... ha de estar... siempre la veo cosiendo... Quiero estar bien seguro del día porque voy a mandar avisar a la gente de Roberto... Después es preciso matar los puercos y mandar buscar caña. Cuando se casa una hija y... hija única, el bolsillo debe estar abierto... Ya están todos combinados... y basta dar la señal... Todo se arma en seguida... Aquí, en el frente de la casa, se hará una gran ramada... La glorieta para la comida se levantará contra la pared de la derecha. Ya he en-

cargado a Santa Ana unos *rasguadores*, y maese Trabuco me ha prometido unos que hacen saltar lágrimas. Además, se dispararán tiros de escopetón y de mortero.

-Yo -interrumpió Manecón,- con permiso de ustedes, he mandado venir de la *ciudad* dos docenas de botellas de vino de casa del mayor...

-¡Hombre! ¡Se ha metido usted en gastos! ... ¿Dos docenas de botellas de vino?

-Sí, señor.

-Pues esas, querido, han de ser regularcitas ... Para el cura... para el mayor... el recaudador... el profesor... gente, en fin, de alguna representación, porque con ella cuento; sin hablar de la chamuchina. De ésta habrá una *barbaridad*. Quiero que diez días antes de la fiesta venga la comadre de Ricardo con su gente, para preparar los mazapanes, bollos, bizcochos de tapioca y tortas de maíz. Habrá regalo de *chocolate* ⁷⁴ todas las mañanas. Usted verá que se ha de hablar de esta fiesta... ¿Y el zapateado a la noche?... ¿las serenatas?... Tal vez se pueda arreglar un buen *bailongo*...

-Pero -preguntó Manecón,- ¿dónde está su hija ?

Pereira se rió.

- ¡Gran bandido! no piensa en otra cosa, ¿eh? También yo fui así... cada uno tiene su época... Es regla de Nuestro Señor Jesucristo.

Y saliendo al patio gritó con fuerza, haciendo de las manos bocina:

-¡Nocencia!... !Nocencia!...

⁷⁴ Café con leche y huevo batido.

No tuvo respuesta.

-¡Pobrecita, la chica! -dijo,- se ha de poner a brincar como una ciervita cuando vuelva del río.

Y agregó:

-Ya que no viene... entremos. Usted es de la casa: tome por acá y váyase a mi cuarto... Hamaca y pieles blandas no faltan.

Al decir estas palabras Pereira le golpeó amigablemente el hombro a Manecón, y lo encaminó hacia las habitaciones del fondo de la casa.

CAPITULO VIGESIMO SEPTIMO

ESCENAS ÍNTIMAS

**Santa María, abogada nuestra,
oye mis ruegos Virgen pura,
ante ti se postra feliz doncella.**

WALTER SCOTT, *Los desposados.*

Describir la conmoción que sufrió Inocencia al hallarse cara a cara con Manecón, sería imposible. Dibujáronse tan vivamente en la fisonomía la sorpresa y el terror, que el hecho de que lo notaran, no sólo el novio sino también el mismo padre, por lo general tan descuidado, fue repentino.

-¿Qué tiene usted? -le preguntó Pereira precipitadamente.

-Parece -observó Manecón con tristeza,- que le causo miedo a la señorita...

Los dientes le castañeteaban de emoción a la doncella; un estremecimiento nervioso la hacía tambalearse.

Acercóse el minero y le asió el brazo.

-Pero usted no tiene fiebre... ¿Qué es esto, hija de Dios?

Después, medio risueño, se volvió, a Manecón:

-Ya sé lo que es... Está completamente fuera de sí... porque no esperaba ver... Vamos, *Nocencia*, déjese, de zonceras.

-Quiero -murmuró la joven- volver a mí cuarto.

Y arimándose a la pared con paso vacilante se encaminó al interior de la casa.

El capataz estaba sombrío.

Con el entrecejo fruncido se había recostado en la mesa y había seguido con la vista a esa a quien llamaba ya esposa.

Sentóse frente a él Pereira con aire de admiración.

-¿Y qué tal? -exclamó al fin.- Nadie puede contar con las mujeres, ¿eh?...

Nada le replicó el otro.

-Su hija -preguntó de pronto con voz muy pausada y deteniéndose en cada palabra- ¿ha visto a alguien ?

Palideció el minero, y casi balbuciendo, dijo:

-No... es decir, ha visto... Pero todos los días... ella ve gente... ¿Por qué me pregunta eso?

-Por nada...

-No; explíquese ... Usted hace así, una pregunta que me deja un poco ... embrollado. Este asunto es muy, pero muy serio. Le he dado mi palabra de honor de que mi hija habría de ser su mujer... la *ciudad* ya lo sabe y... conmigo no quiero historias... Es lo que le digo.

I N O C E N C I A

Levantóse Manecón de improviso.

-Está bien -replicó ;-nada de precipitaciones. Toda la vida he sido así... Ya vuelvo; voy a ver dónde está mi caballo.

Y salió, dejando a Pereira entregado a suposiciones encontradas.

Transcurrieron días sin que ninguno de los dos tocara más el asunto que les atormentaba el corazón. Ambos, tranquilos en apariencia, hacían vida común, visitaban las plantaciones, comían juntos, cazaban, y sólo se separaban a la hora de dormir, cuando el minero se iba adentro y Manecón a la sala de huéspedes.

Inocencia no aparecía.

Apenas salía de su cuarto, pretextando una recaída de la fiebre ; pero no era su cuerpo el enfermo, no; su alma, sí. Esta sufría pasión y muerte, y amargas lágrimas, sobre todo de noche, le inundaban el rostro.

-¡Dios mío! -exclamaba;- ¿qué será de mí? ¡Nuestra Señora de la Guía me socorra!... ¿ Qué puede hacer una infeliz muchacha de los sertones?...

Y de rodillas ante el tosco oratorio iluminado por velas de cera, rezaba con fervor, balbuciendo las preces que acostumbraba recitar antes de acostarse.

Una noche dijo:

-Quisiera una oración que me llenase más el corazón... que me aliviase más el peso de esta desgracia...

Y, como arrebatada por la inspiración, se postró, murmurando:

-Señora mía, madre de la Virgen que nunca pecó, ve ante Dios. Pídele que tenga lástima de mí... que no me deje así con esta pena acá adentro... Extiende tu mano sobre mí... Si es un crimen gustar de Cirino, mándame la muerte...

A veces sentía Inocencia dentro de sí ímpetus de resistencia: era la naturaleza del padre que se despertaba, naturaleza fuerte y obstinada.

-Iré -decía con los ojos chispeantes,- a la iglesia, ¡pero arrastrada! En la cara le gritaré a mi padre: «¡No, no!... Máteme... pero no quiero ... »

Cuando el recuerdo de Cirino se le presentaba más vivo, retorciase de desesperación. La pasión le ponía el pecho en llamas.

-¿Qué es esto, Dios mío?... ¿Ese hombre me ha hecho mal de ojo?... Cirino, Cirino, vuelve, ven a tomarme... ¡me muero!

Y caía postrada en el lecho, con escalofríos nerviosos.

Un día, entró Pereira inesperadamente, y la encontró toda lacrimosa.

Venía sereno, pero con expresión resuelta.

-¿Qué tiene usted, niña -preguntó medio enternecido- de algunos días acá?

Encogióse toda Inocencia como una palomita que siente que la van a agarrar.

La atrajo blandamente el padre, y la hizo sentar sobre sus rodillas.

I N O C E N C I A

-Vamos... ¿qué es esto, *Nocencia* ? Usted se ha *atascado* en su cuarto, y Manecón, allá afuera, está preguntando a todas horas por usted... Eso no está bien ... ¿Es o no es su novio?

Las lágrimas redoblaron.

-Una mujer no debe ser desfachatada con los hombres... pero tampoco es bueno amilanarse así... son zoncetas... Un marido, como él es ya...

De pronto cesó el llanto de Inocencia.

Desprendióse de los brazos del padre, y de pie delante de él lo encaró con resolución:

-Papá, ¿sabe por qué es todo esto?

-Sí...

-Es porque yo... no debo..

-¿No debe qué?

-Casarme.

Abrió Pereira desmesuradamente los ojos, y también la boca:

-¿Cómo? -preguntó, alzando mucho la voz.

Comprendió la pobrecita que la lucha iba a trabarse.

Se revistió de todo su valor:

-Sí, padre mío, este casamiento no debe hacerse...

-¿Está usted loca? -observó Pereira con fingida tranquilidad.

Prosiguió entonces Inocencia con mucha rapidez, las mejillas encendidas de rubor:

-Voy a contárselo todo, papá... No me quiera mal... Fue un sueño... El otro día, antes de que llegara este hombre, estaba durmiendo la siesta y tuve un sueño... en ese sueño... ¿

oye, papá?... mi madre venía bajando del Cielo... ¡Pobre! estaba tan blanca que daba lástima ... Venía muy arregladita, con un vestido todo azul ...

-¿Su madre? -interrumpió Pereira, presa de un ligero asombro.

-Sí, señor; ella misma...

-¡Pero si usted no la ha conocido! Murió cuando usted era chiquitita...

-No importa -continuó Inocencia;- en seguida conocí que era mi madre... ¡Me miraba tan cariñosa!... Me preguntó:

-¿Dónde está tu padre?

Le contesté con miedo:

-Está en la granja... ¿quiere usted que venga?

-No -me dijo,- no es preciso; dígame que yo he venido acá para no dejar que Manecón se case con usted, porque será infeliz...

-¿Y después? -preguntó Pereira alzando la cabeza con aire sombrío y haciendo girar los ojos.

-Después... dijo más: «Si ese hombre se casa con usted, una gran desgracia entrará... en esta casa ... » Y sin decir una palabra más, desapareció.

Clavó Pereira una mirada inquisitorial en su hija. Una sospecha cruzó por su espíritu.

-¿Qué señal tenía su madre en la cara?

Inocencia palideció.

Llevándose ambas manos a la cabeza, y rompiendo en ruidoso llanto, exclamó:

I N O C E N C I A

-No sé... estoy mintiendo... ¡Es mentira! ¡es mentira!...
¡No he visto a mi madre!... ¡Perdón, madre mía, perdón!

Y, cayendo de bruces en la cama, se quedó inmóvil, con los cabellos esparcidos sobre sus espaldas.

Contemplóla Pereira largo tiempo sin saber qué pensar, ni qué decir.

De pronto se inclinó sobre el cuerpo de la hija, y le susurró al oído con mucha energía:

-*Nocencia*, dentro de un momentito Manecón llega de la granja ... Usted irá a la sala... Si no le pone buena cara ... ¡la mato!

Y alzando la voz:

-¿Oye?... ¡la mato! Más bien quiero verla a usted muerta, que... deshonrada la casa de un minero.

Y salió apresuradamente del cuarto, dejando a Inocencia en la misma posición.

-¡Pues bien! -balbució la moza;- ya que es preciso... ¡moriré!...

CAPÍTULO VIGESIMO OCTAVO

EN CASA DE CESARIO

**¡Ah! la perspectiva que más dulce-
mente
puede sonreír a mi corazón es la del
aniquilamiento.**

KLOPSTOCK, *La Mesíada.*

En cuanto se estableció en casa de su nuevo huésped, Cirino trató de captarse las simpatías de éste. Recetó a un esclavo que estaba en cama, hizo valer el conocimiento y la amistad que tenía con Pereira, conversó mucho respecto a él, e incidentalmente dio noticias de Inocencia.

Lo interrumpió Antonio Cesario en este punto.

-¿Usted la vio? -preguntó.

-¡Cómo no! -contestó el mozo;- por más señas, la curé de la fiebre.

-¡Ah!... Es una guapa muchacha.

-Así me ha parecido.

-Esto es... hablo así porque al fin... dentro de pocos días estará casada... ¿no sabe?

-He oído decir.

-Pues es verdad. El novio ha pasado por acá y se ha llevado mi permiso. Es un hombre excelente. La chica debe estar contenta. ¡Ah! ¡no todas en el sertón son tan felices!... Por aquí se tiene el feo vicio de arreglar los casamientos a ciegas, y a veces se embarasca un mocetón sano y robusto con una paliducha, o si no, una moza de esas que llenan el ojo con algún muchacho todo apeestado... ¡Cruz! Y una vez dada la palabra, se acabó.

Halló Cirino la ocasión propicia, y replicó con viveza:

-¿Entonces, el señor no es del mismo parecer ?

-Según y conforme -contestó en seguida Cesario con reserva.- A los padres es a quienes toca examinar esas cosas...

-¡Ya lo creo!... Pero... ¿ si su ahijada... no gustase de Manecón?

-¿No gustase?

-Sí.

-¿Y qué nos importa eso? Una chica como ella no sabe lo que le está bien o mal... Nadie la va a consultar. Las mujeres, lo que quieren es casarse. ¿No ha oído decir al paisano que si ellas no se casan con la garrapata es porque no saben cual es el macho?

Y Cesario se sonrió.

Después, arrugando de pronto el entrecejo, preguntó:

-¿Y por qué estamos meneando la lengua sobre este particular? No soy amigo de eso. Me está pareciendo que usted es un poco enamorado...

-¿Yo? -protestó Cirino con vivacidad.

-Ya lo creo. Yo, ni hablar de ellas quiero. La mujer está hecha para vivir quietecita cerca del telar, para cuidar a los hijos y criarlos en el temor de Dios; no es ni para que se tengan conversaciones con ella, ni respecto a ella.

Siempre las mismas teorías de Pereira; la misma grosería saturada de desprecio al sexo débil, la misma suspicacia para desconfiar de cualquier persona o de cualquier palabra que pareciera menos bien sonante a sus prevenidos oídos.

-Mi ahijada -continuó Cesario- debe levantar las manos al cielo. Ha encontrado un marido que la llenará de dicha y que la hará madre de una buena docena de hijos.

Cirino se estremeció, pero no dijo nada.

Por todas partes tropezaba con preocupaciones que nada podía destruir.

Esa misma tarde quiso montar a caballo y volver a Santa Ana; pero el pensamiento de la resistencia con que Inocencia había entablado la terrible lucha con su padre, obró en su espíritu y lo retuvo.

Decidióse a atacar al toro por las astas.

Le quedaría, por lo menos, el consuelo del desahogo, al arriesgar en una partida perdida un golpe bien atrevido.

I N O C E N C I A

-Señor Cesario -dijo a la mañana siguiente,- necesito mucho hablarle en particular.

-¿A mí?

-Sí, señor.

-Pues, aquí estoy a sus órdenes.

-Quisiera que saliésemos. Lo que le voy a decir... nadie puede... nadie debe oír.

-¡Oh! el señor me asusta... ¿Entonces, tiene secretos que contarme?

-Tengo.

-Pues bien. Charlaremos afuera... A mediodía esté en la granja.... ¿sabe dónde es?

-Sí, sé.

-Espéreme en un tronco de *peroba*⁷⁵ seca que está caído.

-Allí estaré.

Mucho antes de la hora convenida hallábase Cirino en el lugar indicado.

Lo devoraba la impaciencia.

Resuelto como estaba a revelar sin rodeos sus amores a aquel hombre a quien apenas conocía, que no tenía motivos de simpatía para él, y de quien, sin embargo, estaba dependiendo su felicidad, consideraba decisivos esos momentos.

El que se encuentra en circunstancias semejantes entrevé en todo cuanto lo rodea síntomas de buen o mal augurio, y en aquel instante a Cirino no le parecía, por cierto, que la Naturaleza le sonriera.

No llovía ; pero el tiempo estaba cargado.

⁷⁵ Es la *bignonia similiatropaea*, de la familia del lapacho y del acarandá.

Tenía el cielo un color ceniciento, y del lado del poniente unas líneas negras y continuas denunciaban un huracán, tal vez para la tarde.

Era el paraje, además de eso, muy triste.

En una gran área se alineaban cañas de maíz ya vencidas, por entre las cuales surgían robustos árboles de tronco arrugado y nudoso, completamente despojados de ramaje; unos, lúgubrementemente ennegrecidos, desde la base hasta la punta, por el fuego lanzado antes de la sementera ; otros, con todas las hojas perdidas a consecuencia de la incisión profunda y circular con que el hacha había impedido la ascensión de la savia. Estos estaban vivos, pero con una vida latente y abatida, denunciada por unos brotes rígidos en lo más alto de los topes.

Cuando el día es claro, estos gigantes de la selva, que por la robustez de su corazón han desafiado las llamas y los esfuerzos de los hombres, sirven de percha a innumerables bandadas de papagayos, cotorras, *aracaris*,⁷⁶ o *gráúmas*, que forman conciertos capaces de ensordecer los ecos.

En esa ocasión, sin embargo, todo era silencio.

Sólo de vez en cuando se oían los golpes sordos e intermitentes de los picamaderos de cresta encarnada ; agarrados a los troncos de los árboles para explorarles los puntos carcomidos, subiendo en zis-zás.

A la hora convenida se presentó Antonio Cesario.

⁷⁶ Especie de tucán.

I N O C E N C I A

Por precaución venía armado de una espingarda de caza, que bien habría podido, servir para derribar una onza o un animal dañino.

Su rostro, habitualmente sereno, indicaba cierta inquietud, mezclada de curiosidad.

-Aquí me tiene, doctor -dijo, apoyando el arma contra el tronco derribado, y sentándose al lado de Cirino- Estoy dispuesto a oírlo todo el tiempo que quiera...

Mucho había pensado Cirino en ese momento que al fin había de llegar, y, sin embargo, no había podido dar con el modo de comenzar sus declaraciones, Había rumiado sin cesar mil pretextos, sin resolver nada.

Balbuciendo, pues, fue como contestó:

-El señor... me disculpará... la molestia que le doy...

-Molestia, ninguna.

-Y debe estar... asombrado de lo que le he pedido ... Venir a hablar conmigo... en un sitio solitario ... Conmigo que soy un huésped cualquiera, como tantos que su casa liberal recibe todos los días...

-En efecto -confirmó Cesario.

-Pues bien, en un instante todo quedará aclarado y explicado... Si mientras hablo... lo ofendo, perdóneme... ¿oye? señor Cesario -continuó Cirino después de breve pausa ;-si el señor viese a un hombre arrastrado por una correntada y pudiese tirarle una cuerda y salvarlo... ¿no lo haría?

-¡Ya lo creo! -replicó el otro con calor.- Aunque corriera peligro de muerte no dejaría a hombre alguno, blanco o ne-

gro, libre o esclavo, rico o pobre, conocido o no, sin el auxilio de mi brazo.

-Pues bien -exclamó Cirino arrebatadamente,- yo soy ese hombre, que va a morir, que está perdido y a quien el señor puede salvar...

Y respondiendo a la tácita sospecha de quien lo oía, agregó :

-No crea que estoy loco... no. Estoy tan sano de juicio como el señor, y le hablo la verdad. Una palabra lo aclara todo... me muero de pasión por una mujer, y esta mujer es... su ahijada... Inocencia.

De un salto se levantó Cesario. Sus labios temblaban ; los ojos repentinamente se le inyectaron de sangre; su mano buscó el arma que tenía al lado.

-¿Qué es esto? -balbució mirando fijamente a Cirino.

Este le adivinaba todos los pensamientos.

Se había levantado también, cara a cara con Cesario.

- ¡Máteme! -gritó;- ¡máteme!... Es un favor que me hace... ¡Dé fin a esta vida desgraciada!

Ya arrepentido del ademán que había hecho, y un tanto turbado por su precipitación, replicó el otro todo sombrío:

. -No tengo razones para matarlo... El señor nunca me ha hecho mal...

-No -prosiguió Cirino medio delirante.- Le pido por favor... Si el señor tiene caridad, si es bueno, si ama a sus hijos, si tiene padre y madre en el Cielo... por todo esto le pido de rodillas... ¡máteme!... ¡máteme!...

I N O C E N C I A

Y se dejó caer a los pies de Cesario, ocultando la cara entre las manos.

El minero lo contempló unos instantes con sorpresa.

Inclinándose hacia el mozo le golpeó el hombro, y casi con blandura le dijo:

-¿Qué historia es esa, doctor?... ¡Eso es una bcura! Cuénteme lo que haya... Quiero saber si *su bocha* está dando vueltas o no. Soy hombre del sertón, minero de ley... pero sé tratar con la gente.

A estas palabras recobró Cirino algún aliento y se puso de pie.

Sentándose entonces al lado de Cesario, le contó todo: la desesperación que sentía, la seguridad que tenía del amor de Inocencia y la implacable sentencia proferida por Pereira.

Cesario lo oía atentamente. Sólo de vez en cuando dejaba escapar esta exclamación:

-¡Ah mujeres! ... ¡mujeres!...

Después que Cirino hubo acabado de hablar, lo encaró detenidamente, y con aire severo le preguntó:

-Dígame la verdad, doctor... ¿el señor nunca ha cambiado palabras con Inocencia? ¿nunca ha estado solo con ella?

-He estado -contestó el otro, medio receloso.

A las mejillas de Cesario subió una ola de sangre.

-Entonces -rugió,- la desgracia...

-¡Dios mío ¡interrumpió Cirino con fuego- ¡Caiga el alma de mi madre en el infierno si Inocencia no es pura!... sí...

Contúvolo Cesario con un ademán -Basta mozo. El que jura así no miente ... También en mis tiempos tuve una pasión infeliz ... y sé lo que es sufrir.

-¡Oh, señor Cesario! ¡sálvemel...

-¿Qué puedo hacer yo? ¿No sabe el señor que hoy ella no pertenece ya ni siquiera a su mismo padre? Pertenece a la palabra de honor, y la palabra de un minero no se vuelve atrás... ¿Lo sabía el señor esto cuando dejó que el amor le entrara por los ojos?... No hablo de ella... Las mujeres no piensan... las mujeres lo que quieren es ver a los hombres caídos por ellas... lo sacrifican todo... y por un requiebro echan a la calle la honra de sus casas...

-No -protestó Cirino;- ella no es así.

-¿Entonces, es mejor que las demás?- objetó Cesario con desdén.

-Sí, sí. Es mejor que todo en este mundo. Sobre ella sólo está Nuestra Señora.

El minero se sonrió ligeramente.

-¡Bah! -observó,- bien dijo *aquel*: «la pasión es un trastorno. » Se queda un hombre que es una miseria. Es...

-¿Entonces? -interrumpió Cirino.

-¿Entonces qué?... ¿ No le he dicho ya lo suficiente ? Mi ahijada pertenece tanto a Manecón como una pistola o un *guampo*⁷⁷ labrado que Pereira le hubiese dado... No hay medio ni manera de volver atrás.

No se desanimó el mancebo.

⁷⁷ Vasija hecha de cuerno.

Habló mucho tiempo con verdadera elocuencia, apelando principalmente a la protección que todo cristiano tiene obligación de dispensar al ser que lleva segundo hijo, al infiel, a la pila bautismal, a su se de quien el padrino se hace responsable ante Dios.

Hirió el sentimiento religioso, y conmovió al minero.

-No me hable así -dijo éste;- el señor quiere ver si me empuja para su lado... ¿Y quién me asegura que Inocencia gusta tanto de su persona?... ¿Quién?

-El corazón se lo está diciendo bajito -contestó con calma Cirino.- El señor, que es hombre de honor, ¿cree que yo esté mintiendo? ¿Que todo eso sea falso?... Diga... ¿cree eso?

Cesario tartamudeó:

-Sí... sospecho que es verdad, pero...

-¡Ah! -exclamó Cirino;- el señor siente que su conciencia le dice que su ahijada está desamparada, que va a ser sacrificada... y ahora se tapa los oídos y dice: «No quiero oír, no ; quiero cumplir mi palabra...» ¿Por qué entonces la dio el señor, esa palabra de honor de que tanto habla?... Que Nuestra Señora la proteja... que la saque de este mundo... Esto ha de pesarle en el corazón... y cuando un día tenga noticia de que Inocencia murió de disgusto, pensará entonces consigo mismo que ayudó a cavarle la sepultura.

Cesario estaba conmovido; con verdadera ansiedad replicó:

-¿Qué historias me cuenta el señor? Yo, metido aquí, en mi rincón ... viviendo tan sosegado... sin meterme con nadie

... y ahora embrollado en estos revoltijos... ¿Quién le mandó venir acá?

-¿Quién había de ser -replicó Cirino,- sino Inocencia?... ¿Por ventura lo conocía yo a usted?... ¿lo había visto algún día?... No; fue ese ángel el que me dijo: «Busca a mi padrino; es el último recurso. Sí él no nos ampara, entonces... estamos perdidos para siempre.»

Estas palabras convencieron por completo a Cesario.

Se quedó en silencio, recogido en la meditación. Cirino lo observaba, sin respirar casi.

-Pues bien -dijo al fin el minero en tono grave y pausado ;-pensaré en lo que el señor me cuenta...

-¡ Oh, señor Cesario!

-Pasaré dos días rumiando el caso... Lo que digo una vez no lo digo dos... Al fin de ese tiempo monto a caballo y me presento en casa de Pereira.

-Sí, sí -balbuceó el mozo.

-Mañana mismo, de madrugada, el señor sale de aquí y va a esperarme en la Señora Santa Ana.

-Iré... ¡sálveme!...

Cesario se detuvo un poco.

-Ahora quiero que el señor haga un juramento... por las cenizas de su madre...

-Estoy dispuesto.

-Por la salvación de su alma...

-Por la salvación de mi alma -repitió Cirino.

-Por la vida eterna...

Cirino inclinó afirmativamente la cabeza.

-¡Jure!

El mancebo cruzó los índices y los besó con unción, bajando los ojos y palideciendo.

-El señor -dijo Cesario,- ha jurado antes de saber lo que era... Me ha dado una buena idea de su carácter... Haré todo para ayudarlo, pero le exijo una condición... Si quiere aceptarla, queda valiendo el juramento ; si no... lo dicho por no dicho.

-¿Qué será, Dios mío ?-murmuró Cirino.

-Es ésta: El señor se quedará esperándome en Santa Ana. Si yo me presento en estos ocho días, iremos juntos a casa del compadre. Si no, es porque habré decidido lo contrario. En este caso, el señor vendrá acá, a esperar sus bultos que mandaré buscar. Será señal de que nunca más ha de tratar de poner los ojos en Inocencia... Ni siquiera hablar de ella. ¿Acepta?

-Acepto -respondió el mozo con exaltación;- pero esté seguro de una cosa: si el señor no estuviera en la villa en el tiempo señalado, rece por el alma de Cirino, porque él habrá dejado este mundo de aflicciones.

Cesario meneó tristemente la cabeza y se retiró sin decir palabra.

CAPITULO VIGESIMO NOVENO

RESISTENCIA DE CORSA

Acasto -¿No puede hablar ella?

Oswald. -Si hablar es tan solamente hacer oír sonidos por medio de la lengua y de los labios, esa criatura es muda; pero si tan maravillosa facultad consiste también en hacer comprensibles los menores pensamientos con ademanes y gestos expresivos, puede decirse que ella la posee, pues sus ojos brillantes como estrellas del cielo tienen un lenguaje Inteligible bien que falto de sonidos y de palabras.

SHAKIESPEARE.

I N O C E N C I A

Dejemos a Inocencia tan abatida de cuerpo como resuelto, de espíritu.

Presentía los choques que iba a tener que soportar y robustecía su alma en la meditación continua y firme de su infelicidad.

Estaba de rodillas ante la imagen de Nuestra Señora cuando la voz de su padre la hizo levantar.

-¡Inocencia! -llamaba.

Rápidamente se pasó la pobrecita la mano por el rostro para atenuar los vestigios de su copioso llanto, y con paso casi seguro entró en la sala.

Estaban Pereira y Manecón sentados juntos a la mesa. El enanito Tico se calentaba a los pálidos rayos de un sol medio nublado, y sentado en el umbral de la puerta, jugaba o fingía que jugaba, con unas pajitas.

-Aquí estoy, papá -dijo Inocencia en voz alta y un poco trémula.

La encaró Manecón con aire entre sombrío y apasionado.

Creyó que debía decir alguna cosa:

-Al fin ha salido la niña del nido... Es porque hoy el día está de sol... ¿no es eso?

Nada le contestó la moza; pero lo miró con tanta insistencia que le hizo bajar los ojos.

-Ha estado enferma -la disculpó Pereira.

Y volviéndose a su hija:

-Siéntese aquí, bien cerca de nosotros... Manecón quiere conversar con usted sobre asuntos particulares...

-Bien lo sabe ella -observó el desalado novio, intentando dar motivo para risas.

Inocencia replicó en tono incisivo:

-No veo.

-Se está... haciendo la... graciosa -balbució Manecón- ¿Entonces ya... se ha olvidado... de lo que he tratado con su padre?... Parece que ha comido mucho queso...

Con la misma entonación, y cortándole la palabra, replicó ella:

-No me acuerdo.

Hubo unos minutos de silencio.

Ibase acumulando la cólera en el pecho de Pereira; sus ojos airados se fijaban, ora en Manecón, ora en su imprudente hija.

-Pues si usted no se acuerda -dijo de repente, - yo no soy tan olvidadizo.

-Vea -volvió a empezar Manecón levantándose y viniendo a recostarse en la orilla de la mesa para estar más cerca de la moza;- hágase la zonza Si quiere... Nuestro casamiento...

-¿Su casamiento? -preguntó Inocencia fingiendo asombro.

-Sí...

-¿Pero, con quién?

-¡Huy! -exclamó Manecón;- ¿con quién ha de ser?... Con usted...

Pereira había ido poniéndose lívido de rabia.

El enano contemplaba toda la escena con mucha atención. Chispeaban sus ojitos como diamantes negros ; su cuerpo raquítico se estremecía de impaciencia y miedo.

Contestando a Manecón, levantóse rápida Inocencia, y como encastillándose detrás de su silla, exclamó:

-¿Yo? ... ¿Casarme con el señor?... ¡Más bien la muerte! ... No quiero... no quiero...

Manecón se bamboleó.

Pereira quiso ponerse de pie, pero por algunos instantes no pudo.

-Está loca -balbució ;- está loca.

Y afirmándose en la mesa se irguió terrible.

-¿Entonces, usted no quiere ?-preguntó, y le castañeteaban los dientes de rabia.

-No -dijo la moza con desesperación;- más bien quiero... No pudo terminar.

El padre le había cogido la mano, obligándola a doblar el cuerpo.

Después, con un violento empujón, la arrojó contra la pared.

Cayó la infeliz dando un gemido ahogado y se quedó extendida en el suelo, protegiéndose el pecho con las manos. Una palidez mortal le cubría las mejillas, y de una leve herida que se le había abierto en la cabeza brotaban gotas de sangre.

Iba Pereira a precipitarse sobre ella como para aplastarla bajo sus pies, pero se detuvo de repente, y llevándose las manos al rostro ocultó las lágrimas que brotaban a torrentes de los ojos.

Manecón no había hecho el menor ademán.

Extático asistía a toda la dolorosa escena. Su fisonomía estaba impasible, pero por dentro su corazón era un volcán.

Lúgubre silencio reinó por algún tiempo en aquella sala.

El enano se había acercado a Inocencia, tomándole una de las manos ; después la había hecho sentarse, y, en medio de sus caricias, le demostraba por señas la necesidad de retirarse.

Con trabajo pudo seguir Inocencia este consejo. Casi arrastrándose, y ayudada por Tico, fue como salió de la presencia de su padre y de su perseguidor.

Ni un gesto hicieron los dos para retenerla. Callados como estaban, se dejaron estar de pie, uno al lado del otro, ambos abrumados ante la grandeza de esa desgracia.

Con frenesí se alisaba Manecón su espeso bigote.

Pereira tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

Al fin exclamó:

-Es preciso que desembuche lo que tengo acá adentro ; si no, reviento... El que sea hombre, que lo sea ... Manecón, *Nocencia* está perdida para nosotros ... para nosotros, porque un hombre le ha hecho mal de ojo...

-¿Y qué hombre es ese? -preguntó el otro con voz sorda y amenazadora.

-Ahora veo cómo ha sido todo ... Yo mismo metí al diablo en casa... Estuve alerta ... pero el mal ya andaba.

-¿Pero quién es él? -volvió a preguntar con impaciencia Manecón.

I N O C E N C I A

-¡Un maldito!... ¡un infame!... un extranjero que estuvo aquí... ¡Me ha robado el sosiego que Dios me dió!...

Pereira contó entonces precipitadamente todas las tentativas del alemán Meyer, tentativas que habían sido descubiertas, pero que, desgraciadamente, por lo menos así lo suponía, habían producido ya sus dañosos frutos.

-¡Ah! -dijo al fin, bajando la voz;- ese perro pensó que todo era enamorar mujeres y después poner pies en polvorosa, ¿no es cierto?... Mañana mismo me pongo a seguirle el rastro.

-¿Para qué ?-interrumpió Manecón.

-Que contesten los cuervos...

-¿Para matarlo?

-Sí.

Hubo una breve pausa.

-No será el señor -dijo el capataz,- el que le ha de agujerear la piel.

-¿Por qué?

-Es asunto que me pertenece. El señor es padre... pero yo soy... novio. Se ha burlado de los dos... pero el alemán estirará la pata.

-.Pues bien -convino Pereira,- parta mañana mismo, u hoy... ahora, si fuese posible. Al perro rabioso hay que matarlo en seguida para que su baba no contagie la rabia... Váyase aprisa y vuelva a decirme que ese hombre ya no existe... Como viejo, como padre... bendigo la mano que lo ha de matar. ¡Caiga la sangre que se derrame... sobre mis cabellos blancos!...

Toda esta conversación había sido oída atentamente por alguien: por el enano Tico.

Poco a poco había ido aproximándose a la mesa, con los ojos relampagueantes.

De pronto, se colocó resueltamente entre Manecón y Pereira.

-¿ Qué quiere usted aquí ?-le preguntó el minero con aspereza.

Comenzó entonces el homúnculo a explicar, con ademanes lentos, pero muy expresivos, que de todo se daba cuenta, que compartía todos los proyectos y el mismo sentimiento de indignación y desesperación que henchía a los dos ofendidos.

Después, apresurando más su gesticulación y por medio de sonidos medio articulados, hizo ver que Pereira estaba en un error, tan sólo en cuanto a la persona. Con mucha propiedad de imitación y perfecta mímica, y levantando en cada caso el brazo para caracterizar las fisonomías, representó tan exactamente a Meyer y a Cirino, que el minero los reconoció en seguida.

-Ya sé, ya sé, Tico -murmuró. - Usted habla del doctor y de ese...

Ahí el enano hizo un ademán de negación, y apuntando hacia el cuarto de Inocencia, indicó que nada tenía que ver ella con el alemán.

Los dos se quedaron pasmados.

-Entonces -balbució Pereira,- ¿quién será?... Ci... rino... ¡Dios mío!...

-¡Sí, sí! -gritó el enano con violento esfuerzo, bajando muchas veces la cabeza.

-¡Bah,! -protestó Pereira ; - ¿el doctor?

Con mucha habilidad y precisión desarrolló Tico las pruebas que tenía.

Accionó como un poseído; corrió fuera de la casa ; denunció las entrevistas; reprodujo al vivo todas las pasadas de Cirino; mostró el sitio del naranjal desde donde había visto todo, y la rama quebrada a causa de su caída; repitió el grito que había dado ; recordó la escena de la madrugada, que terminó con el tiro ; se expresó por señas tan adecuadas, y con tales gestos y movimientos de cabeza, que toda duda desapareció del espíritu de Pereira.

Entonces todo se le presentó claro y deslumbrante, y su cólera subió a un grado de indecible violencia.

Estuvo a punto de caer fulminado.

-¡Infame! -murmuró, rojo de ira;- ¡usted me la pagará!... ¡infame!... ¡infame!...

Después, volviéndose a Manecón:

-Démelo a éste... yo lo quiero...

El capataz meneó la cabeza.

-No -contestó sordamente. -Este me pertenece... Se ha burlado del señor... y de mí ha hecho chacota.

-Entonces -dijo Pereira precipitadamente, - parta hoy... parta ya... Y cuando vuelva, diga solamente: «Estamos desagraviados ... » *Nocencia* será suya...

Deteniéndose un poco, concluyó lleno de recelo:

-...si quisiera aceptarla.

-Ya hablaremos...

Tuvo el minero una explosión de desaliento.

-¡Dios mío! -exclamó con dolor;- ¿en qué mundo vivimos? Un hombre entra en mi casa, come de lo que yo como, duerme bajo mi techo, bebe el agua que acarreo de la fuente; ese hombre llega aquí, y de una morada de paz y de honor hace un lugar de desorden y vergüenza. No, ¡mil rayos me partan!... No quiero saber más que ese miserable respira el aire que yo respiro. ¡No! ¡mil veces no!... ¡Y ahora mismo echo a la canalla que trajo, gente del infierno como él!... Los escupiré a la cara... Los sacaré afuera como perros que son... ¡Ladrones!... Yo...

Manecón le interrumpió con calma:

-No haga nada... Es preciso que nadie sepa lo que está pasando aquí... Nadie... ¿entiende?

-¿ Y entonces?

-Finja que ha recibido una carta de Santa Ana. Diga que el *individuo* es el que la ha mandado, para que sus sirvientes vayan a esperarlo en casa de Leal. ¿ Oye?

Pereira hizo ademán de que lo comprendía todo.

-Después -agregó Manecón con voz siniestra,- manos a la obra.

-Usted dice bien -replicó Pereira;- tenga lástima de mí... Estoy con esta cabeza como colmena de abejas... ¡Es un zumbido!... Haga ver que ya es dueño de esta casa, y obre como le parezca. . Yo me entrego a usted atado de pies, y manos... Todo le pertenece... Mientras mi honor de minero

no sea desagraviado, no levanto la cara... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué vergüenza!

-Coraje, coraje -aconsejó el otro

-Si este *socavón* no llega a esconder rías, me mudo para el lado del Apa... Me parece que voy a morir, siento fuego dentro de la cabeza.

Y vencido por la emoción, apoyó la frente en la mesa, dejando caer los brazos.

Manecón le golpeó el hombro.

-¿Qué es eso, padre mío? ¡Animo! ¿Para que sirve ser hombre? Mire cara a cara su desgracia... que también es mía. ¿No le consuela la seguridad de que ese hombre, dentro de poco?...

-Sí -replicó Pereira, levantando la cabeza y notando que el enano se había retirado;- ¿pero qué haremos de este zoquete que lo sabe todo?...

-No lo deje salir más de casa.

-¡Bah!... es peor que una ardilla. Cuando uno menos piensa, de un salto está en el Sucuriú y hasta en el Corredor.

-Pues bien... Se quedará sabiendo que... una sola guiñada... puede costarle caro... muy caro...

-Entonces -imploró Pereira,- vaya cuanto antes a limpiar mi galpón de esa gente... vaya... Sí siquiera pudiese dormir... me olvidaría un poco, pero...

Y al decir estas palabras el minero se retiró trabajosamente.

VIZCONDE DE TAUNAY

En seguida fue Manecón a despachar a los sirvientes de Cirino, que, poco después, salían con destino a la casa de Léal.

Luego, montando a caballo, el sertanejo partió en furiosa carrera a la villa de Santa Ana del Parahyba, adonde llegó a altas horas de la noche.

INOCENCIA

CAPITULO TRIGESIMO

DESENLACE

Están contados los granos de
arena que componen mi vida.
Aquí es donde debo caer. Aquí
es donde ella ha de terminar.

SHAKESPEARE, *Enrique V.*

He ahí que vi un caballo
amarillo, y quien lo montaba
era la Muerte.

SAN JUAN, *Apocalipsis.*

Durante dos días fue Cirino rigurosamente espiado por el novio de Inocencia.

Con la cautela propia de sus hábitos esquivos, Manecón supo seguirle todos los pasos sin ser sentido.

Así notó que su rival montaba a caballo e iba hasta cierto punto del camino como para esperar a alguien que no llegaba. A la ida demostraba impaciencia e inquietud; a la vuelta venía melancólico y doblado sobre sí mismo, absorto en profundas meditaciones.

-Iba el infeliz mancebo al encuentro de Cesario; pero éste no aparecía.

Había espirado casi el plazo convenido, y pronto sonaría la hora del completo desengaño.

-¡Oh, si pudiera!... Agarraría con las fuerzas de Josué ese sol que le marcaba los días, y lo dejaría inmóvil hasta que su salvador se resolviese a extenderle la mano.

¡Y ya iba concluyendo la semana!...

Completo el círculo de horas, si Cesario no aparecía comenzaba a imperar el juramento que había hecho, irrevocable, implacable.

-¡Me matará! -decía Cirino.- Quedarán sabiendo que no desmentí mis palabras.

Con esta firme resolución salió de la villa; pasó el río Paranahyba, y, como de costumbre, anduvo por el camino de San Francisco de Salles tal vez unas tres leguas. Pensaba acampar por aquellos sitios, de modo que alargaba su paseo.

Claro era el día; lindo.

Por todas partes cantaban mil pájaros. Los grajos gritaban en los espesos montes ; piaban las perdices entre el césped.

Cirino iba muy agitado. Nada oía, y sus ojos siempre fijos hacia adelante buscaban en el camino el bulto de un jinete.

Sonó de repente en sus oídos el ruido de los cascos de un animal.

Alguien venía al galope.

Le palpitó el corazón como si se hubiera puesto también a galopar.

Pero el ruido venía de atrás.

Sin duda, algún viajero que había salido de la villa.

Continuó Cirino su pausada marcha.

El estrépito indicaba una carrera tendida, que en breve le pondría a la par al que tan extravagantemente y en hora tan impropia corría a rienda suelta.

El mancebo de nada se cuidaba; tan es así que apenas notó que alguien pasaba al trote largo junto a él, rozándose casi un animal con otro.

Al poco rato, un nuevo galope se hizo oír.

Parecía que el mismo jinete había dado riendas, cortando el rumbo que llevaba.

Esta vez, Cirino se despertó de su letargo y espoleó vigorosamente a su cabalgadura; tropezó con... Manecón.

Instintivamente palideció. El otro estaba también muy -pálido.

Detuvieron de golpe los dos los animales, y se miraron durante algunos segundos, de un lado con desconfianza y asombro, del otro con mal disimulado furor.

-Paisano -interpeló al fin el capataz en tono provocativo;- ¿qué hace usted por aquí?

- ¿Yo ?-preguntó Cirino.

-Sí, señor; usted mismo.

-¡Está bueno!... pues viajo.

- . ¡Ah! ¿viaja? -replicó Manecón- ¿Entonces es andador?

-Andador, no; -contestó Cirino con energía.- No soy ningún bruto.

Y por precaución levantó la tapa de la pistolera del arzón, haciendo ademán de sacar el arma.

-Si no es andador -continuó el capataz- ¿qué es, entonces ?

-Soy lo que soy, y nada le importa.

El rostro de Manecón se contrajo.

De un salto acercó el caballo al lado mismo de Cirino, y le dijo con voz sorda:

-¡Es un ladrón!... ¡Es un perro!

Al oír el insulto sacó Cirino la pistola.

-Lo mato -gritó con violencia,- si sigue insultándome...

Sonrióse el capataz con desprecio.

-¡Vaya!...-observó, escupiendo por el colmillo;- vean ustedes al valiente... ¿Y sabe manejar la pistola ?

-Acabemos de una vez -gritó Cirino.

-Acabemos -replicó Manecón con fingida calma.

I N O C E N C I A

-¿Pero quién es usted ?-preguntó Cirino.

-¿Yo?

-¡Sí!... ¡sí!...

-¿No, me conoce entonces?

-No -balbució Cirino.

-¿Y a *Nocencia*, la conoce? -rugió Manecón con voz terrible.

Y sacando de sopetón una pistola de la cintura, la descargó a quemarropa sobre Cirino.

Atravesó la bala el cuerpo del infeliz y lo hizo caer a tierra.

Dos gritos resonaron.

Uno de agonía, otro de triunfo.

Cirino había caído tendido de bruces. Reuniendo sus fuerzas, que se le escapaban con la sangre, se puso de costado y prorrumpió en vociferaciones contra su enemigo, que lo contemplaba sardónico.

-¡Asesino!... ¡villano!... Sí ... conozco a Inocencia... Ella es mía... ¡Infame! ... Me has muerto... pero también la has muerto a ella... ¿Qué te he hecho?... Dios te maldecirá... Sí, mi Dios, mis santos ... ¡maldición sobre este asesino!... Huye, huye ... mi sombra te seguirá siempre...

-Mejor -interrumpió Manecón desde arriba del caballo, eso mismo es lo que quiero.

-¡Ah! ¿lo quieres? -continuó Cirino con voz enronquecida;- ¿no es eso?... Pues bien... noche y día... mi alma estará contigo... ¡siempre, siempre!

Callóse por un momento, y revolviéndose en el suelo se pasó la mano por la cabeza. Humedecíale ya los poros el sudor frío y viscoso de la muerte.

Su rostro fue abandonando la expresión de rencor; su respiración se hizo más difícil.

-No -murmuró en tono grave y pausado- no quiero morir... así. Debo salir de ésta... como cristiano... Sabré perdonar.

Y reuniendo las fuerzas, agregó con unción y energía :

-Manecón... yo te perdono... por Cristo... que murió en la cruz, yo te perdono... Nuestro Señor tenga lástima de ti... Yo te perdono, ¿oyes?

A medida que el moribundo pronunciaba estas palabras, Manecón había abierto desmesuradamente los ojos, lleno de horror y con todo el cuerpo temblando.

-No quiero tu perdón -gritó con trabajo.

-No importa -le contestó Cirino con voz suave.- Te lo doy... desde el fondo del alma... Caiga sobre tu cabeza... Quiero... Quiero morir como cristiano ... ¿Qué me importa ahora el mundo, la venganza ... todo?... ¡Sólo Inocencia!... ¡Pobre Inocencia!... ¡Quién sabe... si... ella... no morirá! Manecón, dame agua... ¡agua, por amor de Dios!... Baja del caballo, hombre... es un difunto el que te lo pide... ¡Baja!...

Y con los brazos levantados señalaba a Manecón.

-¡Agua! -gritó el mancebo forcejeando por levantarse; dame agua... yo te doy la salvación...

Sentía el capataz que le corría el sudor por entre los cabellos. Quería huir y no podía. Parecía que sus ojos tenían que acompañar paso a paso la agonía de su víctima. Aquella

escena se le figuraba una pesadilla, y un embotamiento completo le paralizaba los miembros.

Lo que lo sacó de esta inmovilidad fue el resonar de los cascos de un animal que venía al trote por el camino.

Cirino había oído también el estrépito y había abierto con ansiedad los ojos.

Le entreabrió los labios una sonrisa de acerba tristeza.

Alguien venía llegando.

Espoleó Manecón con vigor a su caballo, y levantando una nube de polvo desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

En esto surgió un jinete en una de las vueltas del camino.

Era Antonio Cesario.

Viendo un hombre tendido en tierra aceleró la marcha.

-¡Oh doctor! -exclamó apeándose rápidamente, y todo horrorizado.

-Sí, yo... -contestó Cirino con voz débil.

-Pero ¿quién le ha hecho este mal, Dios santo?

Y corriendo hacia el mozo se arrodilló junto a él y lo hizo incorporarse.

-¿Quién ha sido el asesino?

-Nadie -dijo el mísero con voz ronca;- ha sido... el destino... Muero contento... Déme agua... y hábleme de Inocencia.

-¿Agua ?-exclamó Cesario con desesperación- ¿aquí, en medio del monte?... El barranco queda a tres leguas, por lo menos.

-¡Ah! -replicó Cirino medio delirante;- si no hay... con qué apagar... la sed del cuerpo ... apague la del alma... Inocen-

cia... ¿dónde está? ... Quiero verla... Dígale que he muerto... por su causa...

-Pero ¿quién lo ha matado? -gritó el minero.

-No vale la pena decirlo -contestó el mancebo entre gemidos.- Atienda ahora... a mí sólo... Vea... .nunca he sido malo...no tengo pecados... grandes... ¿Cree que Dios... me perdonará?...

-Creo -contestó Cesario con vehemencia.

-¿Qué he hecho yo... en mi vida?... Tal vez engañase a los demás... diciendo que era... médico... Pero... también he curado a algunos... De nada más me acuerdo...

Venía la muerte extendiendo sus sombras sobre el rostro de Cirino. Ibasele empañando el brillo de los ojos; la lengua se le había entorpecido, la nariz se le afilaba, y una siniestra palidez realzaba más el color negro de sus cabellos y barbas.

Cesario se habla sentado en el suelo para sostener mejor el cuerpo del moribundo. Dos lágrimas bajaban surcando sus varoniles mejillas.

Un ligero estremecimiento agitaba el cuerpo de Cirino.

-Ahora -agregó con voz muy ahogada,- ha llegado... mi día... Pero... le pido... no diga nada... a su ahijada... No consienta... que se case... con Manecón...

-¿Entonces -interrumpió Cesario,- ha sido él quién ?.. .

-No, no -contestó Cirino;- pero... ella sería... infeliz... ¿ Oye?... ¿Me lo promete?

-Lo prometo -contestó Cesario con firmeza.- Juro también...

I N O C E N C I A

-Pues bien...-suspiró el agonizante ;- ahora... agradezco la muerte ... Quiero encomendarme... a las santas del Paraíso ... y llamo a...

Y con esfuerzo, en el último aliento, murmuró más y más bajo:

-¡Inocencia!...

.....

.

A la tarde de ese día, el viajero que hubiese pasado por aquel sitio, podría haber visto una fosa recién cubierta, sobre la cual se erguía una cruz tosca, hecha con dos gruesos palos amarrados con bejucos.

Eran muestra de la caridad del minero Antonio Cesario.

EPILOGO

REAPARECE MEYER

**Lléname de justo orgullo, y
coronen los lauros de Apolo
tu cabeza.**

HORACIO.

El día 18 de agosto de 1863, presenciaba la ciudad de Magdeburgo un pomposo espectáculo, por mucho tiempo anunciado en el mundo científico de la sabia Alemania.

Era una sesión extraordinaria y solemne de la Sociedad General Entomológica, que llamaba a ocupar posiciones no sólo a todos sus miembros efectivos, honorarios y correspondientes, sino también a muchos invitados de ocasión, a fin de recibir y llevar al Capitolio de la gloria a uno de sus más distinguidos hijos, a uno de los más infatigables investigado-

res de los secretos de la Naturaleza, intrépido viajero ausente de la patria desde hacía años, y de regreso de la América meridional, en cuyas regiones centrales se había enmarañado de tal modo que habla sido imposible seguir su derrotero, ni aun en los mapas y cartas especiales del gran coleccionista Simón Schropp.

La ciencia se había revestido de mil galas. Todos los socios, de traje negro, corbata y guantes blancos, algunos con discursos en los bolsillos, llenaban la sala de sesiones mucho antes de la hora señalad la música ejecutaba la sonata 26 de Beethoven, las señoras ostentaban *toilettes* ricas de primoroso gusto.

De repente tronó un grito:

-¡ Viva Meyer!L .. ¡ Hurral ¡ Viva!...

Y al paso que todos los pescuezos se estiraban para ver quién entraba, agitábanse en el aire con entusiasmo pañuelos y sombreros.

Calmada la ruidosa manifestación se levantó presidente de la Sociedad Entomológica, un presidente flaco como un asador y ornamentado con una cabellera roja que le daba el aspecto de un proyecto de incendio.

-¡ Sí! -exclamó después de haber bebido un tragos de agua azucarada y de haber preparado garganta;- ¡ he aquí por fin, aquí, en medio de nosotros, al grande, al vencedor, al incomparable Wilhelm Tembél Meyer!...

Y en este sentido habló dos horas seguidas.

.....

...

Al día siguiente traían los diarios de Magdeburgo un extenso relato de la fiesta, transcribían el discurso del presidente y, como apéndice a las notas biográficas relativas a Meyer, enumeraban los prodigios entomológicos que éste había recogido en sus dilatadas peregrinaciones.

«Lo que hay más digno de ser admirado -decía *Die Zeit* en toda la inmensa colección traída por el doctor Meyer de sus viajes, es, sin disputa, una mariposa, de género completamente nuevo, y de un esplendor que está por encima de todo lo imaginable. Es la *Papilo Innocentia* ... » (y seguía una descripción, de una minuciosidad perfectamente germánica).

«El nombre -agregaba el diario- dado por el eminente naturalista a este soberbio espécimen, ha sido un gracioso homenaje a la belleza de una doncella de los desiertos de la provincia de Matto-Grosso (Brasil), criatura, según cuenta el doctor Meyer, de una fascinadora hermosura. Se ve, pues, que también los sabios tienen corazón sensible, y que, a veces, llegan a valerse de la ciencia como medio de demostrar sentimientos que muchos pretenden negarles ... »

Inocencia... ¡pobrecita!...

Exactamente aquel día hacía dos años que su gentil cuerpo había sido entregado a la tierra, en el inmenso sertón de Santa Ana de Paranahyba, para dormir allí el sueño eterno.